



15

8

SISTEMA
DE LA NATURALEZA

—
TOMO I.

71665580

IMPRIMERIE STÉRÉOTYPE DE COSSON.

DE LA NATURELLE

1890

SISTEMA
DE LA NATURALEZA

ó
DE LAS LEYES
DEL MUNDO FÍSICO
Y
DEL MUNDO MORAL,

Por el Baron de Holbach;

CON NOTAS Y CORRECCIONES
POR DIDEROT;

Traducido por F. A. F***.

~~~~~  
TOMO I.  
~~~~~

Fondo bibliográfico
Dionisio Ridruejo
Biblioteca Pública de la

PARIS, 10214

MASSON Y HIJO, CALLE DE ERFURTH, N.º 3.

1822.

SISTEMA

DE LA NATURALEZA

DE LAS LEYES

DEL MUNDO FISICO

DEL MUNDO MORAL

Por el Sr. D. Juan de Dios

de la Universidad de Salamanca

Impreso en la Imprenta de

Don Juan de Dios

en la Calle de San Francisco

PARIS 1824

En la Libreria de la Ciudad de Paris

AVISO
DEL EDITOR

(NAIGEON).

El manuscrito de esta obra ha sido encontrado entre otros muchos de la colección de un sabio, curioso de las producciones de esta especie. Una nota que hemos hallado al pie de la copia sobre la cual esta obra ha sido impresa, dice lo siguiente :

« Esta obra ha sido atribuida á la pluma de M. de Mirabaud, secretario perpetuo de la Academia

a*

francesa, por varias personas muy íntimas con él, y con su amigo particular M. de Matha. Estas personas nos han dado las particularidades siguientes acerca del *autor* y sus *producciones*.

» M. de Mirabaud ha compuesto en su juventud, al salir de la congregacion de los padres del Oratorio, muchas obras que no han sido conocidas durante su vida, y de las que no ha necesitado para formarse una reputacion tan merecida como brillante. Muchas de estas obras de su juventud, escritas con la mayor libertad, fueron condenadas á un olvido eterno por su autor. Esta resolucion fué confirmada despues; habiendo sido nombrado institutor de los príncipes de la familia de Orleans, el autor tomó

la resolución de quemar todos los manuscritos capaces de comprometer su reposo. Dichosamente todas sus precauciones fueron frustradas por algunos de sus amigos, á quien habia confiado algunas de estas obras, que nos han sido conservadas. Algunas de ellas fueron imprudentemente publicadas durante la vida y contra la voluntad del autor : una de ellas ha sido la *del Mundo, su Origen y su antigüedad*, en tres partes, que se dio á luz el año de 1751. Hay tambien algunas otras producciones atribuidas á la misma pluma. Esta coleccion fué impresa furtivamente y de una manera muy poco correcta en 1743, bajo el título de *Nuevas libertades para pensar*. No obstante, así que M. de Mirabaud se vió en

mayor libertad, se entregó enteramente á la filosofía. Se dice que entonces empezó á componer su Sistema de la Naturaleza, que no dejó de la mano hasta el último instante de su vida, y la que llamaba su testamento. Efectivamente M. de Mirabaud en esta obra, que sin contradicción es la mas atrevida y la mas extraordinaria que jamas fué compuesta ó inventada hasta ahora por el entendimiento humano, parece haber querido convencérse á sí mismo. La erudición de que esta obra está llena, nos prueba manifiestamente que nuestro filósofo se ha servido de las luces de algunos de sus amigos, y aun podemos asegurar que la mayor parte de las notas han sido añadidas despues de haber sido escrita.

» Los que siguen son los títulos de las demas obras que no han sido publicadas, y que se atribuyen al mismo autor: 1° *Vida de Jesu-Cristo*; 2° *Reflexiones imparciales sobre el Evangelio*; 3° *Moral de la Naturaleza*; 4° *Compendio de la historia del Sacerdocio antiguo y moderno*; 5° *Opinion de los antiguos sobre los Judíos*. (1) Esta última obra ha salido muy desfigurada, en una coleccion impresa en Amsterdam, en el año de 1740, por J. F. Bernard, en dos tomos, pequeño en 12°, bajo el título de *Disertaciones varias*.

Cualquiera que sean las opinio-

(1) Las Reflexiones imparciales sobre el evangelio y las Opiniones de los antiguos sobre los Judíos, han sido impresas en 1769.

nes de M. de Mirabaud, todos los que le han conocido, son testigos fidedignos de su probidad, su franqueza, su hombría de bien, y en una palabra, de sus virtudes sociales y de la inocencia de sus costumbres. Mirabaud murió en Paris, á la edad de ochenta y cinco años, el 24 de junio de 1760.

PREFACIO

DEL AUTOR.

El hombre es solamente desgraciado porque se olvida de la naturaleza, y porque su imaginacion está tan llena de preocupaciones, que parece condenado eternamente al error; esto proviene de la venda que desde su infancia le pone la opinion, está atada con tanta fuerza que es extremadamente difícil el quitarla. Una liga peligrosa se mezcla en seguida con todos sus conocimientos, y los hace necesariamente ligeros, oscuros, y muy á menudo falsos. Su desgracia hizo que quisiese pasar los límites de su esfera, que quisiese atravesar el horizonte del mundo visible; sus crueles

y repetidas caídas le han hecho en vano conocer la locura de su empresa. Él, ciego voluntariamente, quiere ser metafísico antes de ser físico; siempre despreciando la realidad, por cosas puramente erróneas; abandonando la razón pura, por llenarse de sistemas y conjeturas; sin atreverse á consultar jamás su entendimiento, contra el cual desde su infancia le infunden la mayor desconfianza; y en fin, queriendo siempre adivinar su suerte en las imaginarias regiones de la otra vida, sin acordarse jamás que lo principal es el saber ser dichoso en esta. En una palabra, el hombre desprecia el estado simple de la naturaleza, y se ocupa únicamente en correr tras de fantasmas, las cuales, semejantes á los fuegos ambulantes y engañosos que el viajero suele encontrar por la noche, le amedrentan y le apartan del camino recto de la verdad, el único que conduce á la verdadera felicidad.

Es pues de la mayor importancia, el que busquemos los medios de destruir

y desvanecer unos prestigios que no pueden servir mas que para engañarnos, y que tratemos de encontrar en la naturaleza misma, un remedio para los males que el entusiasmo nos ha causado; la razon, guiada por la experiencia, debe al fin atacar y arrancar de raiz, tanta preocupacion como la que ha oprimido al género humano. Ya es tiempo que esta misma razon, injustamente degradada, deje un tono pusilanime, que la haria complice de la mentira y del delirio. La verdad anda siempre desnuda; es necesaria al hombre, no le puede nunca dañar, y tarde ó temprano se hara oír y escuchar. Es solo necesario el que el hombre la vea, para que la adore, y desprecie debidamente el culto vergonzoso que ha estado dando al error, bajo los rasgos de la verdad. Su brillo no puede injuriar mas que á los enemigos del género humano, cuyo poder no subsiste mas que á favor de la obscuridad en que el entendimiento del hombre se halla envuelto.

La verdad no se puede comunicar á estos hombres perversos de quienes acabamos de hablar; su voz no puede ser oída mas que por los hombres honrados, por aquellos cuyos corazones sensibles gimen de las innumerables calamidades que la tiranía, tanto religiosa como política, ha hecho sufrir á toda la tierra, y para aquellos que están bastante instruidos para poder conocer la cadena de males que el error ha echado sobre los infelices mortales. Los tiranos y los ministros de la religion se han servido del error para esclavizar á los hombres. El error ha sido causa de la esclavitud en que han caído tantas naciones que no habian sido destinadas ni creadas mas que para trabajar en su felicidad. El error es el que ha forjado los terrores religiosos, que por todas partes llenan á los hombres de miedo, ó les hace degollarse unos á otros por quimeras. El error es el que ha causado tanta animosidad inveterada, tanta persecucion cruel, tanta matanza continua, y tanta trage-

dia, como las que, bajo el pretexto de los intereses del cielo, se han representado en la tierra. En fin, al error consagrado por la religion, deben solo atribuirse la ignorancia y la incertidumbre de sus deberes, de sus derechos y de las verdades mas positivas en que el hombre se encuentra. En casi todas las partes del mundo el hombre no es mas que un esclavo degradado, desposeido de toda grandeza de animo, y á quien estos carceleros inhumanos no permiten nunca que goze de la claridad que le fué destinada.

Tratemos pues de apartar las espesas nubes que impiden al hombre andar con paso seguro en el sendero de la vida; inspiremosle el valor y el respeto de su razon; que aprehenda á conocer su esencia y sus legitimos derechos; que consulte la experiencia, y no una imaginacion ofuscada por la autoridad; que renuncie á las preocupaciones de su niñez; que no funde sus principios de moral mas que sobre su naturaleza, sus

necesidades, y sobre las ventajas verdaderas que le procura la sociedad; que se atreva á amarse á sí mismo, y que no se ocupe mas que de su felicidad y la de sus semejantes; y enfin, que sea justo y virtuoso al fin de ser dichoso en esta vida, y que se deje de reflexiones, que no son mas que inútiles y algunas veces peligrosas. Si necesita absolutamente algunas quimeras, que permita á los demas el formarlas distintas de las suyas, y por último, que se persuada que lo importante es que el hombre sea justo, pacifico y amigo de hacer bien, y que su manera de pensar sobre objetos inaccesibles á su razon es la cosa mas indiferente que puede haber.

El verdadero y solo objeto de esta obra es el de hacerle volver á la naturaleza, y estimar como debe su razon; el de hacerle adorar la virtud, y disipar las tinieblas que ocultan el camino que debe indubitablemente conducirle á la felicidad que desea: tales son las miras sinceras del autor. De buena fé consigo

mismo, su deseo no es mas que el de presentar al lector las ideas que una reflexion seria y larga le ha demostrado ser útiles al descanso y á la felicidad del hombre, como igualmente favorables al progreso del entendimiento humano; por lo tanto no pide mas, sino que se discutan sus principios. Lejos de querer romper los sagrados lazos de la moral, su intencion no es otra que la de estrecharlos, y colocar la virtud en el altar que hasta ahora la impostura, el entusiasmo y el terror han erigido á una fantasma incierta y peligrosa.

A la vispera de caer en el sepulcro que sus muchos años le han cavado, el autor declara del modo mas solenne que su sola idea ha sido la del bien de sus semejantes, su sola ambicion la de merecer la aprobacion de los pocos partidarios de la verdad, y de las almas justas que la buscan con sinceridad. Su pluma no se ha ocupado para aquellos hombres endurecidos contra la razon, que no juzgan mas que por sus viles intere-

ses ó sus funestas preocupaciones : sus cenizas ya frias, no temeran ni sus quejas ni su resentimiento, tan terribles para todos aquellos que durante su vida se atreven á decirles la verdad.

AVISO

DEL NUEVO EDITOR.

A pesar de lo raro y rebuscado que es este libro, á pesar de lo raras que son las antiguas ediciones, y de lo caras que se venden entre los libreros, nunca hubieramos pensado en reimprimirle, si un exemplar que ha pertenecido á M. Diderot, y que contiene un gran número de correcciones, no hubiese caído en nuestras manos. La persona á quien este precioso manuscrito pertenece, ha tenido á bien el permitirnos que empleémos las notas, las observaciones y las correcciones de un escritor elocuente, amigo del baron de Holbach, y uno de los autores del *Sistema de la Naturaleza*.

Nos hubiera sido muy facil el aumentar el volumen de estos dos tomos, con la ayuda de las notas que se hallan

al pié de la mayor parte de las paginas; pero no las hemos puesto mas que cuando nos han parecido indispensables. Algunas de las antiguas notas han sido corregidas por M. Diderot. En fin nada hemos olvidado de todo cuanto puede asegurar á esta edicion el buen suceso que nos parece merecer. Aunque nos hemos servido del trabajo de M. Diderot, que consiste principalmente en algunas correcciones del texto, y en algunas notas que no dejan de ser muy picantes, no nos ha parecido necesario el distinguirlas con ninguna señal particular.

El Sistema de la Naturaleza se dio á luz por la primera vez en 1770, dos tomos en 8º., bajo la rubrica de Londres, (*Amsterdam, Michel Rey*) con el nombre de Mirabaud, secretario perpetuo de la Academia francesa. La profundidad de las ideas, la fuerza de razonamiento, y la solidez de los argumentos contenidos en esta obra, la han hecho buscar con el mayor anhelo. Naigeon publicó la segunda edicion, bajo el título de *Sistema de la Naturaleza, ó de las leyes del mundo moral y del mundo fisico, escrito por M. de Mirabaud,*

secretario perpetuo, uno de los cuarenta de la Academia francesa; nueva edicion, aumentada por el autor, á la que se ha añadido varias piezas de los mejores autores, relativas al mismo objeto, Londres, 1774, 2 vol. en 8º. Estas piezas son dos: 1º. el Requisitorio del abogado general Seguier; este fué condenado y prohibido por el parlamento, el 18 de agosto de 1770: en cuanto á esta, su volumen y lo poco interesante que es nos la ha hecho suprimir; 2º el verdadero Sentido del Sistema de la Naturaleza, por Diderot, que se hallará al fin del segundo tomo.

El gobierno, asustado en vista de las grandes verdades contenidas en esta obra, la denunció al parlamento. Los golillas asustados, y temiendo la disminucion de sus derechos, creyeron dar un golpe de estado, condenando el libro á ser quemado al pié de la escalera del palacio. La sentencia del parlamento dada el 18 de agosto de 1770, entregó á las llamas varias de las producciones del baron de Holbach; 1º. *La Contagion sagrada, ó Historia natural de la supersticion, traducida del Ingles, Londres (Amsterdam, Michel Rey), 1768, dos partes*

en 120. El baron de Holbach, su autor, en su aviso, para escapar toda inquisicion, dice haberlo traducido del ingles de Juan Tranchard y de Thomas Gordon. De Holbach se ha ocupado constantemente en hacer ver que la revelacion es un *arma* de que el despotismo se ha servido para retener al pueblo en una perpetua esclavitud. Los jueces entonces declararon en su sabiduria, que esta obra era una invectiva vergonzosa contra la revelacion misma. Efectivamente de Holbach ataca la revelacion, y la demuestra como una impostura, como una sagrada contagion, de que todos los espíritus y todos los gobiernos han sentido los siniestros efectos; y finalmente nos la presenta como el instrumento fatal de que la ambicion se ha valido para oprimir la tierra, y enfin como una invencion funesta, incompatible con la verdadera moral, y neceserariamente unida á la servidumbre, el fanatismo y la supersticion.

Pero no es permitido á nadie el tener razon contra un juez; la prueba de esto la tenemos todos los dias; segun su inclinacion, los que les pagan, los que les tienen asalariados, ó las personas de

quien quieren obtener algun favor, de quien esperan alguna gracia, absuelven ó condenan. Examinemos la mayor parte de las causas que se juzgan. ¿De que depende su buen ó mal éxito? de alguna comida, de la promesa de conservar su empleo, ó de la aumentacion de su salario.

La contagion sagrada fué reimpressa en el año v de la republica (1797), en 8°, con algunas notas muy bien escritas de M. Lem..... Esta edicion formaba el primer volumen de una Biblioteca filosofica, que varias circunstancias particulares han impedido el continuar.

2°. *Dios y los hombres*, obra teologica, pero razonable, de Sissons de Valmire, Londres, 1770. En 8°, y Amsterdam, 1771, en 12.

Por haberse burlado de algunas costumbres bastante ridiculas de la ley de Moises, y por haberse dejado llevar de un poco de vivacidad en su discurso sobre la religion romana, que nos presenta tanta ridiculez, el antor fué condenado por un tribunal moderno. Se ha llegado á asegurar que queria hacernos creer que un Jesuita es un hombre de bien,

y que un capuchino con botas, es un buen mozo.

3°. *Discurso sobre los milagros de Jesu-Cristo, traducido del ingles de Woolston.*

Segun el mismo parlamento, la traduccion de este discurso, que no deja de tener en su favor el testimonio de los padres de la iglesia, no es mas que una parodia indigna de los libros sagrados. ¿ Pero quien tiene la culpa de esto ?

4°. *Examen critico de los apologistas de la religion cristiana*, atribuido á Freret, secretario perpetuo de las inscripciones y humanidades, Paris 1767, en 12°, reimpresso en 1775; pero en realidad, fruto del sabio Burigny, y no tiene por objeto mas que el discutir los motivos de credulidad que los apologistas de la religion catolica han alegado en su favor. No podria uno menos de creer lo que dicen, si no fuera porque desgraciadamente este autor ha probado de un modo que no admite replica, que todo cuanto estos apologistas han dicho en su favor es falso, y sin la menor probabilidad.

5°. *El examen imparcial de las diferentes religiones de Europa*, nos demues-

tra lo ridiculo, lo inconveniente y lo tonto de los diferentes hechos que nos presentan la mayor parte de ellas.

6^o. *El cristianismo descubierto ó exâmen de los principios y efectos de la religion cristiana*, Londres (Nancy, Leclerc), 1776, en 8^o. é en 12^o. Este tratado, que fué impreso bajo el nombre de Boulanger, es obra del baron de Holbach. La Harpe (Curso de litteratura. tomo XVI), dice que esta obra fué recopilada por Damilaville, ayudado de las conversaciones, ó bajo su diction. Este tratado, seguido de una disertacion sobre san Pablo, se halla entre las obras de Boulanger. El abate Bergier ha refutado *el Cristianismo descubierto* en su *Apologia de la religion cristiana*.

Otra refutacion habia sido ya impresa en 1768, en-12. Esta fue escrita por el conde de Autrey. La Harpe se engañó cuando atribuyó esta obra à M. Damilaville, que de Holbach llamaba graciosamente el *papa moscas* de la litteratura. Diderot ha tenido su parte en la obra del baron de Holbach, y le ha ayudado á componer varias obras, en las que ha tenido una gran parte.

Enfin, la septima y última obra con-

denada ha sido la del Sistema de la Naturaleza, ó leyes del mundo físico y del mundo moral. La corte del parlamento la consideró como el cumulo del escandalo, y el mayor de todos los atentados que se pueden cometer, contra el estado y la religion.

El Sistema de la Naturaleza pareció digno de un analisis; bajo el pretexto especioso de dar á conocer sus errores; el relator entasa tonterias, mentiras y subterfugios, porque no podia de otro modo destruir los razonamientos, la probabilidad y la verdad que presenta el baron de Holbach.

Mi designio habia sido el de seguir paso á paso el traductor con el fin de combatirle. Pero, despues de haber reflexionado, me ha parecido que seria muy inutil el perder mi tiempo en combatir tanta tonteria y absurdidad. Los dependientes del rey de 1770 decian tantos disparates como los de 1819.

Los que saben que M. Diderot á trabajado en el Sistema de la Naturaleza, y que es el autor del Compendio del Codo de la Naturaleza, no se extrañaran al ver el gran suceso que ha tenido la primera de estas obras-

El aviso del editor es de Naigeon; los primeros exemplares tienen un Discurso preliminar del autor, impreso gracias á los esfuerzos de Naigeon, seis meses despues de la publicacion de la obra, y reproducido en la segunda ediccion. « Pues que los filosofos mismos, dice M. la Harpe (*Curso de literatura*, XVI), no han querido devolver autenticamente este infame libro á su autor, me creo obligado á guardar el mismo silencio, por respeto á su familia, que honro.»

Grimm (*Correspondencia*, agosto 1789), habla mas francamente en los terminos siguientes. « Ya no puede haber ninguna indiscrecion, en decir que el baron de Holbach es el autor del libro que ha hecho tanto ruido en Europa, á saber el famoso Sistema de la Naturaleza. Toda la gloria que esta obra ha justamente adquirido no ha podido aumentar del menor modo el amor propio del autor, y se puede decir que si ha tenido la dicha de quedarse tanto tiempo al abrigo de toda sospecha, su modestia, mucho mas que la prudencia de sus amigos, fue la causa.... Este hombre extraordinario se hizo el apostol de este sistema

« con una pureza de intencion y con una
 « abnegacion de sí mismo, que hubiera
 « honrado, á los ojos de la fé, los apos-
 « toles de la mas santa de todas las re-
 « ligiones... » Grimm dice « que reyna
 « en general en este libro un tono de
 « entusiasmo, de filosofia y de elocuen-
 « cia, que no dejan de tener mucha fuer-
 « za. Hay muchas paginas en este libro
 « que nos dejan ver facilmente la pluma
 « de un escritor superior; esto no es ex-
 « traño; estas paginas son de M. Dide-
 « rot. »

La obra de que nos ocupamos se di-
 vide en dos partes. En la primera se
 exâmina la materia y el movimiento,
 despues el hombre, su origen, su fin, y
 enfin la naturaleza del alma.

Esta discusion conduce el autor á
 tratar de profundizar las famosas quë-
 stiones de la libertad, de la inmortalidad,
 del dogma de la vida futura, del fatalis-
 mo, de la necesidad y del suicidio; y
 acaba con apreciar los deberes del hom-
 bre para con sus semejantes, con deter-
 minar el origen de la sociedad, y con
 fijar los derechos de la soberanía. La
 segunda parte, trata de la religion, de
 la exístencia de Dios, y de las pruebas

de su existencia; del deismo y del optimismo, de la inutilidad de la teología, que no hace mas que entorpecer los progresos del entendimiento humano, y de la inutilidad de la conducta que el hombre tiene para con la divinidad. El autor termina con la apologia del ateismo, cuyo sistema no puede ser peligroso, y presenta á los lectores un *compendio del Codo de la Naturaleza*.

De Holbach no se ha contentado con renovar el sistema de Lucrecia, sino que le ha dado mucha mas extension: sus ideas sobre la materia y el movimiento son muy sensatas, y enteramente nuevas. Como todo es necesario en la Naturaleza, es claro que no puede haber en ella ni orden ni desorden, ni bien, ni mal moral. Las razones del autor nos parecerán mucho mas fuertes, si consideramos que la naturaleza no es una inteligencia que pueda tener ningun objeto: todo es necesario, todo es cuanto puede ser, y no puede absolutamente existir de otro modo.

Hablando del hombre y de su naturaleza, nos hace ver que la diferencia entre el hombre y el animal, no consiste mas que en su organizacion. Las diversas

especies de hombres, especies bien determinadas y bien conocidas, de todos los fisiologistas, á pesar de su incremento, no han cambiado de forma, y son muy capaces de ser conocidas. El hombre ha existido siempre, su especie no ha cambiado ni cambiará nunca. La formación, y la destrucción del hombre, son una consecuencia necesaria de las leyes de la naturaleza y del movimiento. La destrucción proviene de la manera con que el hombre ha sido formado. Todo tiene fin en el hombre, y la disolución de su máquina es el fin total de su ser. De modo que el hombre, no siendo mas que la materia, debe su nacimiento al movimiento; y este movimiento, aun despues de su destrucción, le perpetúa y renueva bajo diferentes formas. De aquí resulta que todo cuanto existe es necesariamente lo mismo que ha existido ya, solo que se halla modificado de un modo diferente.

Es preciso leer con reflexión el examen de la naturaleza del alma, sobre el que los antiguos filosofos, y los primeros doctores de la cristiandad no han tenido mas que ideas materiales, como tambien sobre la libertad del

hombre. No, el hombre no puede ser ni es libre; está necesariamente determinado por la impresion de los objetos exteriores, y por medio de las ideas que se han combinado en su cerebro, sin que el lo sepa. La voluntad no es mas que una modificacion del cerebro; el pensamiento, la reflexion y el razonamiento, no son mas que los movimientos necesarios, y es imposible el que pueda haber un momento en que el hombre sea perfectamente libre. El autor piensa no obstante que las causas morales pueden obrar sobre la voluntad del hombre. Efectivamente, las leyes, las penas, las recompensas sirven algunas veces para determinar el hombre cuando quiere escoger.

Hablando del fatalismo, que es el orden eterno, inmutable, establecido en la naturaleza, el autor demuestra evidentemente que el fatalismo es la regla constante de los fenómenos del corazon humano; demuestra tambien, que la necesidad es el resorte oculto del mecanismo de nuestra voluntad, de nuestro entendimiento, de nuestros pensamientos, y generalmente de todas nuestras acciones. La virtud no siendo otra cosa mas que lo que es constantemente util,

y el vicio no siendo mas que lo mas dañoso, resulta que el solo móvil de las acciones del hombre, es el deseo de la felicidad presente, y que este no puede obrar mas que segun mejor le conviene.

Pues que todo es materia en el hombre, la inmortalidad no es mas que una ilusion, siendo así que todo muere con el cuerpo. Por consiguiente el creer en la vida futura es absolutamente inutil para la moral. Lo que sí es necesario es, el inspirar á los hombres el deseo de vivir eternamente en la memoria de sus semejantes. De modo que todo nuestro cuidado ha sido el de demostrar todos los males que el dogma de la inmortalidad del alma ha producido.

Sobre todo en el articulo del suicidio, el autor trata de demostrarnos que la mayor debilidad es la de temer la muerte, pues que la naturaleza nos demuestra que debemos esperarla con constancia, como una consecuencia de las revoluciones á que está sujeta: ¿puede pues el hombre desgraciado dejar de serlo, quitandose la vida?

Las ideas de un dios vengativo y terrible, de una vida futura, de una felicidad muy distinta de la que conocemos

sobre la tierra, son las verdaderas margenes de los males del hombre, de la ignorancia, del temor y esclavitud en que vive. Por no haber conocido la naturaleza, la verdad, y la razon; por no haber conocido sus derechos y sus necesidades, los pueblos han perdido su libertad.

En el resumen de su opinion sobre la autoridad, de Holbach pretende que esta autoridad no puede ser fundada mas que sobre la felicidad que puede procurar al pueblo. Como el pacto que une los vasallos al soberano es condicional, si este último no cumple con la obligacion que se ha impuesto, el pueblo tiene el derecho de revocar su eleccion y de hacer otra.

En cuanto á la divinidad, el autor adopta la opinion de Lucrecia, que dice que el temor creó los dioses. Segun ambos escritores, la idea de Dios vino á los hombres de la ignorancia de las causas naturales, del miedo que han causado al hombre la infinidad de males que le rodean, y de las terribles revoluciones que se han hecho en el universo. De modo que, si el hombre hubiese sido siempre dichoso, nunca hubiera pensado en la divinidad.

El hombre creó la divinidad segun el mismo; pero la hizo inconceivable, no dandola mas que unos atributos absolutamente negativos. Un ser revestido de tantas calidades discordantes será siempre indefinido, y por consiguiente será un ser de mera razon; y sin tratar de conciliar la justicia de este ser con su bondad, la hipotesis de la libertad del hombre no puede satisfacer la objecion del origen del mal, que es ó contrario á la máquina, ó bien una consecuencia necesaria é indispensable de ella. Todo en la divinidad es contradictorio, y en este particular, las ideas teologicas serán siempre confusas, y deben necesariamente dañar al reposo de los humanos.

Si el miedo y la desgracia han introducido los dioses en el universo, la supersticion ha sido la margen de todas las religiones. Los legisladores se aprovecharon de la credulidad de los pueblos, y cada cual divinizó lo que podia contribuir á su felicidad, ó bien hacer su desgracia: de aquí proviene el *parteismo* y todas las absurdidades de que el entendimiento humano es capaz, cuando se abandona á sí mismo. Lejos de

contribuir á la felicidad del hombre, la religion no ha hecho mas que hacerles desgraciados ; y con divinizar los soberanos, no se ha hecho mas que hacer otros tantos tiranos; sobre todo, las religiones que se han sucedido unas á otras, no han dado á la moral mas que un apoyo demasiado endeble. La religion cristiana no ha conocido nunca el verdadero remedio para las pasiones; todas sus amenazas no sirven mas que para hacer fanaticos. Ocupando los hombres de una felicidad futura, les impide el pensar en su dicha presente; y lejos de detener las pasiones de los malos, no hace mas que sostenerlos en el crimen, pues que les promete un perdon; enfin presenta á los cristianos un dios despota, zeloso y cruel, que castiga eternamente unas faltas inseparables de la naturaleza humana, á la que el mismo ha dado toda su debilidad.

Las opiniones religiosas tienen los hombres en una disputa continua; se aborrecen y persiguen, y se creen muchas veces autorizados á cometer los mayores crímenes para sostener sus opiniones. No tan solo la religion es el principio de las desgracias de la huma-

nidad, sino que ha hecho los ministros de los altares, orgullosos, viciosos y malvados. El sacerdocio y la monarquía sabiendo combinar sus intereses, se prestan un mutuo apoyo, y la religion, sostenida por la tiranía, triunfa de todo. El despota halla la religion muy conveniente, porque le asegura que es un Dios sobre la tierra, pero la desprecia cuando le dicen que debe ser justo. Por su parte, los curas se substituyeron á la divinidad, atribuyendose el derecho de perdonar las culpas, por medio de una suma mas ó menos fuerte.

No, el ateismo no fue nunca dañoso para la sociedad; la moral natural, las leyes, la política y un gobierno sabio bastan para reprimir las pasiones. No hay cosa mas facil que la de demostrar que la impiedad es una acusacion vaga é imaginaria, y que el supersticioso merece el nombre de ateo mucho mas que el materialista. De Holbach termina su trabajo con un ruego á la naturaleza, que deberia estar en la boca y en el corazon de todo hombre de bien.

Cuando esta obra fué publicada, salieron diversas refutaciones de ella. Entre otras se distingue la de Bergier, *Exa-*

men del materialismo , ó refutación del Sistema de la Naturaleza, 1771, 2 tom^o. en 12^o.

Castillon de Berlin, *Observaciones sobre el Sistema de la Naturaleza.*

Duvoisin , *La autoridad de los libros del nuevo testamento contra los incredulos.* Paris, 1775, en 12^o. *La autoridad de los libros de Moises establecida y defendida contra los incredulos.* Paris , 1778 , en 12^o. Ensayo polemico sobre la religion natural. Paris, 1780, en 12^o.

Holland, en sus diversas producciones; Rochefort, *Refutación del Sistema de la Naturaleza.* Paris, 1771, en 12^o.

San Martin, *Libro de los errores de la verdad, ó los hombres vueltos al principio universal de la ciencia.* Paris, 1775, en 8^o.

Federico segundo, que habia favorecido con zelo todos los principios filosóficos, creyó deber refutar el *Sistema de la Naturaleza*, y no obstante todos los dias leia este libro

Voltaire tambien, al ejemplo de este monarca, creyó deberse levantar contra el *Sistema de la Naturaleza*, en su *Diccionario filosófico*, artículo *dios* y *estilo* : y por una singularidad bastante extraor-

dinaria, despues de haber hecho el elogio de este libro, se puso á criticar la diction.

Voltaire tuvo que hacer sus excusas al baron de Grimm por su critica. Para este fin le escribió una carta el 1.^o de noviembre de 1770 : « No he podido menos de hacer lo que he hecho; y si se examinan bien mis expresiones, se verá que no tienen nada de desagradable para nadie. » A lo que Grimm dice : « El patriarcara no quiere apartarse de su remunerador vengador..... Habla sobre este particular como un niño, pero como un niño muy bonito. »

No obstante, cuando Voltaire visitó Paris en 1778, y que le anuanciaron la visita del baron de Holbach, el ilustre anciano salió apresuradamente al encuentro del autor *del Sistema de la Naturaleza* y le dijo : « Haces mucho tiempo, caballero, que le conozco de reputacion, y le puedo asegurar, que es uno de los hombres de quien deseo mas la amistad. »

Paul Thyry, baron de Holbach, miembro de las academias de Petesbourg, de Berlin, de Manheim, etc., nació en Heidelberg, en el Palatinato, en 1723, en

el mes de enero. Su padre, despues de haber hecho una fortuna considerable, le llevó consigo á Paris, donde murió el 21 de enero de 1789, de euaá de sesenta y seis años. De Holbach unia una grande vivacidad de entendimiento á la memoria mas prodigiosa, á lo que añadia mucha penetracion, y sobre todo el mayor gusto por las ciencias. Sus estudios fueron brillantes, y ganó todos los premios.

Despues de los autores de Atenas y de Roma, nuestro filósofo se entregó con intrepidez al estudio de las matematicas, de la quimica, de la botanica, de la historia natural, y de las lenguas modernas. Hablando con la mayor gracia y facilidad, inspiraba á todos los que le escuchaban el amor del arte ó de la ciencia de que hablaba. Su padre murió dejandole muy joven, y dueño de una fortuna inmensa. Su amor por las mugeres y la mesa era igual al que tenia por las ciencias. Sus amigos le hicieron conocer que debia de escoger una esposa; poco tiempo despues se casó, y quedó viudo el mismo año. Enamorado de su cuñada Carlota-Susana d'Aine, muerta el 16 de junio de 1714,

á la edad de ochenta y un años, se casó con ella. Con el dinero, la corte de Roma le dió facilmente la permission de hacerlo. Si hubiese doblado ó triplicado el precio, su santidad le hubiera permitido el casarse hasta con su madre. De este último matrimonio nacieron cuatro hijos, dos barones y dos niñas. El mayor fue consejero del parlamento, y el menor capitán de dragones, en aquel hermoso tiempo en que se compraban las compañías; sistema admirable para los oficiales superiores, que cuentan treinta años de servicio desde su rincón. Una de sus hijas se casó con un tal marques de *Chastenay*, y la otra á un conde de *Nolivos*. Muy amigo de la mayor parte de los hombres celebres de la capital, empleó casi todos en sus obras. Todos le daban algun artículo mas ó menos considerable. De Holbach se picaba de tener una mesa opípara, y los cocineros mas famosos. Sus comidas obtuvieron una reputacion, que las comidas del *Almanaque de los epicureos* ó las de los ministros no podrán nunca sobrepujar.

Entre los amigos de Holbach se hablaban Buffon, d'Alambert, J. J. Rousseau, Mercier, Naigeon, Grimm, Galiani,

Marmontel, La Harpe, y las señoras Geoffrin, d'Épinay, d'Houdetot, etc. El alegre abate Galiani, escribiendo desde Napoles el 7 de abril de 1770, le hacia esta pregunta : La filosofía, de quien sois el primer *maître d'hôtel*, ¿ come aun, con tantas ganas como antes ? Grimm, en una de sus notas, dice que la mesa del primer *maître d'hôtel* perdió un poco de su reputacion quando, para el establecimiento de sus hijas, tuvo el baron de Holbach que restringir el gasto de su cocina.

Durante cuarenta años, de Holbach dió de comer á sus amigos todos los domingos, ofreciendoles la mesa mas sumtuosa. Marmontel en sus Memorias (*lib VII*) asegura que jamas en sus asambleas, á lo menos delante de él, Dios, la virtud, ni las santas leyes de la moral, fueron sometidas á la opinion. De Holbach, extremadamente modesto, no hablaba nunca de sus producciones. Como Naigeon estaba encargado de llevarlas á Inglaterra, ó bien á Holanda, donde les hacia imprimir, ha sucedido muchas veces que de Holbach oia la publicacion de sus obras por sus convi-

dados, que habian recibido ya algunos ejemplares antes que él, y hubo muchos que se las ofrecian para leer.

Naigeon, que fué el amigo y comensal de de Holbach durante treinta años, le pagó un justo tributo de admiracion en el aviso de las obras de Seneca, traducidas por Lagrange, preceptor del joven de Holbach. A la muerte del que *amaba, respetaba, y lloraba* como su padre, Naigeon hizo aun parecer en el diario de Paris del 9 febrero de 1789, una carta sobre el ilustre amigo que acababa de perder. « El baron de Holbach, dice él, presentó la práctica constante de todas las virtudes que pueden hacer honor á la naturaleza humana. Habia cultivado todas las ciencias, y apartado los límites de muchas de ellas, como la filosofia, la política, la moral, etc., tambien ha contribuido mucho con sus traducciones á los progresos de la historia natural y de la quimica... Al entendimiento mas penetrativo, anadia una simplicidad de costumbres enteramente patriarcales. » Hablando del baron de Holbach, madame de Geoffrin decia, con la originalidad que la caracterizaba:

Nunca he conocido un hombre mas simplemente simple, que este baron de Holbach.

De Holbach discutía con una logica severa y un analisis exacto y preciso. Así es que todas sus obras son dirigidas por la subidaria, y son dignas de reparo por una razon superior y un juicio enteramente sano. La felicidad y la gracia de su elocucion hacia que se le escuchase con interes. Su placer era el de hablar de las ciencias naturales, y particularmente de la quimica, cuyos límites ha alejado mucho. Tambien se le deben una infinidad de descubrimientos, que han facilitado las dificultades, y preparado el buen suceso de la escuela moderna. Su reputacion no hizo mas que aumentar, tanto que llegó á los oidos de Catalina II, la Semiramis del norte, quien no desdeñó de escribirle, preguntandole su modo de pensar sobre la legislacion. De Holbach no perdió un momento para satisfacer sus deseos, y la emperatriz de Rusia se aprovechó de su trabajo.

A de Holbach se deben tambien una infinidad de *bons mots*; todos no son igualmente dichosos; pero no hay ninguno que no sea ingenioso.

1º. « Mucha fortuna dice, no es mas que un instrumento de mas, para hacer el bien durable, y para embalsamarle. »

2º. Sobre los ingratos : « yo me contento del nombre seco de *bienhechor*, cuando me obligan á hacerlo ; no corro tras mi dinero, pero un poco de reconocimiento me gusta mucho, aunque no sea mas que para encontrar en los demas lo que deseo que tengan. »

3º. No habiendo querido Turgot dejarse llevar del imperio de las circunstancias, en tiempo de su ministerio, de Holbach le dijo : « Es verdad que conduciais muy bien vuestra carreta, pero por desgracia os habiais olvidado de un poco de sebo para untar los ejes. »

4º. Madame d'Houdetot habia puesto en su jardin el busto del autor del *Telemaco*, y queria poner al pie la inscripcion siguiente : *huye malvado, Fenelon te vé.*

« Señora, la dijo de Holbach muy juiciosamente, Fenelon no debia de espantar el malvado ; al contrario debia de hacerse imitar de él. »

Jean-Jacques Rousseau, cuya imaginacion ha tan á menudo turbado su entendimiento, despues de haber vivido

intimamente con de Holbach, se queja en sus *Confesiones* (lib. VIII) de haber recibido de él las mayores groserias. El ciudadano de Genova añade que Diderot, para excusar el baron, se contentaba con decir: Es preciso perdonarle un tono que toma con todo el mundo, y sobre todo con sus amigos. J. J. Rousseau, á pesar de que se queja del baron de Holbach, hace justicia á la extension de sus conocimientos, de su memoria, de la variedad de su erudicion, y la amenidad de su trato. Es, continua el filósofo genoves, un ricacho que goza de su inmensa fortuna con la mayor liberalidad; recibiendo todos los hombres de letras, y mantiniendose entre ellos honorablemente por sus muchos conocimientos. Sobre todo, durante el curso de una vida bastante larga, de Holbach hizo mucho bien y poco mal: ¿quien podrá decir lo mismo de todos aquellos que han refutado sus obras? no, la mayor parte eran devotos.

Habiendo publicado sus obras, bajo el velo del anónimo, ó bajo unos nombres pseudónimos, la lista completa de todas, ellas se halla en el diccionario de M. Barbier.

Piezas añadidas para servir á la historia del Sistema de la Naturaleza, y demas obras del baron de Holbach.

OPINION DE GRIMM.

El Sistema de la Naturaleza no se ha suscitado solo contra sí el clero y el parlamento; dos enemigos mucho mas poderosos se han levantado contra él: el patriarca de Ferney ha escrito un librito de veinte seis paginas para refutarle. Tambien dicen, que el rey de Prusia se ha dignado ocuparse de esta obra. El librito del patriarca tiene por título: *Dios : Respuesta al Sistema de la Naturaleza, seccion 2.* Este tratado está insertado, como un articulo, en las Qüestiones sobre la enciclopedia, á las que hace ya un año que el patriarca trabaja, y que componen muchos tomos en 8^o. y de los que se propone publicar los tres primeros antes del principio del invierno. El patriarca no quiere apartarse de su *remunerador vengador*, y lo cree necesario para el buen orden; consiente en que

se destruya el dios de los malos ó supersticiosos ; pero quiere que se venére el de los hombres de bien y de los sabios. Para esto, nos hace un razonamiento como un niño, pero como un niño muy bonito. Me parece que se quedaria bien parado, si se le preguntase que color tiene su dios ; pero se quedaria aun mas á la idea que el mismo daria de él. Pues, si la necesidad de todas las cosas está, segun él, demostrada, ¿ que hará de su dios, sino un ser encadenado, como todos los demas, á la cadena infalible de la necesidad ? Dice que el movimiento solo no ha podido producir lo que existe. Nadie lo concibe tampoco ; mas esto no quita que así sea ; como lo es tambien que con poner una divinidad á la cabeza de este movimiento, no hacemos mas que multiplicar las infinitas dificultades que ya tiene el problema. Pero dice él, unos seres dotados de inteligencia como el hombre, no pueden haber sido producidos mas que por una inteligencia suprema. La existencia de un reloj nos prueba la de un relojero ; un cuadro indica un pintor, y una casa un arquitecto : estos son argumentos incontestables para los niños. El filósofo los ac-

ceptaría también, si no fuese porque, lejos de aclarar, no hacen mas que echarle en un mar de dificultades, y prefiere atribuir el movimiento á la materia antes que á un motor, que nada puede, y cuya voluntad es dirigida, no tan solo por la necesidad, sino hasta por sus mismas criaturas. Un dia La Condamine, cuyo porte es agradable y sencillo, nos hizo que le rodeasemos para oír un bonito enigma que habia compuesto, y que queria que adivinasemos. Despues de haberlo leído, cada cual se fué acercando á su oído, y le dijo lo que significaba: La Condamine se quedó enteramente atonito al ver que todos lo habian adivinado: fué el caso que habia escrito, en letras grandes, lo que significaba su enigma, á la espalda del papel, de modo que al leerlo, nos lo hizo ver á todos sin que se percibiese de ello. Así debian hacer todos aquellos que tienen algun enigma muy difícil que proponer. Si Dios hubiese hecho lo mismo que el bueno de La Condamine, no nos hubieramos roto los cascos durante seis mil años: pero el hacernos ir á indagarlo todo al Mercurio del otro mundo, es burlarse de nosotros. El patriarca crée la idea de un

ser supremo, un freno muy util y necesario para los hombres, y sobre todo para los príncipes, porque teme que si se destruye la idea de la divinidad, el poderoso oprimirá al debil sin compasion. Marco Aurelio fué el mayor y el mas sabio de todos los príncipes, y no obstante, sus principios estóicos no le daban á conocer Dios, mas que como un ser esclavo y sin voluntad. Luis XI era muy devoto; le parecia siempre estar viendo la espada del angel vengador sobre su cabeza, y no obstante, su reynado fué un tegido de crímenes y de atrocidades. Los hombres nacen buenos y malos, y lo que se necesita, es saber lo que se puede emplear para hacerlos todos buenos. Si se encuentra esto, entonces se habrá dado el mayor paso en favor de la felicidad humana. ¿Pero donde encontrar un sistema que pueda contener la maldad reunida al poder? La mayor desgracia para los pueblos es el tener un príncipe poderoso y absurdo, porque esta combinacion no produce mas que una infinidad de atrocidades, en igual que un príncipe erudito, aunque malvado, conocerá que la violencia y la injusticia no son buenas para todos

L

los dias, y por consiguiente no se servirá de ellas mas que en las ocasiones extremas. Finalmente estos males me parecen sin margen, mientras que los curas continuen en predicar en nombre de Dios, y hasta que este lo haga por sí mismo. El patriarca no ha podido menos de poner su sello á su nueva produccion; pero su sello no es el mejor. Nos hace acordar de las anguilas de Needham; el conejo de Bruselas, que hace gazapos á una gallina; las ratas de Egipto, que se formaron del fango del Nilo; y el trigo, que se pudre para producirse. lo que prueba que es preciso morir para nacer. El mal no consiste repetir, por la milésima vez, este kyriele de pobres, sino en combatirles con un poco de física, tan mezquina en sus principios, como miserable en cuanto á sus consecuencias: es preciso que cada Aquiles tenga su talon vulnerable; el del de Ferney, es la física.

*Extracto de una carta de Voltaire al
baron de Grimm.*

Ferney, 10 de julio de 1770.

Le ruego á V. Md. que me diga si ha
leido el Sistema de la Naturaleza, y si
se encuentra en Paris. Algunos de sus
articulos me parecen bien hechos, otros
bastante largos, y muchos poco metódi-
cos. Si la obra hubiese sido mas corta,
su efecto hubiera sido terrible ; pero aun
siendo como es, no puede menos de ha-
cerlo. Me parece que es mucho mas elo-
cuente que Espinosa; pero este tiene una
gran ventaja sobre el primero, que es que
admite una inteligencia, al ejemplo de
la antigüedad, en igual que nuestro hom-
bre lo atribuye todo al movimiento de
la materia, lo que no es muy compre-
hensible. Me siento con mucha curio-
dad de saber lo que piensan de este libro
en Paris : V. Md. que es un proféta, me
dará mejores noticias que nadie, sobre
este particular.

*Extracto de una carta de Voltaire al
conde de Schomberg.*

Ferney, el 5 de octubre de 1770.

En cuanto al *Sistema de la Naturaleza*, que vuelve á todos locos en Paris, y que divide su modo de pensar, tanto como el *minuete de Versailles*, puedo asegurarle que me parece muy difuso, y fundado sobre la peor física; es verdad que entre las cabezas ligeras de los Franceses, hay muy pocos que sean dignos de ser filósofos. V. Md. que lo es verdaderamente, puede estar seguro que posee mi amistad.

Extracto de una carta al baron de Grimm.

Ferney, el 18 de octubre de 1770.

Este maldito *Sistema de la Naturaleza* ha hecho un mal irreparable. Nadie puede ya sufrir los cuernos, y las liebres tienen que huir, de miedo que tomen sus orejas por cuernos.

Por mas que se diga que las anguilas no se hacen con trigo, que hay una inteligencia en la naturaleza, y que Espi-

nosa estaba convencido de ello; y por mas que se diga como Virgilio, el mundo no dejara por eso de estar lleno de Bavius y de Mævius.

Abraze V. Md. por mí al hermano Platon, aun quando no admita la inteligencia como Espinosa.

Grimm anade á esta carta la reflexion sigüiente : El patriarca tiene muchos mas motivos de queja contra el *Sistema de la Naturaleza*; teme que este sistema nõ derribe el ritual de Ferney, y que el pãtriarca no se vaya al diablo con él. Hé aqui, me parece, el motivo secreto, pero verdadero, de su malhumor contra el *Sistema de la Naturaleza*. Esto lô há hecho ver mucho mas claro en una carta á madame Necker, y que voy á transcribir. Hippatia Necker pasa su vida con los sistematicos; pero es devota á su modo. Querria ser sinceramente huguenote, estóica ó deistica, ó por mejor decir, por ser algo, ha tomado el partido de no pensar en nada. El patriarca conoce estas disposiciones, y se vale de ellas.

Carta á madame Necker.

Ferney, el 26 de septiembre de 1770.

Me habla V. Md. del *Sistema de la Naturaleza*, que tanto ruido hace entre los ignorantes, y que indigna todas las gentes sensatas. Es vergonzoso para nuestra nacion el que tantos hombres hayan abrazado tan pronto una opinion tan ridicula. Es preciso ser muy loco para no reconocer una inteligencia secreta, cuando tenemos una tan pequena. Pero el colmo de la impertinencia es de haber fundado un sistema entero sobre una experiencia falsa, hecha por un Jesuista Irlandes, que han tomado por un filósofo. Desde la aventura de Malcrais de la Vigne, que se hizo pasar por una muchacha bonita, no se habia aun visto semejante arlequinada. De modo, que estaba reservado para nuestro siglo el establecer un sistema muy fastidioso de atéismo sobre una equivocacion. Los Franceses han hecho muy mal en abandonar las bellas letras por estas profundas tonterias.

Bien calculado todo, el siglo de Fedro y del Misentropo era mejor.

*Extracto de la Correspondencia de
Grimm, Agosto, 1789.*

No hé tenido la satisfaccion de conocer al baron de Holbach mas que hácia los últimos años de su vida ; pero , tener para con él los sentimientos de amor y veneracion que todos sus amigos le tienen, no se necesita haberle conocido mucho tiempo. Trataré pues de pintarle como me ha parecido , y estoy seguro que si sus manes pudiesen oirme, no sentirian el oír mis francos y simples homenages.

Nunca hé conocido un hombre mas sabio y mas universal que M. de Holbach ; sobre todo no hé conocido ninguno de tan poca ambicion como él : sin el interes sincero que tomaba por los progresos de todas las ciencias , sin la necesidad verdadera que tenia de comunicar á los demas lo que le parecia mas util, siempre se hubiera ignorado el secreto de su vasta erudicion. Su ciencia era como su fortuna.

La mayor parte de los progresos rapidos que la historia natural y la química han hecho hace treinta años son

debidos al baron de Holbach. Tambien es el traductor de muchas obras científicas alemanas, que eran muy poco conocidas en Francia. Todas sus traducciones tienen excelentes notas, de las que todos se sirvieron sin saber á quien eran debidas ; apénas hay quien lo sepa en el dia.

No hay ninguna razon para ocultar que él fué el autor del libro intitulado *Sistema de la Naturaleza*, que tanto ruido hizo en Europa hace diez y ocho á veinte años. Toda la gloria que esta obra tuvo no pudo seducir un momento su amor proprio. Si tuvo la felicidad de no ser sospechado por mucho tiempo, su modestia le sirvió para esto mas que todos sus amigos. Yo, por mi parte, no puedo aprobar la doctrina audaciosa de esta obra ; pero puedo decir, con todos sus amigos, que el autor era incapaz de haber sido actuado por ningun interes personal ; y estoy muy convencido que su intencion era la mas pura y apostólica.

Su *Sistema social* y su *Moral universal* no tubieron tanto efecto como el *Sistema de la Naturaleza* ; pero estas dos obras anuncian que aunque su in-

tento era el de destruir las barreras antiguas, no por eso pensó, que no era necesario el que hubiese alguna. La diferencia tan extraordinaria de estas dos últimas obras y de la primera, ¿no sería una de las mejores objeciones contra el efecto moral de está sistema?

Es preciso convenir tambien que si estas últimas obras difieran mucho de la primera en punto al interes del asunto, no difieren menos en cuanto al talento. El *Sistema de la Naturaleza* está escrito con la mayor desigualdad, lleno de repeticiones y de vanas declamaciones; pero reyna en general en toda ella un tono muy filosófico. Hay muchas paginas en que se reconoce la pluma de un escritor del primer orden, lo que no es extraño, pues que son de Diderot. En lo restante, se nota una prolixidad, poco movimiento, y muy poca variacion tanto en las ideas, como en la expresion.

Conciudadano y amigo desde la infancia del famoso Lavater, me puede ser permitido el picarme un poco de fisiónomista. En esta calidad diré que me hé asombrado siempre al ver la relacion extraordinaria que habia entre los ras-

gos de la cara, y los de su entendimiento. Todos sus rasgos eran bastante regulares, y no obstante no era un *buen mozo*. Su frente, ancha y descubierta, como la de Diderot, anunciaba un entendimiento vasto y extenso; sus miradas pintaban la dulzura y la sinceridad de su alma.

El baron de Holbach debía creer fácilmente en el imperio de la razon, porque sus pasiones eran exáctamente las que se necesitan para hacer valer al ascendiente de sus buenos principios. Amaba las mugeres y los placeres de la mesa, sin ser esclavo de sus gustos. No podia aborrecer á nadie; no obstante, podia apénas ocultar su horror por los curas. Una de sus mayores pasiones, sobre todo hácia el fin de su vida, fué la curiosidad. Gustaba de las novedades, como un niño ama sus juguetes, lo que hacia que las acogiese todas sin distincion. Parecia que toda la credulidad que habia rehusado á las novedades del otro mundo, la habia puesto en las de los cafes y las gazetas. Hasta los hechos mas falsos eran para él muy interesantes. ¿Sabe V. Md. la historia que han hecho hayer? — No. — No es

creible.—No importa; ¡dígamela V. Md!
 — Cuantas veces se ha enfadado contra M. de Grimm, que con una palabra ha destruido una historia que habia hecho su delicia toda la mañana en el Palacio-Real.—Siempre es V. Md. así; ni cree, ni quiere dejar creer á los demas. —

M. de Holbach tuvo por amigos los hombres mas célebres de la Francia, como Helvetius, Diderot, d'Alembert, Condillac, Turgot, Buffon, J. J. Rousseau, y varios otros illustres extranjeros como son Hume, Garrick, el abate Galiani, etc. Su biblioteca era muy buena, y su memoria era capaz de contener con claridad todos sus conocimientos. Sea cual fuese el sistema que me puedo imaginar, me ha dicho muchas veces M. Diderot, estoy bien seguro que mi amigo de Holbach encontrará alguna autoridad que le justifique.

Uno de los rasgos mas estimables del caracter de M. de Holbach era su generosidad; nada queda que decir mas que lo que ya ha dicho M. Naigeon, y por consiguiente, transcribiremos este hecho.

Concurría á su sociedad un hombre de letras M. P***. que parecia triste,

pensativo, y profundamente melancólico. Afligido al ver el estado de su amigo, M. de Holbach fué á su casa, y le dijo : No crea V. Md. que mi venida ha tenido por objeto el de introducirme en su confianza ; respeto su secreto, pero le veo triste y desgraciado, y no lo puedo sufrir. Conozco su poca fortuna ; tal vez tiene V. Md. algunas necesidades que yo no conozco : le traigo á V. Md. diez y mil francos, que de nada me sirven, y que me devolverá tarde ó temprano. Su amigo , justamente conmovido y reconocido, le asegura que no tiene necesidad de dinero, que su tristeza no es causada por la miseria, y rehusa su dinero, sin olvidar su accion. El mismo me ha contado el suceso.

SISTEMA

DE

LA NATURALEZA.

PARTE PRIMERA.

De la Naturaleza y de sus leyes. Del hombre. Del alma y sus facultades. Del dogma de la inmortalidad. De la felicidad.

CAPÍTULO PRIMERO.

DE LA NATURALEZA.

El hombre no puede menos de enganarse siempre que abandone la experiencia por no seguir mas que los sistemas creados por la mera imaginacion (1). El hombre ha sido la obra de la Naturaleza ; no existe mas que en ella,

(1) Desgraciadamente todo nace de la imaginacion. La mas viva de todas las facultades del animo es la de la imaginacion, y esta es la sola que hace que nos crea.

y es regido por sus leyes, de las cuales no puede apartarse ni aun por pensamiento : su ingenio ha querido en vano sobrepujar los límites del mundo visible; la experiencia le ha dado cruelmente á conocer su inhabilidad para hacerlo. Para un ser creado por la Naturaleza y sometido á ella , nada existe fuera del conjunto ó todo, de que forma una parte, y de que recibe toda especie de influencias. En cuanto á los seres que suponemos superiores á la Naturaleza ó distinguidos y privilegiados por ella misma , todos ellos no son mas que unas quimeras de que nunca podremos formarnos la menor idea , como tampoco del lugar que habitan ó de su modo de obrar. Nada hay ni puede

mos dichosos ó desgraciados, y es tambien la madre de la esperanza y de la ilusion. El esclavo arrastra cantando la cadena que le agobia ; el labrador no se desanima nunca á pesar de sus duras tareas ; el criminal espera hasta el último momento de su suplicio, y todo esto ¿ porqué? Porque siempre le queda al hombre la esperanza de otra suerte mejor. Las religiones de los *Etruscos*, de los *Griegos*, de los *Escandinavos*, y de los *Mahometanos*, no fueron inventadas mas que para inflamar la imaginacion de los pueblos que las siguen. El culto catolico, que seguia enteramente el sistema del divino Platon, ha sido corrompido y desfigurado cruelmente por los muchos innovadores que ha tenido, y que, en general, han sido los hombres mas barbaros é ignorantes de su tiempo.

haber fuera de los límites que encierran á los *seres* conocidos.

Que el hombre cese pues de buscar fuera del mundo en que habita una felicidad que la naturaleza le rehusa ; que estudie esta naturaleza , que aprenda sus leyes , que observe su energía y la manera inmutable con que obra ; que se sirva de sus descubrimientos para procurarse alguna porción de felicidad , á que de todos modos se someta sin réplica á las leyes de que ningun poder le puede eximir ; que consienta á dejar en el olvido cosas que para él estan cubiertas de un velo impenetrable ; y en fin que se someta sin resistencia á los decretos de una fuerza universal que no puede retroceder , y que no puede apartarse jamas de las reglas que su misma esencia le impone.

No hay cosa menos verosimil que la diferencia que tantas veces se ha hecho entre el hombre fisico y el hombre moral : el hombre no es mas que un *ser* puramente fisico ; el hombre moral es este mismo *ser* fisico , considerado con relacion á algunas de sus acciones , debidas únicamente á una organizacion particular. Pero ¿ es esta organizacion algo mas que la obra de la naturaleza ? ¿ tienen los movimientos de que esta escapaz algo que no sea fisico ? Tanto sus acciones visibles quanto los movimientos invisibles excitados en su interior , y que pro-

vienen de su voluntad ó de su pensamiento, son únicamente los efectos naturales de las consecuencias de su propio mecanismo, y de las impresiones que recibe de los demas seres que le rodean. Todo cuanto el entendimiento humano ha inventado hasta aquí para cambiar ó perfeccionar su *ser* y hacer su vida mas dichosa, no ha sido mas que la consecuencia necesaria de su esencia y la de los *seres* que obran sobre él. Todas nuestras instituciones, nuestras reflexiones y conocimientos no tienen otro objeto mas que el de procurarnos una felicidad, hácia la cual, nuestra naturaleza nos obliga á inclinarnos continuamente. Todo lo que hacemos ó pensamos, todo lo que somos ó seremos, no es otra cosa mas que la consecuencia de lo que nos ha hecho la Naturaleza; todas nuestras ideas, voluntades y acciones, son efectos necesarios de la esencia y de las calidades que esta Naturaleza ha puesto en nuestra composicion, por cuya razon estamos obligados á pasar y á ser modificados. En una palabra, el arte no es mas que la Naturaleza, ayudada de los instrumentos que ella misma ha creado.

La Naturaleza envia al hombre desnudo y destituido de socorros al mundo que debe ser su habitacion; en breve se reviste de una piel, y poco á poco le vamos viendo hilar el oro y la seda. Si fuese posible el que un *ser* racional

se pudiese elevar sobre nuestro globo, y que de lo mas alto de la admosfera contemplase la especie humana en todos sus progresos y transformaciones, el hombre errante, desnudo, y buscando una subsistencia escasa y costosa, le parece seguir las leyes de la Naturaleza, tanto como aquel que, en una ciudad, enriquecido con un mayor numero de experiencias se sumerge en el lujo, y se forja diariamente mil necesidades nuevas, y mil modos de satisfacerlas. Todos los esfuerzos que hacemos para modificar nuestro *ser*, no pueden ser considerados mas que como la consecuencia de las causas y efectos provenientes de las primeras impulsiones que nos fueron comunicadas. El mismo animal pasa sucesivamente de las necesidades mas simples á las mas complicadas, y no obstante todas ellas provienen de su naturaleza. Así es que la mariposa, de quien tanto admiramos la hermosura, empieza por ser un huevo inanimado, conviértese luego en un gusano que se hace despues un insecto alado, adornado de los mas vivos colores: llegada á este estado, se multiplica y reproduce; y al fin, despojada de sus adornos, se ve obligada á desaparecer despues de haber cumplido con la obligacion que la Naturaleza le habia dado, ó haber descrito el círculo de transfiguraciones que fué impuesto á los *seres* de su especie.

Todos los vegetales nos presentan las mismas mudanzas y los mismos progresos. La combinacion, el tegido, y la energia primitiva que la Naturaleza ha dado al *aloe*, son la causa de que esta planta creciendo, y modificándose insensiblemente, dé al fin una flor que es la precursora de su muerte.

Lo mismo le sucede al hombre, que en todos los progresos, en todas las variaciones que sufre, no hace sino seguir las leyes propias de su organizacion, y de la materia de que la Naturaleza le ha formado.

El hombre físico es el que obra por la impulsión de las causas que nuestro sentido nos hace conocer. El hombre moral es el que obra por las causas físicas que nuestras preocupaciones nos impiden de echar de ver. El hombre salvaje no es más que un niño sin experiencia, é incapaz de trabajar en su propia felicidad. El hombre civilizado es aquel á quien la experiencia y la vida social que tiene, le ponen en estado de aprovecharse de la Naturaleza para grangearse su bien estar. El hombre de bien ilustrado es el hombre en su madurez (1) ó su perfeccion. Hombre dichoso es

(1) Dice Ciceron. *Est autem virtus nihil aliud quam in se perfecto et ad summum perducta natura.*

el que sabe gozar de los bienes que la Naturaleza le proporciona : hombre desgraciado, es el que se encuentra en la imposibilidad de gozar de estos beneficios.

El hombre debe pues, en todas sus pesquisas, recurrir á la física y á la experiencia : estas son las que debe de consultar para su religion, para su moral, su legislacion, su gobierno político, sus ciencias, sus artes, sus placeres y sus penas. La Naturaleza obra por medio de unas leyes simples, uniformes é invariables, que la experiencia nos puede muy bien dar á conocer. Nuestros sentidos nos unen á la Naturaleza universal : nuestros sentidos son los solos que nos pueden procurar la experiencia, y esta hacernos adivinar sus secretos : apenas nos apartamos de la experiencia, cuando caemos en el abismo en que nuestra imaginacion se pierde sin remedio.

Todos los errores de los hombres son puramente físicos, y nunca se engañan, sino cuando no quieren volver á la Naturaleza, consultar sus reglas, é invocar la experiencia á su socorro. Por no haber hecho esta observacion, se han formado ideas muy imperfectas de la materia, de sus propiedades, de sus combinaciones, de su fuerza, de su modo de obrar, y de la energía que resulta de su esencia : el universo entero no es para ellos ma-

que un residuo de ilusiones. Han ignorado la Naturaleza, desobedecido á sus leyes, y no han visto al camino invariable que ha señalado á todo cuanto en sí encierra ; ; que digo ! se han desconocido á sí mismos : todos sus sistemas, sus conjeturas y sus razonamientos, despojados de la experiencia que les debía acompañar, no son mas que un tejido de errores y de absurdidades.

Todo error es pernicioso. El género humano es desgraciado solo por haber errado. Por falta de haber conocido la Naturaleza, se ha formado unos dioses que son el único objeto de sus esperanzas y de sus temores. (1)

Los hombres no han considerado que esta Naturaleza, sin bondad como sin malicia, no

(1) El hombre sensato no puede menos de gemir cuando, abriendo el libro de las teogonías antiguas y modernas, ve en él un numero infinito de dioses, objeto del amor y del terror de los pueblos. ¿ Cuanta pequeñez y tontería no había en el culto de los Egipcios, de los Indios, de los Griegos y de los Romanos ? ¿ que de picardía y de infamia entre sus sacerdotes ? ¿ y los nuestros han cambiado ? No. Decía Ciceron que dos adivinos no podian mirarse uno a otro sin reirse. Que poco pensaba él que entre los modernos veríamos algun dia unos cuantos miserables, prodigarse unos á otros un incienso debido solo á los dioses : y por cúmulo de ignorancia, que tratarian de persuadirnos que eran los representantes de la Divinidad.

hace, cuando produce y retira sus seres, cuando hace sufrir á los que ha hecho sensibles, por medio del bien y del mal, y enfin cuando no cesa de alterarlos, mas que seguir sus leyes necesarias é inmutables. Los hombres obcecados no han visto que en la sola Naturaleza debian de haber buscado sus necesidades, el remedio de sus males, y los medios de ser dichosos ; lo han estado siempre esperando, de unos *seres* imaginarios á quien locamente han atribuido sus placeres y sus infortunios. De esto se puede concluir que á la sola ignorancia en que el hombre se halla de la Naturaleza se deben atribuir tanto poder desconocido, bajo el que el género humano ha temblado, como tambien tanto culto supersticioso, causa de todos sus males.

Por no conocer su naturaleza, su poder, sus necesidades y sus derechos, el hombre civilizado ha perdido su libertad y caído en la esclavitud : desconoció ó se creyó en la obligacion de ahogar los deseos de su corazon, y de sacrificarse á los caprichos de sus gefes : ignoró el verdadero fin de la asociacion y del gobierno ; y se sometió sin reserva á unos hombres que sus preocupaciones le hicieron considerar como seres de una orden superior á la suya, ó por mejor decir como dioses sobre la tierra : estos se aprovecharon de su error

para hacerle corrompido, vicioso, miserable, y para sujetarle vergonzosamente. De manera que, si hubiera conocido su naturaleza, no hubiera nunca caído en la esclavitud, ni se hubiera visto mal gobernado. El hombre por haberse desconocido á sí mismo, y haber ignorado las relaciones necesarias que subsisten entre él y los demas de su especie, se ha olvidado de su deber acerca de sus semejantes, sin acordarse que este era necesario para su felicidad. Desde entonces perdió de vista lo que se debia á sí mismo, los excesos que debia de evitar para hacerse sólidamente dichoso, y las pasiones á que debia de resistir para gozar de la felicidad : en una palabra desde entonces se olvidó de sus verdaderos intereses. De aquí provienen sus desareglos, su intemperancia, sus voluptuosidades vergonzosas, y todos los vicios á que se ha entregado á costa de su propia conservacion y de su sólido bien estar. La ignorancia de la naturaleza humana fué la que impidió el que el hombre se ilustrase en la moral : bien que, por otra parte, los gobiernos depravados á que se sometió, le hubieran impedido el practicarla, aun cuando la hubiese conocido.

Por no haber estudiado la Naturaleza y sus leyes, y tratado de descubrir sus recursos y propiedades, vive el hombre en la mas pro-

funda ignorancia, ó cuando mas, camina con el paso mas lento é incierto para mejorar su suerte. Esto proviene de su pereza, que le hace preferir el ejemplo, la rutina y la autoridad, á la experiencia que requiere mas actividad, ó á la razon que exige mucha reflexion. De aquí nace la aversion que la mayor parte de los hombres demuestran por todo aquello que les parece salir de las reglas á que estan acostumbrados. De aquí nace su respeto estúpido y escrupuloso por la antigüedad y por todas las instituciones de sus antepasados: de aquí nacen los temores que los detienen cuando se les proponen las innovaciones mas ventajosas ó las tentativas mas probables. He aquí el motivo por que vemos tanta nacion yacer en el mas vergonzoso letargo, gemir bajo los abusos transmitidos de siglo en siglo, y temblar á la mas mínima mencion del remedio que podria curar sus males. Por esta misma inercia y falta de experiencia, la medicina, la fisica, la agricultura, y en una palabra todas las ciencias útiles, hacen tan pocos progresos, y se mantienen tanto tiempo en las trabas de la autoridad. Los profesores de todas estas ciencias prefieren seguir el camino que les fué enseñado, al abrirse uno nuevo por sí mismos; y prefieren el delirio de su imaginacion y de sus conjeturas gratuitas, á las experiencias la-

boriosas que serian solas capaces de arrancar sus secretos á la Naturaleza.

Enfin los hombres, ó bien sea por pereza ó por miedo, despues de haber abandonado toda confianza en su sentido, no han sido guiados en todas sus acciones y empresas mas que por la imaginacion, el entusiasmo, la costumbre, las preocupaciones, y sobre todo la autoridad, que se valió de su debilidad para engañarlos: Una infinidad de sistemas imaginarios han usurpado el lugar de la experiencia, la reflexion y la razon; algunas almas llenas de terror, embriagadas de lo maravilloso, ó entorpecidas por la pereza y guiadas por la credulidad que produce la inexperiencia, se han creado una infinidad de opiniones ridículas, ó han adoptado sin ningun exámen todas las ilusiones que se les han presentado.

De manera que, por no haber entendido la Naturaleza, por haber desdeñado la experiencia, por haber despreciado la razon, por haber deseado lo extraordinario y sobrenatural, y enfin por haber temblado, el género humano se ha quedado durante una larga serie de siglos en la infancia de que empieza á salir con tanto trabajo: durante todo este espacio de tiempo no ha tenido ni seguido mas que unas hipótesis pueriles de las que nunca se atrevió á exáminar ni los fundamentos ni las pruebas; se

ha acostumbrado a considerarlas como sagradas y como verdades conocidas, de las que no debía dudar un solo instante. Su ignorancia le ha hecho crédulo; su curiosidad indiscreta hizo que acogiese con ansia todo lo maravilloso. El tiempo le confirmó en sus opiniones, é hizo pasar de generacion en generacion sus conjeturas por realidades; la tiranía le ha mantenido en estas nociones que le eran necesarias para esclavizar la sociedad. En fin, la ciencia del hombre ha sido toda compuesta de mentiras, obscuridades y contradicciones, mezcladas algunas veces con algunos rayos de luz, sacados de la Naturaleza, de la que no se puede apartar enteramente, porque la necesidad nos la hace buscar.

Salgamos pues de entre las nubes que nos forma la preocupacion; salgamos de la atmosfera espesa que nos rodea, afin de considerar las opiniones de los hombres y sus diversos sistemas; desconfiemonos de una imaginacion desarreglada; tomemos la experiencia por nuestra guia; consultemos la Naturaleza, y tratemos de sacar de ella algunas ideas verdaderas de los objetos que en sí encierra; recurramos á nuestros sentidos, contra los que falsamente nos han dado sospechas; indaguemos la razon, que tanto han calumniado y degradado; contemplemos con atencion el mundo visible para

ver si por él podremos formarnos alguna idea de las tierras desconocidas del mundo intelectual. Tal vez hallaremos que no han tenido razon en distinguirle, y que se ha hecho muy mal en separar los dos imperios de la Naturaleza.

El universo, este vasto conjunto de todo cuanto existe, no nos ofrece por todas partes mas que materia y movimiento; todo él no ofrece á la vista mas que una cadena inmensa é inenterrumpida de causas y efectos: algunas de estas causas nos son conocidas porque se presentan clara y distintamente á nuestros sentidos; otras nos son desconocidas porque no obran sobre nosotros mas que por medio de unos efectos, muchas veces, muy lejanos de su causa primera.

Las materias variadas y combinadas de diferentes maneras reciben y comunican sin cesar movimientos muy diversos; las propiedades diferentes de estas materias, sus diferentes combinaciones, sus maneras de obrar tan variadas y que son la consecuencia necesaria de ellas mismas, constituyen para nosotros la esencia de los *seres*; y de estas esencias diversificadas resultan los diferentes estados, rangos ó sistemas que estos seres ocupan, cuya suma total compone lo que llamamos Naturaleza.

De manera que la Naturaleza, en su signifi-

cacion mas extensa, es el gran-todo que resulta del conjunto de las diferentes materias, de sus diferentes combinaciones, y de los movimientos diferentes que observamos en el universo. La Naturaleza, en un sentido menos extenso, ó considerada en cada ser, es el todo que resulta de la esencia; es decir de las propiedades, de las combinaciones, de los movimientos, ó de la manera de obrar que la distingue de los demas seres. De modo que se puede decir que el hombre es un *todo*, que resulta de las combinaciones de ciertas materias dotadas de propiedades particulares, cuyo arreglo se llama *organizacion*, y cuya esencia consiste en sentir, en pensar, en obrar; en una palabra, en moverse de una manera diferente de la de los demas seres con quien se compara. Por efecto de esta comparacion, el hombre se coloca en un rango, en un sistema, ó en una clase á parte que difiere de la de los demas animales, en quienes no vé las mismas propiedades que en sí mismo. Los diferentes sistemas de los seres, ó por mejor decir, sus *naturalezas particulares* dependen del sistema general del *gran-todo*, de la Naturaleza universal, de la que forma una parte aunque pequeña, y con la cual todo cuanto existe está necesariamente ligado.

P. S. Despues de haber fijado el sentido que se debe de dar á la palabra *Naturaleza*, he creido deber advertir el lector, por la primera y última vez, que siempre que en el curso de esta obra me oiga decir « que la Naturaleza produce un efecto » no crea que quiero personificar esta naturaleza, que no es en sí mas que un *ser abstracto*; pero que entienda que el efecto de que hablo es el resultado necesario de alguno de los seres que componen el gran conjunto que vemos; de manera que cuando digo « la Naturaleza quiere que el hombre trabaje en su felicidad », es por evitar las circunlocuciones y las repeticiones, y quiero decir que es de la esencia de un ser que siente, que piensa, que quiere y que obra, el trabajar en su felicidad. Enfin, llamo yo natural, todo lo que es conforme á la esencia de las cosas, y á las leyes que la Naturaleza prescribe á todos los seres que encierra, en los varios lugares que estos seres ocupan, y en las varias circunstancias en que tienen que hallarse. De manera que la salud es natural al hombre, en un cierto estado; la enfermedad es igualmente natural para él en otras circunstancias: la muerte es el estado natural del cuerpo, privado de algunas cosas necesarias al mantenimiento y existencia del animal, etc.

Por esencia entiendo yo lo que constituye

un ser, lo que él es en sí, y la suma de sus propiedades ó de las calidades por las que existe y obra. « Cuando decimos que es de la esencia de una piedra el caer, es como si dijéramos que su caída es el efecto necesario de su peso, de su densidad, de la conxion de sus partes, y de los elementos de que se compone. » Finalmente, la esencia de un *ser* es meramente su naturaleza individual y particular.

CAPÍTULO II.

DE EL MOVIMIENTO Y DE SU ORIGEN.

El movimiento es un esfuerzo que un cuerpo hace para cambiar de lugar, esto es, para corresponder sucesivamente con las diferentes partes del espacio, ó bien para cambiar de distancia relativamente á otros cuerpos. El es el que establece las relaciones que existen entre nuestros órganos y los seres que se hallan dentro ó fuera de nosotros; y por el movimiento que estos seres nos imprimen, conocemos su existencia, juzgamos de sus propiedades, los distinguimos unos de otros, y los distribuimos en diferentes clases.

Los seres, las substancias ó los cuerpos variados de que la Naturaleza se compone, efectos ellos mismos de ciertas combinaciones ó causas, se vuelven causas á su vez. Una causa es un ser que da el movimiento á otro, ó que produce alguna mudanza en él. El efecto es la variacion que un cuerpo produce en otro con la ayuda del movimiento.

Cada ser, por su esencia y su naturaleza particular, es susceptible de comunicar, de

recibir y de producir movimientos diversos; de aquí proviene la facilidad con que algunos seres hacen una fuerte impresion sobre nuestros órganos, y con la que estos reciben su impresion, ó cambian de estado en su presencia. Los que no pueden obrar sobre ninguno de nuestros órganos, ó bien sea inmediatamente y por sí mismos, ó bien mediatamente y por la intervencion de otros cuerpos, no existen para nosotros; pues que, ni nos pueden conmovér, ni consiguientemente nos pueden comunicar ninguna idea, ni ser juzgados por nosotros. Conocer un objeto es haberle sentido; haberle sentido es haber sido conmovido por él; ver es ser conmovido por medio del órgano de la vista; oír es serlo por él del oído, etc. En fin cualquiera que sea el medio de que un cuerpo se ha servido para obrar sobre nosotros, solo le conocemos por alguna mudanza que se hace en nuestro interior.

Segun llevamos ya dicho, la Naturaleza es el conjunto de todos los seres y de todos los movimientos que conocemos, como igualmente de muchos otros que no podemos conocer porque son inaccesibles á nuestros sentidos. De la accion y de la reaccion continua de todos los seres que la natura encierra, resulta un encadenamiento de causas y de efectos, ó de movimientos guiados por una ley constante é inva-

riable casi para cada ser , necesarias ó hereditarias a su naturaleza particular , y que hacen que se agite ó se mueva siempre de un modo determinado : los diferentes principios de cada uno de estos movimientos nos son desconocidos , porque ignoramos lo que constituye primitivamente la esencia de estos seres. Pero , como los movimientos de los cuerpos no son siempre apercibidos por nuestros órganos , no los conocemos mas que en masa ; ignoramos sus combinaciones intimas y las proporciones de estas combinaciones , de que deben necesariamente resultar muchas maneras de obrar , movimientos y efectos.

Nuestros sentidos nos demuestran generalmente dos especies de movimientos en los seres que nos rodean : uno de ellos es un movimiento en masa por el cual todo un cuerpo pasa de un lugar á otro ; el movimiento de esta especie nos es muy conocido , como cuando vemos una piedra caer , una bola rodar , y un brazo moverse ó cambiar de posicion. El otro es un movimiento interno y oculto , que depende de la energia particular de un cuerpo , esto es , de la esencia , de la combinacion , de la accion y de la reaccion de las particulas insensibles de la materia de que este cuerpo está compuesto : este movimiento no se deja apercibir de nosotros ; si lo conocemos , es por las alteraciones

que observamos al cabo de algun tiempo sobre el cuerpo ó sobre sus mezclas : de este género son los movimientos ocultos que la fermentacion hace hacer á las partículas de la harina, que, de dispersas y separadas que estaban, llegan á formar una masa total que llamamos *pan*. De este mismo género son tambien los movimientos imperceptibles, por los que vemos una planta ó un animal crecer, fortificarse, alterarse y adquirir nuevas calidades, sin que nuestros ojos hayan sido capaces de seguir todos los diversos movimientos que han producido estos efectos. Y en fin de esta especie son tambien los movimientos internos que se pasan en el hombre, y que llamamos sus *facultades intelectuales, sus pensamientos, sus pasiones, sus voluntades*, y de las que no podemos juzgar mas que por sus acciones; es decir, por los efectos sensibles que las acompañan ó las siguen : por ejemplo, cuando vemos que un hombre huye, juzgamos que está interiormente agitado de la pasion del temor, etc.

El movimiento visible ó invisible se llama movimiento adquirido, siempre que es comunicado en un cuerpo por una causa extranquera, ó por una fuerza existente fuera de sí que nuestro sentido nos hace conocer; por este motivo el movimiento que el viento da á las velas de un barco se llama adquirido. Se llaman esponta-

neos los movimientos excitados en un cuerpo, que encierra en sí mismo la causa de los cambios que vemos que se operan en él; y entonces decimos que este cuerpo obra y mueve con su propia energía: de esta especie son los movimientos del hombre que anda, que habla y que piensa; y no obstante, si consideramos la cosa con un poco de atención, seremos convencidos que hablando con propiedad, no hay semejantes movimientos espontáneos en los cuerpos de la Naturaleza, pues que obran continuamente unos sobre otros, y que todas sus variaciones son debidas á las causas visibles ó invisibles que los conmueven: v. g. la voluntad del hombre es movida ó determinada secretamente por alguna causa exterior que produce una variación en él y nosotros; creemos que se mueve por sí misma, porque no vemos ni la causa que la determina, ni la manera con que obra, ni el órgano de que se vale.

Se llaman *movimientos simples*, los que son excitados en un cuerpo por una causa ó fuerza única; y compuestos, los *movimientos producidos* por varias causas ó fuerzas distinguidas, bien sean iguales ó desiguales, conspirantes ó contrarias, simultáneas ó sucesivas, conocidas ó desconocidas.

De cualquiera naturaleza que sean los movimientos de los *seres*, siempre son las conse-

cuencias necesarias de su esencia ó de las propiedades que los constituyen, y de aquellas causas de quien reciben la accion. Cada ser tiene que obrar de una manera particular; es decir, segun las leyes que dependen de su propia esencia, de su combinacion, de su naturaleza, en una palabra de su energia y de la de los cuerpos de quien recibe el impulso. Esto es lo que constituye las leyes invariables del movimiento; digo invariables, porque no podrían cambiar sin que hubiese un trastorno general en la esencia misma de los seres. Por esta misma razon, un cuerpo pesado tiene que caer necesariamente, á menos que se halle un obstaculo que le detenga en su caida. Este es el motivo por que todo ser sensible busca el placer y huye el dolor; y este es igualmente el motivo por que la materia del fuego debe de quemar y despedir una claridad. De manera que cada ser tiene unas leyes de movimiento que le son peculiares; y obra constantemente segun estas leyes, á menos que alguna causa de mayor fuerza no interrumpa su accion. Por este motivo el fuego cesa de quemar las materias combustibles, siempre que se le opone el elemento del agua; y por esta misma razon un ser sensible deja de buscar el placer, desde el momento en que se persuade que le puede resultar algun mal.

La comunicacion del movimiento, ó el paso de la accion de un cuerpo á otro, se efectua igualmente por medio de unas leyes ciertas y necesarias : un ser no puede comunicar un movimiento á menos que no tenga ciertas relaciones de analogia, de conformidad ó de punto de contacto con los demas seres. El fuego no se propaga mas que cuando se encuentra con materias que encierran en sí algunas propiedades que le son análogas; y se apaga luego que se encuentra con algun cuerpo que no puede quemar, es decir, que no tiene ninguna relacion con él.

Todo se mueve en el universo; la esencia de la Naturaleza es de obrar, y si consideramos sus partes con atencion, veremos que no hay ninguna que goze de un reposo absoluto. Las que parecen privadas de movimiento, es porque se hallan en una inaccion relativa ó aparente; y porque el movimiento que reciben es tan imperceptible y tan poco marcado, que no podemos echar de ver sus diferentes mudanzas (1). Todo cuanto se nos figura estar quieto, no lo está un solo instante : los seres no hacen sucesivamente mas que nacer, crecer, perecer

(1) Esta verdad, de la que algunos especuladores afectan estar en duda, ha sido probada de la manera mas demostrativa en una obra del célebre Yngles *Toland*

y disiparse con mas ó menos lentitud ó rapidez. El insecto efimero nace y muere en un solo dia ; por consiguiente debe de sufrir muchas y muy prontas variaciones en su ser. Las combinaciones que se hallan en los cuerpos mas sólidos, y que parecen gozar de la mas perfecta tranquilidad, se disuelven y descomponen con el tiempo : las piedras mas duras se destruyen poco á poco con el contacto del ayre ; un pedazo de yerro comido y enmohecido con el tiempo no puede menos de haber estado en continuo movimiento, desde que se empezó á formar en el centro de la tierra, hasta el momento en que le vemos en este estado de disolucion.

Los fisicos hasta ahora no parecen haber reflexionado bastante sobre lo que llaman *nissus*, que quiere decir los esfuerzos continuos que hacen unos cuerpos sobre otros, aunque al parecer gozan de la mayor tranquilidad. Una piedra de quinientas libras de peso, que figura estar quieta sobre la tierra, no cesa un momento de empujar este elemento, que, ó la resiste, ó la rechaza : ¡ y dirán que esta piedra y esta tierra no obran ! Para convencerse de que se mueve

cuya obra se dio á luz al principio del siglo presente, bajo el titulo de *-Cartas a Serena* ; los que posean la lengua Inglesa podran consultar este autor, en caso que les quedase aun alguna duda sobre él particular.

efectivamente, no hay mas que poner nuestra mano entre la piedra y la tierra, y se verá que, á pesar del reposo en que parece estar, no deja de tener la fuerza de romperla los huesos. Es imposible que en un cuerpo haya accion sin reaccion; un cuerpo que recibe un impulso una atraccion ó una presión, y que las resiste, nos prueba con su misma resistencia que tiene una reaccion; de lo que se sigue que hay una fuerza oculta (*vis inertiae*), que se despliega contra otra fuerza; y esto nos demuestra claramente que esta fuerza de inercia es efectivamente capaz de obrar. Enfin, será facil de conocer que las fuerzas que se llaman muertas, y las que se llaman vivas ó movibles, son de la misma especie; solo que se despliegan de una manera diferente. (1)

¿Y por que no nos atreveríamos á decir que hay en todos los cuerpos y las masas, cuyo conjunto nos parece en el reposo, una accion y una reaccion continua; unos esfuerzos constantes, una resistencia y un impulso sin in-

(1) *Actioni æqualis et contraria est reactio.* Vean Bülfinger, *de Deo, anima et mundo*, §. 218, pag. 241, á lo que el comentario añado: *Reactio dicitur actio patientis in agens, seu corporis in quod agitur actio in illud quod in ipsum agit. Nulla autem datur in corporibus actio sine reactione, dum enim corpus ad motum sollicitatur, resistit motui, atque hac ipsa resis-*

terrupcion ; en una palabra, que hay en todos un *nisus*, por el cual las partes de estos cuerpos se aprietan unas á otras, se resisten recíprocamente, y obran ó se ocupan sin relaja ? Esto es lo que las retiene juntas, y hace que formen una masa, un cuerpo y una combinacion, cuyo *todo* nos parece quieto, mientras que cada una de sus partes no cesa realmente de estar en movimiento. Enfin, los cuerpos no parecen estar quietos mas que por la igualdad de las fuerzas que obran en ellos.

De manera que los cuerpos que parecen gozar de la mas perfecta tranquilidad reciben no obstante, ó por su superficie, ó por su mismo interior, un impulso que les es comunicado por los cuerpos que les rodean, ó por los que les penetran, les dilatan, les condensan, y enfin, hasta por los mismos de que se componen. Por este motivo las partes de estos cuerpos se hallan realmente en una accion y una reaccion continua, de la que al fin vemos el efecto, por medio de los

tentia reagit in agens. Nisus se exercens adversus nisum agentis, seu vis illa corporis, quatenus resistit, internum resistentiæ principium vocatur vis inertiae, seu passiva : ergo corpus reagit vi inertiae. Vis igitur inertiae et vis motrix in corporibus una eademque est vis, diverso tamen modo se exercens. Vis autem inertiae consistit in nisu adversus nisum agentis se exercente, etc. ibidem.

cambios que se han hecho. El calor dilata los metales, por cuya razon es evidente que una barra de yerro debe tener todas sus partes en continuo movimiento, sin que se puedan hallar jamas un instante quietas; lo que proviene de los diferentes cambios de la atmósfera. Y en efecto, en un cuerpo duro, cuyas partes se hallan todas proximas y contiguas, ¿ como es posible concebir que el frio, el calor ó el ayre, puedan hacer impresion sobre algunas de sus partes, aunque sean exteriores, sin que el movimiento causado por esta impresion se comuniqué de parte en parte proporcionadamente desde la superficie al centro, y del centro al lado opuesto? ¿ Como, si no hay movimiento, podremos concebir el motivo por que nuestro olfato se halla algunas veces fuertemente conmovido por unas emanaciones provenientes de unos cuerpos compactos, que al parecer tienen todas sus partes sin movimiento? Y enfin ¿ como podrian nuestros ojos con la ayuda de un telescopio ver los astros mas lejanos, si no hubiera una progresion de movimiento desde estos astros hasta nuestras retinas?

En una palabra, una observacion reflexiva debe convencernos que toda la Naturaleza se halla en un continuo movimiento; que ninguna de sus partes puede estarse quieta; y enfin, que

toda ella no es mas que una masa que obra continuamente, que cesaria de ser naturaleza si no obrase, ó que, sin movimiento, no podria ni producirse, conservarse, menos obrar. Por decontado, la idea de la Naturaleza encierra en sí la del movimiento. Pero, se nos preguntará de quien ha recibido el movimiento esta naturaleza : á esto responderemos, de sí misma; por el motivo que pues que en ella se encierra todo cuanto existe, nada puede haber fuera de ella : diremos que el movimiento es una especie de *ser*, que proviene absolutamente de la materia ; que esta se mueve con su propia energía, que sus movimientos son debidos á su fuerza hereditaria ; que la variedad de sus movimientos y los fenómenos que resultan de ellos, son causados por la diversidad de las propiedades, de las calidades y de las combinaciones que se encuentran desde su origen en las diferentes materias primitivas ; y que la Naturaleza es el conjunto de todo esto.

La mayor parte de los fisicos han dado por inanimados todos los cuerpos privados de la facultad de menearse, como igualmente los que no se pueden mover mas que con la ayuda de algun agente ó causa exterior. Por esta razon han creido poder decidir, que la materia que constituye estos cuerpos es enteramente inerte

de por sí ; y se han mantenido en su error á pesar de la evidencia , que tantas veces han tenido , de que si un cuerpo se abandona á sí mismo, ó se desembaraza de los obstaculos que se oponen á su accion, siempre se inclina á caer ó á acercarse hácia el centro de la tierra con un movimiento uniforme y acelerado ; y aun han preferido suponer una causa exterior é imaginaria, de la que no tenian la menor idea, á la de admitir que estos cuerpos gozan de movimiento por su propia naturaleza.

Lo que debe sorprendernos es, que aunque estos filósofos veian sobre sus cabezas una infinidad de globos inmensos, que se movian con la mayor rapidez al rededor del centro comun ; nunca cesaron de suponer varias causas á cual mas ilusorias, hasta que el inmortal *Newton* hubo demostrado que estos movimientos eran el efecto de la relacion que estos cuerpos celestes tienen unos con otros. (1)

(1) Los físicos, y aun el mismo *Newton*, han dado por inexplicable la causa de esta relacion : no obstante, parece probable que se podría deducir del movimiento de la materia, por la cual todo cuerpo es determinado diferentemente. La relacion no es mas que una especie de movimiento, ó una inclinacion hácia el centro ; hablando correctamente, todo movimiento es una tendencia relativa ; lo que cae , relativamente á nosotros, se levanta con relacion á otros cuerpos ; de lo que se sigue

Una observacion de las mas simples hubiera bastado para convencer á los físicos anteriores á *Newton*, de que las causas que admitian eran muy insuficientes para operar tan grandes efectos; podian muy bien haberse convenido por el choque de estos cuerpos (como se puede facilmente observar), y por las leyes conocidas del movimiento, que este se comunica siempre á los cuerpos en proporcion á su densidad, de cuya razon debian naturalmente inferir que la densidad de la materia sutil ó etérea, siendo infinitamente menor que la de los planetas, no podia comunicarles mas que un movimiento infinitamente débil.

Si se hubiera considerado la Naturalaza con despreocupacion, ya hace mucho tiempo que

que todo movimiento en el universo es el efecto de una tendencia cualquiera, pues que en él no hay ni alto, ni bajo, ni centro positivo. Parece tambien que el peso de los cuerpos depende de su configuracion tanto interior como exterior, y que esta les dá la manera de movimiento que se llama tendencia. Una bala de plomo con tal que sea esferica, cae con rapidex perpendicularmente; si reducimos esta bala á una oja muy delgada, veremos que se sostendrá mucho mas tiempo en el ayre: por otra parte la accion del fuego hará que este plomo se levante en la admósfera. Aquí tenemos ya el mismo pedazo de plomo modificado diversamente, y por consiguiente obrando de diferentes maneras.

se hubiera estado convencido que la materia obra con sus propias fuerzas, sin tener necesidad alguna de un impulso externo para estar en movimiento; y se hubiera igualmente reparado que siempre que varios mixtos se hallan en capacidad de obrar uno sobre otro, se engendra un movimiento inmediatamente, y que estas mezclas obran con una accion capaz de producir los mas asombrosos efectos. La limadura de yerro, el azufre y el agua combinados, y teniendo la posibilidad de obrar uno sobre otro, se calientan poco á poco, y al fin acaban por incendiarse. Humedeciendo la harina con un poco de agua, y encerrándola por algun tiempo, se verá que estos dos ingredientes han producido una infinidad de seres organizados, que gozan de una vida, de que creiamos la harina y el agua incapaces (1). De este modo la materia inanimada puede pasar á la

(1) Veanse las observaciones microscopicas de *Needham*, que confirman incontestablemente este parecer. Para el hombre reflexivo, la formacion de un ser humano, independientemente de los medios ordinarios, no será mas milagrosa que la de un insecto formado por la harina y el agua. La fermentacion y la putrefaccion producen visiblemente varios animales vivientes: la generacion, que se llama equívoca, no lo es tal mas que para todos aquellos que no han querido darse el trabajo de estudiar la Naturaleza con madura atencion.

vida, que no es en sí mas que un conjunto de movimientos.

Sobre todo, se puede reparar la generacion del movimiento ó su desenvolvimiento, como igualmente la energía de su materia, en todas las combinaciones en donde se encuentran reunidos el fuego, el ayre y el agua; estos elementos, ó por mejor decir, estos mixtos, que son los mas volátiles y fugitivos de todos los seres, son no obstante, en las manos de la Naturaleza, los principales agentes de que se sirve para obrar la mayor parte de sus maravillosos fenómenos: ellos son los que causan los truenos, las erupciones de los volcanes, y los temblores de tierra. El arte nos ha dado igualmente un agente de una fuerza extraordinaria en la pólvora, luego que se la pega fuego. En una palabra, la combinacion de las materias que se creen muertas ó inertas, produce los mas terribles efectos.

Todos estos hechos nos demuestran, sin dejar ninguna manera de duda, que el movimiento se produce y se acelera en la Naturaleza, sin necesidad del socorro de ningun agente exterior; y nos vemos en la precision de concluir de aquí, que este movimiento es una consecuencia necesaria de las leyes inmutables de la esencia, y de las propiedades hereditarias de los diversos elementos y de las

combinaciones variadas de estos. Y que ¿ no tendremos un derecho incontestable en vista de estas razones, para sacar en suma que puede muy bien haber una infinidad de otras combinaciones capaces de producir los diferentes movimientos de la materia, sin que tengamos necesidad para explicar el motivo, de ir á buscar unos agentes que son mucho mas difíciles de conocer que los efectos mismos que se les atribuyen ? Si los hombres hubieran querido observar con atencion todo lo que pasa bajo sus mismos ojos, no hubieran ido á buscar fuera de la Naturaleza una fuerza diferente de ella que la moviese, y sin la cual les parece imposible que pueda obrar. Si por naturaleza entendemos un monton de materias muertas, desprovistas de toda propiedad, y meramente pasivas, no hay la menor duda que tendremos que buscar el principio originario del movimiento fuera de ella ; pero, si por Naturaleza entendemos lo que ella es verdaderamente, á saber, un *todo* cuyas partes diversas tienen diversas propiedades ; que por consiguiente obran en conformidad á estas propiedades ; que estan en una accion y reaccion continua unas con otras ; que pesan, que gravitan hácia al centro comun, mientras que otras se alejan, y van á la circunferencia ; que se atraen y se rechazan ; que se unen

y se separan ; y que por sus choques y sus aproximaciones continuas, producen y descomponen todos los cuerpos que vemos; si consideramos todo esto, ¿ que necesidad tendremos de ir á buscar ninguna fuerza sobre natural para conocer la formacion de las cosas, y la causa de los fenómenos que se nos presentan ? (1)

Los que admiten una causa exterior á la materia, tienen que confesar igualmente ser ella la que ha producido todo el movimiento de esta materia, dandola la existencia ; esta suposicion está fundada sobre la de que la materia ha tenido un principio de existencia. Pero esta hipótesis no ha sido hasta ahora probada con ningun argumento de fuerza convincente: la educion de la nada ó la creacion, no es mas que una palabra vaga que no puede darnos una idea positiva de la formacion del universo, ni que nos presenta ningun sentido digno de emplear la imaginacion. (2)

(1) Varios teólogos han conocido que la Naturaleza era un *todo* activo. *Natura est vis activa seu motrix ; hinc natura etiam dicitur vis totius mundi, seu vis universa in mundo.* Vease Bilfinger, *de Deo, anima et mundo*, pag. 278.

(2) Casi todos los antiguos filósofos estan acordes en decir que el mundo es eterno. Ocello Lucano dice

Esta noción se nos hace aun mas obscura, cuando la creacion y formacion de la materia es atribuida á un ser espiritual ; es decir á un ser que no tiene ninguna analogía ni ningun punto de contacto con ella, y el que, como lo demostraremos en breve, estando privado de extension y de partes, no puede gozar del movimiento, pues que este no es mas que la mudanza de un cuerpo con relacion á otros cuerpos, en la cual el cuerpo movido

formalmente, hablando de el universo *α δὲ γὰρ ἢ καὶ ἔστι*; el universo ha existido y existira siempre. Todos los que quieran renunciar á sus preocupaciones, sentiran la fuerza del principio que *nada se ha hecho de nada*, verdad que no admite réplica. La creacion, en el sentido que la toman los modernos, es una sutileza teológica. La palabra hebrea *barah* ha sido traducida al griego por Septante coma *επιποιεσθαι*. Vatable y Grocio aseguran que para dar el sentido verdadero á la frase hebrea del primer verso del Génesis, es preciso decir: quando Dios hizo el cielo y la tierra, toda la materia era una masa diforme. Vease el mundo, su origen y su antigüedad, cap. 2. pag. 59. Donde, se vera que la palabra hebrea, que se ha traducido *crear*, significa verdaderamente *formar, construir ó componer*. * *κτιστα* y *ποιεσθαι*; crear y hacer han tenido siempre el mismo sentido. San Gerónimo nos dice que *creare* es lo mismo que *condere*, fundar y edificar. En ninguna parte de la Biblia se encuentra dicho de un modo definitivo, que el mundo haya sido hecho de la

presenta sucesivamente diferentes partes á los diferentes puntos del espacio. Por otra parte, todos concuerdan en decir que la materia no puede disolverse totalmente, ni menos dejar de existir; pues entonces ¿como podremos comprender que lo que no puede tener fin ha tenido un principio? Luego cuando se nos pregunte ¿de donde ha venido la materia? responderemos que ha existido siempre. Si se nos pregunta ¿de donde ha venido el movimiento á la materia? res-

nada; Tertuliano lo confiesa, y el padre Petau dice que esta verdad se demuestra mejor con el razonamiento que con la autoridad. Vease *Beausobre*, historia del Maniqueismo, tom. I. pag. 178, 206 y 218. San Justin parece haber considerado la materia como eterna, pues que alaba á Platon por haber dicho que Dios para crear el mundo no habia hecho mas que modelar y dar el impulso á la materia. En fin, Burnet dice en términos formales: *creatio et annihilatio hodierno sensu sunt voces fictivæ; neque enim occurrit apud Hebreos, Græcos aut Latinos vox ulla singularis quæ vim istam olim habuerit.* Vease *Archæolog. philosoph.*, lib. I, c. 7, pag. 374, edit. Amst., 1699. Es muy difícil, dice un anónimo, el poderse persuadir que la materia no sea eterna, siendo imposible el que el entendimiento humano pueda comprender que ha existido nunca un tiempo, y que ha de existir, en que no haya habido ni habrá espacio, extension, lugar ni abismo, y en el que toda será nada. Veanse *disertaciones varias*, tom. 2, p. 74

ponderemos que ha debido moverse de toda eternidad, pues que el movimiento es la consecuencia necesaria de su existencia, de su esencia y de sus propiedades primitivas, como son su extensión, su peso, su impenetrabilidad, su forma, etc. En virtud de estas propiedades esenciales, constitutivas y hereditarias á toda materia, y sin las cuales es imposible el que nos formemos una idea de ella, las diferentes materias de que el mundo está compuesto han debido, de toda eternidad, pesar unas sobre otras, inclinarse hácia un centro, empujarse, encontrarse, ser atraídas y despedidas, combinarse y separarse, y en una palabra obrar y moverse de modos diferentes, segun la esencia y la energia peculiares á cada clase de materias, y á cada una de sus combinaciones. La existencia supone siempre algunas propiedades anexas á la cosa que existe ; de que esta tiene propiedades, su manera de obrar debe necesariamente dimanar de su manera de ser ; de que un cuerpo tiene mucho peso, debe caer ; de que cae, debe infaliblemente atacar los demas cuerpos con quien se encuentra en su caída ; de que este cuerpo es denso y sólido, debe, en razon de su propia densidad, comunicar un movimiento á los cuerpos con quien pega ; si tienen alguna analogia entre sí, deben de unirse ; si no la tienen deben de rechazarse, etc.

Esto nos prueba que, suponiendo, como debemos suponer, que la materia existe, deben darsele algunas calidades, sean cuales fueren, de las cuales los movimientos ó modos de obrar, determinados por estas mismas calidades, deben dimanar : Descartes, para formar un *universo*, pedia solamente materia y movimiento. Una materia variada le bastaba, pues que los diferentes movimientos son la consecuencia de su esencia, de su existencia y de sus propiedades; sus modos diferentes de obrar, el resultado invariable de sus diferentes seres : una materia sin propiedad es un puro *nada*. De manera que, de que la materia existe, debe obrar; de que se halla dispersa, debe hacer lo diversamente; y, pues que no ha tenido principio, tampoco tendrá fin, ni cesará jamás de obrar con su propia energía; en cuanto á su movimiento, su propia existencia se lo dá.

La existencia de la materia es una verdad incontestable; la existencia del movimiento lo es igualmente : nuestros mismos ojos nos hacen ver materias y esencias diferentes, dotadas de propiedades que las distinguen entre sí, y que forman varias combinaciones. Efectivamente no puede haber mayor error, que el de creer que la materia sea un cuerpo homogéneo, cuyas partes no difieren entre sí mas que por

las diferentes modificaciones. Entre todos los individuos que conocemos, nunca encontraremos dos que se parezcan exáctamente. Esto debe necesariamente ser así; la sola diferencia de lugar debe necesariamente acarrear una diversidad mas ó menos visible, no tan solo en las modificaciones, sino aun en las propiedades, la esencia y el sistema total de los seres. (1)

Si se exámina esta maxima, que la experiencia acredita siempre, se quedará convencido que los elementos, ó materias primitivas de que los cuerpos estan compuestos, no son todos de la misma naturaleza, y que por consiguiente no pueden tener ni las mismas propiedades, ni las mismas modificaciones, ni los

(1) Los que han observado la Naturaleza de cerca saben que dos granos de arena no pueden ser enteramente iguales. Siempre que las circunstancias ó las modificaciones entre dos seres de la misma especie no son iguales, no puede haber una semejanza exacta entre ellos. Vease cap. 6. Esta verdad ha sido muy bien entendida del profundo y sutil Leibnitz; uno de sus discipulos se explica como sigue: *Ex principio indiscernibilium, patet elementa rerum materialium singula singulis esse dissimilia, adeòque unum ab altero distingui, convenienter omnia extra se invicem existere, in quo differunt à punctis mathematicis, cum illa uti hæc nunquam coincidere possint.* Vease Bilfinger, de Deo, animá et mundo, pag. 276.

mismos medios de moverse y de obrar. Su actividad ó sus medios, se diversifican á lo infinito, se aumentan ó disminuyen, se aceleran ó retardan en razon de las combinaciones, de las proporciones, del peso, de la densidad, del volumen y de las materias que entran en su composicion. El elemento del fuego es visiblemente mas activo y mas movable que el de la tierra: esta, es mas sólida y mas pesada que el fuego, el ayre y el agua; segun la calidad de los elementos que entran en la composicion de los cuerpos, estos deben de obrar de modos diferentes, y sus movimientos deben ser relativos á los elementos de que estan formados. El fuego elemental parece ser en la naturaleza el principio de la actividad; y es, por decirlo así, una *lava* fecunda que pone en fermentacion la masa general, y que le dá la vida. La tierra, por su impenetrabilidad ó por la fuerte union de que sus partes son capaces, parece ser el principio de la solidez de los cuerpos. El agua es un *vehiculo* propio á favorecer la combinacion de los cuerpos, en los donde ella misma entra como parte constituyente. Enfin el ayre es un fluido que dá á los demas elementos el espacio necesario para moverse, y que es propio de combinarse con ellos. Estos seres, que nuestros sentidos no pueden nunca ver en toda su pureza,

hallandose continuamente en acción unos con otros, obrando siempre, combinandose y separandose, atrayendose y rechazandose, bastan para explicarnos la formación de los demás que vemos; sus movimientos nacen sin interrupción unos de otros, y son alternativamente causas y efectos; de esta manera forman un vasto círculo de generaciones y de distinciones, de combinaciones y descomposiciones, que no pueden haber tenido principio, ni tendrán fin. En una palabra, la Naturaleza no es más que una cadena inmensa de causas y efectos que dimanán continuamente unos de otros. Los movimientos de los seres particulares provienen del movimiento general, y este depende igualmente del de los seres particulares: estos se fortifican ó debilitan, se aceleran ó retardan, se simplifican ó complican, se engendran ó deshacen por medio de las diferentes combinaciones ó circunstancias que cambian á cada momento las direcciones, las tendencias, las leyes y las maneras de estar y de obrar de los diferentes cuerpos movidos (1). Querer profundizar más lejos para

(1) Si fuese verdad que todo se reduce á formar una masa sola y única, y si sucediese que esta masa única se quedase un solo momento en *nixus*, todo se quedaría eternamente en este estado, y por de contado no habría desde entonces más que una materia, un esfuerzo

encontrar el principio de la acción en la materia y el origen de las cosas, no es mas que entorpecer la misma dificultad, y eximiria enteramente del juicio de nuestros sentidos, los que no pueden hacernos conocer ni juzgar mas que las cosas capaces de obrar sobre ellos, y de imprimirles algun movimiento. Enfin, contentemonos con decir que la materia ha existido siempre, que se mueve en virtud de su esencia, que todos los fenómenos de la Naturaleza son debidos á los movimientos diversos de las demas materias que en sí encierra, y que, semejante al ave *fenix*, se engendra continuamente en sus propias cenizas. (1)

y un *nisus*; lo que seria una muerte eterna y universal. Los físicos dan el nombre de *nisus* al esfuerzo que un cuerpo hace sobre otro, sin que resulte una traslación local; en esta suposición, no podria haber disolución, pues que, segun el axioma de los químicos, los cuerpos no obran mas que estando disueltos: *corpora non agunt nisi sint soluta*.

(1) *Omnium quæ in sempiterno isto mundo semper fuerunt futuraque sunt aiunt principium fuisse nullum, sed orbem esse quemdam generantium nascentiumque, in quo uniuscujusque geniti initium simul et finis esse videntur.*

Vesco Censorin, de die natali.

El poeta Manilio dice lo mismo en sus hermanas versos:

Omnia mutantur mortali lege creata,

*Nec se cognoscunt, terræ vertentibus annis,
 Exutas variam faciem per secula gentes.
 At manet incolumis mundus, suaque omnia servat,
 Quæ nec longa dies auget, minuique senectus,
 Nec motus puncto currit, cursusque fatigat;
 Idem semper erit, quoniam semper fuit idem.*

Manilii Astronom., lib. 1.

Este fué tambien el modo de pensar de Pitágoras, segun lo que Ovidio dice en el lib. xv de sus metamórfosis, vers. 165 y sig.

*Omnia mutantur, nihil interit; errat, et illinc
 Huc venit, hinc illuc, etc.*

CAPITULO III.

DE LA MATERIA, DE SUS COMBINACIONES Y
MOVIMIENTOS DIFERENTES, Ó DEL METODO
DE LA NATURALEZA.

Aunque no conocemos los movimientos de los cuerpos, conocemos á lo menos algunas de sus propiedades y calidades; y distinguimos las diferentes materias por los efectos ó cambios que producen en nuestros sentidos, es decir, por los diferentes movimientos que su presencia nos ocasiona. Por consiguiente encontramos en ellas extension, movilidad, divisibilidad, solidez, gravedad y fuerza de inercia. De estas propiedades generales y primitivas dimanán otras, como son la densidad, la forma, el color, el peso, etc.; de manera que, con relacion á nosotros, la materia en general es la que afecta nuestros sentidos de un modo cualquiera; y las calidades que atribuimos á las diferentes materias están fundadas sobre las diferentes impresiones ó las diversas variaciones que producen sobre nosotros mismos.

Hasta ahora nunca se ha dado á la Natura-

leza una definición convincente; los hombres, engañados por sus preocupaciones, no han tenido mas que algunas nociones vagas, imperfectas y superficiales de ella: han considerado esta materia como un ser único, grosero, pasivo, incapaz de moverse, de combinarse y de hacer la menor cosa por si misma; al paso que debieron considerarla como un conjunto de seres todos diversos, aunque teniendo siempre alguna relacion entre sí, como la extension, la divisibilidad, la figura, etc.; y que no debian ser colocados todos en la misma clase, ni comprendidos bajo la misma denominación.

Un solo ejemplo será suficiente para aclarar lo que acabamos de decir, y hacer ver la exactitud y la facilidad con que se puede hacer la aplicacion. Las propiedades comunes á toda materia son las de la extension, divisibilidad, impenetrabilidad, figurabilidad y movilidad, ó la propiedad de ser movida por un movimiento de masa. La materia del fuego, ademas de las propiedades generales y comunes á toda naturaleza, goza tambien de la propiedad particular de ser movida por un movimiento que produce en nuestros órganos la sensacion del calor, como tambien de otro movimiento que produce en nuestros ojos la sensacion de la luz. El yerro, considerado como materia en general,

es extensivo, divisible, figurable y movable en masa; si la materia del fuego se llega á combinar con él, en cierta cantidad ó proporcion, el yerro entonces adquiere dos calidades mas; la primera la de excitar en nosotros el calor, y la segunda la claridad. Todas estas propiedades distintivas les son inseparables, y los fenómenos que resultan de ellas son el resultado natural y necesario de sí mismos.

Por poco que consideremos los medios de que se vale la Naturaleza; por poco que queramos seguir los *seres* por los diferentes estados por los cuales, en razon de sus propiedades, se ven obligados á pesar, reconoceremos sin dificultad que al solo movimiento se deben atribuir todas las mudanzas, combinaciones, formas, y, en una palabra, todas las modificaciones de la materia. El movimiento es el que hace que todo cuanto existe se produzca, se altere, crezca y se destruya; el es el que hace cambiar de aspecto á los *seres*, que les añade ó quita sus propiedades, y que hace que, despues de haber ocupado un cierto lugar, cada uno de ellos tiene que abandonarle para ir á ocupar otro, y para contribuir al movimiento, mantenimiento y descomposicion de otros *seres* totalmente diferentes por su esencia, rango y especie. El movimiento es el solo que causa

una transmigracion y una circulacion continua de las particulas de la materia en los tres reynos que los fisicos llaman de la naturaleza. Esta algunas veces requiere en un sitio las particulas que habia colocado por algun tiempo en otro; y estas, despues de haber, por medio de ciertas combinaciones, constituido un cierto numero de seres dotados de esencias, propiedades y modo de obrar determinado, se disuelven ó se separan con mayor ó menor facilidad, y, combinadas de otro modo, forman otros seres diferentes. Un observador atento vé ejecutarse esta ley de un modo mas ó menos sensible, por todos los seres que le rodean; vé al mismo tiempo toda la Naturaleza llena de germenos errantes, de los cuales unos se desenvuelven, mientras que otros esperan que el movimiento les coloque en las esferas, en las matrices, ó en las circunstancias necesarias para extenderlos, engrandecerlos y hacerlos mas sensibles, por medio de la adicion de substancias ó de materias análogas á su primitivo ser. Hasta aquí no vemos mas que los efectos del movimiento necesariamente dirigido, modificado, acelerado ó detenido, fortificado ó debilitado, segun las diferentes propiedades que los seres adquieren y pierden sucesivamente, lo que por precision produce á cada momento una alteracion mas ó menos fuerte en todos los

cuerpos; estos no pueden ser rigurosamente los mismos en el corto espacio de dos instantes de su existencia; á cada momento tienen que adquirir ó perder; en una palabra, tienen que sufrir variaciones continuas en su esencia, en sus propiedades, en sus fuerzas, en sus masas, en su modo de existir y aun en sus calidades.

Los animales, por ejemplo, despues de haber sido formados en las matrices que convienen á los elementos de su maquina, crecen, se fortifican, adquieren nuevas propiedades, nueva energía y nuevas facultades, sustentandose de las plantas y yerbas análogas á su ser, ó devorando otros animales, cuya substancia es propia á su conservacion, es decir, á reparar la perdida continua de alguna porcion de su substancia que se desprende á cada instante. Estos animales por su parte se sustentan, se conservan, crecen y se fortifican con la ayuda del ayre, del agua, de la tierra y del fuego. Privados del ayre ó del fluido que les rodea, que les comprime, les penetra y les comunica el ser, deben necesariamente cesar de existir. El agua, combinada con el ayre, penetra en todo su mecanismo, y facilita la ejecucion de sus funciones; la tierra les sirve de base, por medio de la solidez que dá á su tegido; el ayre y el agua la acarrean hácia aquellas partes del cuerpo con las que se puede

combinar. En fin, el mismo fuego, disfrazado bajo una infinidad de formas, penetra en el animal, le calienta, le dá la vida y la facilidad de ejecutar sus funciones. Los alimentos, combinados con todos estos principios, entran en el estomago, restablecen el movimiento en el sistema de los nervios, y vuelven á dar, en razon de su propia actividad y de los elementos de que se componen, una fuerza necesaria á la maquina, que empezaba ya á debilitarse por las perdidas de alimento que habia tenido: así que recibe este socorro, todo cambia en el animal; ya tiene mas energia y actividad; su vigor se aumenta, renace su alegría; obra, piensa y se mueve de un modo todo diferente; y en fin todas sus facultades se ejercen con mayor facilidad (1). Esto nos demuestra que los que se llaman elementos, ó las partes primitivas de la materia combinadas diversamente, estan, con la ayuda del movimiento, unidas y asemejadas continuamente á la sub-

(1) Parece necesario el que digamos de ante-mano, que las substancias espirituosas, es decir, que contienen una grande cantidad de materias inflamables ó igneas, como son las del agua ardiente, el vino y los licores, etc. son las que aceleran y facilitan mas los movimientos orgánicos de los animales, por medio del calor que comunican. Este es el motivo porque el vino dá valor y aumento de talento, á pesar de que no es mas que un ser mate-

tancia de los animales, modifican continuamente su ser, é influyen sobre todas sus acciones, es decir, sobre los movimientos, sean visibles ú ocultos, que se operan en ellos.

Los mismos alimentos que en algunas ocasiones sirven para sustentar, fortificar y conservar el animal, son además el principio é instrumento de su disolucion y de su muerte: la razon porque operan su destruccion es porque no se hallan en la justa proporcion que necesitan para mantener su ser. Por este motivo, el agua, demasiada abundante en el cuerpo del animal, le enerva, relaja sus fibras, é impide la accion necesaria de los otros elementos. Del mismo modo, el fuego, introducido en él con demasía, le excita á movimientos desordenados y destructivos para su maquina; y el ayre, lleno de principios poco análogos á su mecanismo, le comunica los contagios y enfermedades peligrosas que le agobian. En fin, los alimentos, modificados de ciertas maneras,

rial. ¿Porque la primavera y el verano producen tanto insecto y animal, facilitan tanto la vegetation, y dan á toda la Naturaleza un aspecto tan risueño? sino porque entonces la materia del fuego se halla en mucha mayor cantidad que en el invierno. La materia ignea es evidentemente la causa de la fermentacion, de la generacion y de la vida; esta es el Júpiter de los antiguos. Vease tom. 2, hasta el fin del c. f.

en lugar de mantenerle, le destruyen y conducen visiblemente hácia su perdicion. Todas estas substancias conservan el animal cuando le son análogas; pero lo destruyen cuando no se hallan en el justo equilibrio que las hacia convenientes para mantener su existencia.

Las plantas que , como hemos dicho , sirven para el sustento de los animales , se alimentan ellas mismas de la tierra , se desenvuelven en su seno , crecen y se fortifican á su costa , y reciben continuamente en su tegido , por medio de sus raices y sus poros , el agua , el ayre y la materia ignea : el agua las reanima visiblemente siempre que su vegetacion ó su principio de existencia empieza á desfallecer , y les comunica los principios análogos que pueden perfeccionarlas. El mismo ayre , que les es necesario para extenderse , les procura el agua , la tierra y el fuego , con cuyos elementos él mismo está intimamente combinado ; en fin las plantas reciben mas ó menos principios ó materias inflamables , cuyas diferentes proporciones constituyen las diferentes familias ó clases en que los botanicos las han dividido , segun sus formas y combinaciones de las que resultan una infinidad de propiedades muy variadas. De esta manera crecen el cedro y el hisopo , de los cuales el uno se levanta hasta las nubes , mientras que el otro se arrastra humildemente por

tierra. De este modo, una bellota engendra una encina que, llegada á su perfeccion, nos cubre con su sombra; un grano de trigo, despues de haberse alimentado del jugo de la tierra, sirve al sustento del hombre, á quien lleva consigo los elementos que él mismo ha recibido, modificados y combinados de manera que este alimento es el que mas conviene á la mecanica humana, es decir, á los sólidos y fluidos de que está compuesta.

Los mismos elementos ó principios que encontramos en las plantas, se encuentran tambien en la formacion de los minerales, como igualmente en su descomposicion natural ó artificial. Vemos tambien que la tierra, bien elaborada, modificada y combinada, los hace crecer y les dá mas ó menos peso y densidad; vemos el ayre y el agua contribuir á ligar sus partes; la materia ignea ó inflamable les dá el color, y se muestra algunas veces á descubierto en las chispas brillantes que saca el movimiento. Estos cuerpos tan sólidos, estas piedras, estos metales, se destruyen y disuelven por medio del ayre, del agua y del fuego, como lo demuestra la analisis mas comun, como tambien una infinidad de experiencias de que somos diariamente testigos.

Los animales, las plantas y los minerales devuelven á la Naturaleza, es decir, á la masa

general de cosas, ó al *almacen universal*, los elementos ó principios que ellos mismos habian recibido. La tierra entonces se apodera de la parte del cuerpo de que hacia la base y la solidez; el ayre toma las partes que le son análogas, y las que son mas sutiles y ligeras; el agua se lleva las que puede disolver; el fuego, rompiendo los lazos que le retienen, va á juntarse con otros cuerpos. Todas estas partes elementarias del animal, desunidas, disueltas elaboradas y dispersas, van á formar nuevas combinaciones, y sirven á alimentar, conservar ó destruir nuevos seres; entre otros las plantas, las que, llegadas á su madurez, sustentan y conservan otros animales, y estos, á su vez, siguen el ejemplo de los primeros.

Este es el camino que sigue constantemente la Naturaleza, y este es igualmente el círculo eterno que todo cuanto existe tiene que seguir.

El movimiento hace nacer, conserva por algun tiempo, y destruye sucesivamente las partes del universo unas por otras, mientras que la suma de la existencia es siempre la misma. La Naturaleza, por sus combinaciones, engendra varios soles que van á colocarse en el centro de otros tantos sistemas; y produce planetas que, por su misma esencia, gravitan y ejecutan sus revoluciones al rededor de estos soles. El movimiento altera poco á poco unos

y otros; tal vez algun dia dispersará tambien pas partes de que ha compuesto estas masas maravillosas, que el hombre en el corto espacio de su existencia no hace mas que vislumbrar.

Es pues el movimiento continuo hereditario de la materia, el que altera y destruye todos los seres, y que les despoja á cada momento de sus propiedades para substituirles otras; el es el que, cambiando de este modo sus esencias actuales, cambia sus órdenes, sus direcciones, sus tendencias, y las leyes que regulan su modo de existir y de obrar. Desde la piedra formada en las entrañas de la tierra por la combinacion intima de las partículas análogas y similares que se han reunido, hasta el sol, este vasto estanque de partículas inflamadas que alumbran al firmamento; y finalmente, desde la torpe ostra, hasta el hombre activo y reflexivo, nada se vé mas que una progresion sin interrupcion, una cadena perpetua de combinaciones y de movimientos, de la que resultan unos seres que no difieren entre sí mas que por la variedad de sus materias elementales, y por las combinaciones y proporciones de estos mismos elementos de quien dimanen todas las maneras de existir y de obrar tan diversificadas entre sí. En la generacion, en la nutricion y en la conservacion,

no vemos mas que las materias diversamente combinadas, cada una de las cuales tiene sus movimientos peculiares y determinados por las leyes fixas é invariables que les hacen hacer las mudanzas necesarias. Nada se encuentra en la formacion, el aumento y la vida instantanea de los animales, vegetales y minerales, mas que un conjunto de materias que se combinan, se agregan, se acumulan, se extienden, y al fin forman poco á poco unos seres sensibles, vivientes, vegetantes, ó bien desposeidos de todas estas facultades, los cuales, despues de haber existido algun tiempo bajo una forma particular, se ven en la obligacion de contribuir con su ruina á la formacion de otros seres (1).

(1) *Destructio unius, generatio alterius.* Hablando correctamente nada nace ni muere en la Naturaleza, verdad conocida de muchos de los antiguos filósofos. Empedocles dice así: « No hay ni nacimiento ni muerte para cada mortal; solo si, una combinacion y una separacion de lo combinado; esto es lo que los hombres llaman nacimiento y muerte. » El mismo filósofo dice tambien. « Los que creen ó se imaginan que una cosa que no existia antes puede nacer, ó que puede morir enteramente, no son mas que unos niños sin experiencia ni razon. » Vease *Plut. contr. Colot.* Platon confiesa que, segun una tradicion antigua, « los vivos nacen de los muertos, como los muertos vienen de los vivos, y que este es el círculo constante de la Na-

« turaleza. » Dice el mismo en otro parage : « ¿ Quien sabe si vivir no es morir, y morir vivir? » Este era igualmente el modo de pensar de Pitágoras, segun Ovidio.

. *Nascique vocatur
Incipere esse aliud quam quod fuit ante ;
Morique desinere illud idem.*

Vease *Metam.*, lib. xv, vers. 24.

CAPÍTULO IV.

DE LAS LEYES DEL MOVIMIENTO, COMUNES
A TODOS LOS SERES DE LA NATURALEZA.
DE LA ATRACCION Y LA REPELION. DE LA
FUERZA DE INERCIA. DE LA NECESIDAD.

EL hombre cesa de sorprehenderse así que conoce la causa de su sorpresa, y cree conocer esta causa por que la vé obrar de una manera uniforme é inmediata, ó por que los movimientos que vé producirse son simples. La caida de una piedra, que cae por su propio peso, no es un objeto de meditacion mas que para un filósofo, para quien la manera con que obran las causas mas inmediatas, y los movimientos mas simples, son un misterio tan impenetrable, como la manera con que obran las causas mas lejanas y los movimientos mas complicados. El vulgo no se inclina nunca á profundizar los efectos que le son mas familiares, ni á seguirlos hasta su primer principio; y no vé nada que deba sorprehenderle, ni merecer sus pesquisas, en la caida de una piedra: solo un Newton es capaz de imaginar que la caida de un cuerpo grave es un fenómeno

digno de toda su atencion ; es preciso tener toda la sagacidad de un profundo fisico , para descubrir la ley por la que los cuerpos caen y comunican á otros sus propios movimientos. Enfin el entendimiento mas exercitado tiene muy amenudo el sentimiento de ver que los efectos mas simples y los mas ordinarios se escapan de sus pesquisas , y quedan para siempre inexplicables para él.

Nunca nos hallamos inclinados á meditar sobre los efectos que vemos mas que cuando son extraordinarios , es decir , cuando nuestros ojos no están acostumbrados á ellos , ó cuando ignoramos la causa que vemos obrar. No hay ningun Europeo que no conozca los efectos de la pólvora ; el obrero mismo que la fabrica no se imagina jamas que haya nada de extraordinario en ella , porque maneja todos los dias las materias que entran en su composicion : los Americanos , no obstante , creian al principio que su modo de obrar era el efecto de un poder divino , y que su fuerza era sobrenatural. El trueno , de quien el vulgo ignora la verdadera causa , es considerado por él como el efecto de la venganza divina : el fisico le contempla como el efecto ordinario de la materia electrica , la cual es , no obstante , una causa de la que está bien lejos de conocer el motivo.

Lo cierto es que al ver obrar una causa, sus efectos nos parecen naturales; y acostumbrándonos á verla, ó familiarizándonos con ella, creemos conocerla, y sus efectos están lejos de sorprehendernos. Pero, si nos apercebimos de algun efecto extraordinario, y del que no conocemos la causa, nuestro entendimiento empieza luego á trabajar y á inquietarse, segun la extension del efecto; se agita sobre todo, cuando se persuade que su conocimiento puede ser necesario para su conservacion interesada; y su perplexidad se aumenta á medida que se persuade que es esencial para nosotros el que conozcamos esta causa que tanto nos afecta. No encontrando en nuestros sentidos, que muy amenudo, no pueden servirnos de nada en las indagaciones que hacemos con el mayor ardor: una explicacion de lo que queremos saber, la buscamos en nuestra imaginacion, la que, acolorada con el temor, es una guia falsa que no nos presenta mas que ilusiones y causas facticias, á las que hace el honor de atribuir los fenómenos que nos sobresaltan. A estas disposiciones del entendimiento son debidos, como lo veremos mas adelante, todos los errores religiosos de los hombres, que, en desesperacion de ver que no podian adivinar la causa de los fenómenos que veian, y de los de que frecuentemente eran

las víctimas, han creado en su cabeza una infinidad de causas imaginarias, que han sido margen de infinidad de locuras.

No obstante, nada puede haber en la Naturaleza sin causas y efectos; todos los movimientos excitados en ella siguen unas leyes constantes y necesarias; las solas operaciones naturales, que podemos juzgar ó conocer, bastan para hacernos descubrir las que se ocultan de nuestra vista, ó á lo menos podemos juzgarlas por su analogía; y, si estudiásemos la Naturaleza y sus maneras de obrar con atención, no tardariamos en acostumbrarnos á no sorprehendernos tanto de lo que nos oculta.

Las causas mas lejanas de sus efectos obran sin duda con la ayuda de otras causas intermediarias, por las que podremos tal vez acercarnos y aun llegar á las primeras. Si en la cadena de éstas causas se encontrase algun obstáculo que se opusiese á nuestras pesquisas, debemos tratar de vencerle; y aunque no podamos hacerlo, no por eso debemos concluir que la cadena se haya disuelto, ó que la causa que obra sea sobre natural; contentémonos en este caso con confesar que la Naturaleza tiene muchos recursos que nos son desconocidos: pero no substituyamos fantasmas, ficciones y palabras sin sentido, á las causas que no podemos alcanzar; esto no haria

mas que confirmarnos en la ignorancia , detenernos en nuestras pesquisas , y obstinarnos en envejecer en nuestros errores.

A pesar de la ignorancia en que estamos de las leyes de la Naturaleza ó de la esencia de los seres , de sus propiedades y de sus elementos , de sus proporciones y de sus combinaciones , conocemos sin embargo las leyes simples y generales con que los cuerpos se mueven , y vemos que algunas de estas leyes , comunes á todos los seres , no se desmienten jamas ; siempre que en alguna ocasion estas leyes parecen desmentirse , no tenemos mas que considerar el hecho con atencion , y veremos que algunas causas extraordinarias , combinadas con otras , han sido el motivo de que no obrasen segun habiamos creido poderlo esperar. Todo el mundo sabe que el fuego aplicado á la pólvora debe incendiarla ; siempre que este efecto no se opera , aun cuando nuestro entendimiento no conociese la verdadera causa , tendríamos un derecho para creer que la pólvora estaba mojada , ó junta con alguna otra substancia que habia impedido su explosion. Sabemos igualmente que todo el anhelo , y por consiguiente las acciones del hombre se dedican á hacerse dichoso ; cuando le vemos trabajar en su destruccion ó en su propia ruina , debemos naturalmente concluir que se halla

impelido por alguna causa opuesta á su inclinacion natural, que está engañado por alguna preocupacion, ó que la falta de experiencia hace que no vea á donde le conducen sus acciones.

Si todos los movimientos de los seres fueran simples, no habria cosa mas facil que la de conocerlos, y por decontado estaríamos seguros de los efectos que las causas deberian producir, á menos que sus acciones no se confundiesen. Yo, por ejemplo, sé que una piedra que cae debe caer perpendicularmente; sé tambien que tendrá que seguir una direccion oblicua, en caso que encuentre otro cuerpo que cambie su direccion; pero si en su caida se encuentra con diferentes cuerpos que impidan su curso, entonces no sabré que camino tomará, pues que estos cuerpos pueden hacerla describir una linea parabólica, circular, espiral, elíptica, etc.

Los movimientos compuestos son los resultados de los movimientos simples, combinados de manera que, de que conocemos las leyes generales de los seres y de sus movimientos, nada nos queda que hacer mas, que descomponerlos y analizarlos para descubrir los que estan combinados; y la experiencia nos enseñará algun dia los efectos que pueden resultar; entonces veremos que los movimientos

mas simples son la causa del encuentro necesario de las diferentes materias de que todos los cuerpos estan compuestos; que estas materias, variadas en cuanto á la esencia y las propiedades, tienen cada una su manera de obrar, y que su movimiento total es la suma de los movimientos particulares que se han combinado.

Entre tantas materias diferentes, como vemos, las unas estan continuamente dispuestas á unirse, y las otras son incapaces de union; las que son susceptibles de union forman combinaciones, mas ó menos intimas ó durables, es decir, mas ó menos capaces de perseverar en su estado y de resistir á la disolucion. Los cuerpos que llamamos sólidos son compuestos de un numero mayor de partes homogéneas, similares, análogas, dispuestas á unirse, y cuyas fuerzas se encaminan conjuntamente hácia el mismo fin. Los seres primitivos, ó los elementos de los cuerpos, tienen que sostenerse, por decirlo así, unos á otros, al fin de conservarse y de adquirir la consistencia y solidez de que necesitan; verdad igualmente incontestable en lo que llamamos fisico, y en la que se llama moral.

Esta disposicion en que las materias y los cuerpos se hallan entre sí, es la que ha dado lugar á lo que los fisicos llaman atraccion, y repelion, ó antipatia y simpatia de afinidad ó

relaciones (1). Los moralistas dan á esta disposicion el nombre de amor ú odio, de amistad ó de aversion. Los hombres, como todos los demas seres de la naturaleza, tienen sus movimientos de atracion y repelion; y si algunas veces estos movimientos difieren de los otros, el solo motivo es porque son mas ocultos, y porque muy amenudo no conocemos ni las causas que excitan, ni su modo de obrar.

Sea cual fuese el motivo, bastenos saber positivamente que hay ciertos cuerpos, que por una ley constante é invariable estan dispuestos á unirse con mayor ó menor facilidad:

(1) Empedocles, segun Diógenes Laërcio, decia - que habia una cierta especie de amistad entre los elementos, que los hacia unirse, como tambien una discordia que hacia que se separasen y chocasen. - De esto se puede inferir que el sistema de atracion es muy antiguo: pero era necesario un *Newton* para desplegarle y aclararle. El amor á quien los antiguos atribuyen el arreglo del *Caos* parece no haber sido mas que la atracion personificada. Todas las alegorias y fábulas que los antiguos han hecho sobre el *Caos* no indican verosimilmente mas, que la concordia y la union que existe entre las substancias análogas ó homogéneas de que ha resultado la existencia del universo, mientras que la repelion ó la discordia, que los antiguos llamaban *εἶς* fué la causa de la confusion y del desorden. Este ha sido sin duda el origen del dogma de los dos principios.

en igual que otros no pueden combinarse de ningun modo. El agua se combina facilmente con la sal, pero nunca con el aceyte. Algunas combinaciones, y sobre todo las de los metales son muy fuertes, otras lo son mucho menos y pueden facilmente disolverse. Algunos cuerpos que de por sí son incapaces de union se unen algunas veces con la ayuda de otros cuerpos intermediarios que sirven de lazos comunes : el ejemplo lo tenemos en el aceyte y el agua, que se unen con la ayuda de la sal alcalina. De todos estos seres, diversamente combinados en las proporciones mas variadas, resultan unos *cuerpos ó todos*, fisicos ú morales, cuyas propiedades é igualdades son esencialmente diferentes, y cuyos modos de obrar son mas ó menos complicados y dificiles de conocer, segun la cantidad de elementos ó materias que entraron en su composicion, como igualmente segun las diversas modificaciones de estas materias.

Por este motivo las partículas primitivas ó insensibles, de que todo cuerpo está formado, se hacen sensibles por medio de la atraccion reciproca unas de otras, y forman mixtos y masas agregativas, por medio de la union de las materias análogas y similares que su esencia requiere para juntar y formar un todo. Pero estos mismos cuerpos se disuelven, y se rom-

pen siempre que encuentran con la accion de alguna substancia enemiga de su union. Este es el modo con que se forman las plantas, los metales y los hombres, y cada cual, en el sistema ó rango que ocupa, se sostiene y crece en su existencia respectiva, por medio de la atraccion continua de las materias análogas ó similares que se unen á su ser, y que le conservan y fortifican. Por este motivo hay varios elementos que convienen al hombre, y otros que le matan ó perjudican; unos le agradan y fortifican, y otros le repugnan y debilitan. En fin, para no separar nunca las leyes físicas de las morales, diremos que es el motivo por que los hombres, atraidos por sus necesidades, forman uniones, que han sido denominadas bajo los nombres de matrimonios, familias, amistades y conexiones, que la virtud sostiene y fortifica, pero que el vicio enfria y disuelve totalmente. Cualquiera que sea la naturaleza y las combinaciones de los seres, sus movimientos tienen siempre una direccion establecida; seria imposible sin direccion el que tuviéramos la menor idea de lo que es el movimiento. Esta direccion es regulada por las propiedades de cada ser; este, desde el moment en que las propiedades le son dadas, obra necesariamente; es decir, sigue la ley invariable dada por estas mismas propiedades que le con-

stituyen lo que él es en sí, y su modo de obrar que no es nunca otra cosa sino la consecuencia de su modo de existir. Pero ¿cual es la direccion comun que vemos en todos los seres? ¿cual es el objeto visible y conocido de sus movimientos? el de conservar su existencia actual, el de perseverar en ella, el de fortificarla y grangearse lo que la es favorable, apartarse de lo que la puede dañar, y finalmente el de resistir á los impulsos contrarios á su modo de existir y á su inclinacion natural.

Existir no es mas que sentir los movimientos peculiares de una esencia determinada. Conservarse es dar y recibir los movimientos de que resultan el sustento y la existencia: es tambien atraer las materias capaces de corroborar su ser, y apartar las que pueden debilitarle ó dañarle. De modo que todos cuantos seres conocemos no tratan mas que de conservarse cada cual á su modo: la piedra opone la fuerte union de sus partes á la destruccion. Los seres organizados se mantienen con la ayuda de medios mas complicados, pero que son igualmente favorables para defender su existencia contra lo que podría dañarla. El hombre fisico ó moral, ser, ó viviente, capaz de sentir, de pensar y de obrar, no se ocupa todos los instantes de su existencia mas que en buscar lo que puede agradarle ó ser conforme á su ser, y

se esfuerza en apartar de sí todo lo que no podría mas que hacerle daño (1).

Es pues la conservacion, el objeto comun de todas las energías, fuerzas y facultades; los físicos han dado el nombre de gravitacion sobre sí á esta inclinacion ó direccion: Newton la llama fuerza de inercia; los moralistas la han dado en el hombre, la denominacion de amor de sí mismo, que no es más que el deseo de conservarse, el de la felicidad, y el del amor del bien estar y del placer; la prontitud con que echamos mano de todo lo que nos parece favorable á nuestro ser, y en fin la aversion decidida que tenemos para todo aquello que le incomoda ó lo amenaza. Este es el sentimiento primitivo y comun de todos los seres de la especie humana; este es el que todas sus facultades se esfuerzan en satisfacer, y el que todas sus pasiones, sus voluntades y sus acciones tienen por objeto y por fin. Esta gravitacion sobre sí no es otra cosa sino una disposicion necesaria al hombre y á todos los seres, los que por diversos medios caminan todos hácia el objeto comun, que es el de conservarse en la

(1) San Agustin admite tambien una ocupacion continua tanto de los seres organizados, como sin organizacion, para su conservacion. Véase su tratado de *Civitate Dei*, lib. xi, cap. 28.

existencia que han recibido, siempre que su inclinacion primitiva y su maquina se puedan mantener sin ser disturbadas.

Toda causa produce un efecto, y no puede haber efecto sin causa; todo impulso es seguido de algun movimiento mas ó menos sensible, ó de alguna mudanza mas ó menos remarcable en el cuerpo que la recibe. Pero todos los movimientos, todos los modos de obrar estan, como hemos visto, determinados por sus naturalezas, sus esencias, sus propiedades y sus combinaciones. De esto debemos inferir que todos los movimientos son debidos á alguna causa; y que, pues que estas causas no pueden obrar ni moverse mas que segun su modo de estar ó sus propiedades esenciales, nemos de inferir, repito, que todos los fenómenos son necesarios, y que cada ser de la naturaleza, en las circunstancias y segun las propiedades que le han sido dadas, no puede obrar de ningun otro modo mas que del que obra.

La necesidad es el motivo infalible y constante de la union de causas y efectos: el fuego quema necesariamente las materias combustibles que se hallan en la esfera de su accion: el hombre desea naturalmente lo que le parece ser util para su bien estar. La naturaleza en todos sus fenómenos obra necesaria-

mente segun su propia esencia ; todos los seres que en sí encierra obran igualmente segun sus esencias particulares : el movimiento es el que hace que el gran-todo tenga sus relaciones con sus partes, y que estas las tengan con el todo. Estas son las razones incontestables que nos demuestran que todo cuanto existe en el universo está en relacion entre sí, y que el mismo universo bien mirado, no es mas que una cadena inmensa de causas y efectos, unos de otros nacies. Por poco que reflexionemos con madurez, nos convenceremos que todo cuanto vemos es *necesario*, y que no puede ser de otro modo ; que todos cuantos seres vemos, como igualmente los que se nos ocultan, obran dirigidos por unas leyes sabias é infalibles. Segun estas leyes, todo cuerpo grave y pesado cae ; el ligero se levanta en el ayre ; las substancias análogas se atraen ; todos los seres se ocupan en su conservacion ; el hombre se ama á sí mismo ; quiere lo que le tiene cuenta de que lo conoce, y aborrece lo que le es dañoso. Enfin , no podemos menos de confesar que no puede haber energia independiente, causa aislada, ni accion desprendida en una naturaleza en la que todos los seres obran sin interrupcion unos sobre otros, y que no es ella misma otra cosa, sino un circulo eterno de

movimientos dados y recibidos segun unas leyes eternas y necesarias.

Dos solos ejemplos serviran para aclarar completamente el razonamiento que acabamos de hacer; uno de ellos será fisico y otro moral. En un torbellino de polvo causado por un viento impetuoso, en la mas horrible tempestad que puede agitar las olas enfurecidas del mar, no hay, á pesar de la confusion que creemos echar de ver, una sola partícula de polvo, ni una sola gota de agua que esté colocada por casualidad, que no tenga una causa suficiente para ocupar el lugar en que se halla, ó que no obre rigurosamente segun debe de obrar.

Un buen geómetra que conociese exáctamente las diferentes causas que obran en ambos casos, y las propiedades de las partículas movidas, demostraria sin dificultad que, en conformidad de una causa dada, cada partícula obra segun debe obrar, y que no puede hacerlo diferentemente.

En las terribles convulsiones que agitan algunas veces las sociedades políticas, y que son muy amenudo las causas de la ruinas de los imperios, no hay una sola accion, una sola palabra, un pensamiento, una voluntad, ni una pasion en los agentes que concurren á la

revolucion, ya sea como destructores, ó ya como víctimas, que no sea necesaria, que no obre como debe obrar, que no opere infaliblemente los efectos que debe operar, según el lugar que los agentes ocupan en este torbellino moral. Esta verdad parecería evidente á una inteligencia que fuese capaz de recoger y apreciar todas las acciones y reacciones de los espíritus y de los cuerpos, de los que contribuyeron á esta revolucion.

Enfin, si todo está unido en la naturaleza, si todos sus movimientos nacen unos de otros, aunque algunas veces no lo podamos percibir, debemos estar seguros que no hay cosa, por lejana ó pequeña que sea, que no produzca los efectos mas grandes é inmediatos sobre nosotros mismos. Tal vez, en las llanuras aridas de Libia se reúnen los primeros elementos de una tempestad que, elevada por el viento, se adelantará hasta nosotros, y cargará nuestra atmósfera de manera que esta, tendrá una influencia perniciosa sobre el temperamento y caracter de un hombre que, por sus circunstancias, es capaz de influir sobre otros muchos, y que tal vez decidirá según su capricho de la suerte de varias naciones.

El hombre se encuentra efectivamente en la naturaleza, y hace parte de ella; obra en ella según las leyes que le son peculiares, y recibe

de un modo mas ó menos distinto la accion ó impulso de los seres que obran sobre él, segun las leyes de sus esencias. Este es el modo con que se modifica ; pero sus acciones son siempre compuestas de su energía y de la de los seres que obran sobre él y que le modifican. Esto es igualmente lo que tan amenudo determina diversamente, y algunas veces contradictoriamente, sus pensamientos, opiniones, voluntades, sus acciones, y enfin los movimientos visibles ó invisibles que pasan en su interior. Esta verdad, tan contestada en el dia, se hallará mejor demostrada en algunos capítulos sucesivos de esta obra. Por ahora nos basta el probar en general, que todo en la naturaleza es necesario, y que nada de lo que en ella se encuentra puede obrar de otro modo.

El movimiento comunicado y recibido de uno en otro es el que establece la union y relaciones que existen entre los sistemas de los seres ; la atraccion los reúne siempre que se hallan en la esfera de su accion reciproca ; la repelion los disuelve y separa : la una les conserva y fortifica ; la otra los debilita y los destruye. Una vez combinados, todo su anhelo es el de perseverar en su modo de existir en virtud de su fuerza de inercia: pero en esto no pueden siempre salir bien, porque estan bai.

la influencia de todos los demas seres que obran sucesiva y perpetuamente sobre ellos. Sus mudanzas de forma y sus disoluciones son necesarias á la vida y á la conservacion de la naturaleza; este es el solo objeto que le podemos atribuir, hácia el cual la vemos dirigirse continuamente, que sigue por medio de la destruccion y reproduccion de todos los seres subordinados, que estan obligados á someterse á sus leyes, y á concurrir, cada cual segun sus fuerzas, al sustento de la existencia activa, esencial, para el mantenimiento del gran-todo.

Cada ser es un individuo que hace su tarea necesaria del trabajo general de la gran familia del universo. Todo cuerpo obra segun las leyes hereditarias de su esencia, sin poderse apartar un solo instante de aquellas que la naturaleza sigue ella misma: esta, como fuerza central á la que todas las demas fuerzas, todas las esencias y todas las energías se hallan sometidas, regula los movimientos de todos los seres, por la necesidad de su propia esencia, hace que concurren de diferentes maneras á su plan general; y este plan no puede ser mas que la vida, la accion y el sustento del *todo*, por medio de la mudanza continua de sus partes. Para llenar este objeto, hace que se muevan unos por otros, lo que establece y destruye las relaciones subsistentes entre ellos, y

lo que les da y les quita las formas, combinaciones y calidades que dirigen sus operaciones por algun tiempo, y que les son arrebatadas despues para colocarlas en otra parte, y hacerlas obrar de un modo muy diferente. Por este motivo la naturaleza las engrandece y las altera, aumenta y disminuye, aproxima ó aleja, forma ó destruye, segun que las circunstancias lo requieren para el sustento del conjunto, del que no puede absolutamente apartarse un solo instante.

De modo que esta fuerza irresistible, esta necesidad universal, esta energía general no es mas que la consecuencia indispensable de la naturaleza de las cosas, en virtud de la cual todo obra sin relaja, segun sus leyes constantes é invariables. Estas leyes son las mismas para el total de la naturaleza, como para los seres que en sí encierra. La naturaleza es un todo activo y moviente del que todas las partes concurren necesariamente, y casi siempre sin saberlo, á mantener su accion, su existencia y su vida. La naturaleza existe y obra necesariamente, todo cuanto contiene conspira sin relaja á la perpetuidad de su ser. (1) Veremos en lo sucesivo cuanto han trabajado

(1) Platon dice que la materia y la necesidad son una misma, y que la necesidad es la madre del

los hombres para formarse una idea de su energía, la que al fin han personificado y distinguido de sí misma. Finalmente exâminaremos las ridículas invenciones que por falta de conocerla han imaginado para detener su carrera, suspender sus leyes eternas, y para poner obstáculos á la necesidad de las cosas.

mundo. » Efectivamente la materia obra porque existe, y existe porque obra; de aquí no se puede pasar. Si se me pregunta ¿como ó porque obra la Naturaleza? responderé, porque existe necesariamente, ó porque encierra en sí la materia existente: aun cuando se la suponga creada ó producida por un ser distinto y mas desconocido que ella, será siempre preciso decir que este ser, quien quiera que sea, es necesario, ó encierra en sí la causa suficiente de su existencia. Substituyendo un ser á esta materia ó naturaleza, no se hace mas que deponer un *agente conocido*, ó *capaz de serlo*, para poner en su lugar otro desconocido, incapaz de darse á conocer, y del que de ningun modo se puede demostrar la existencia.

CAPITULO V.

DEL ORDEN Y DEL DESORDEN ; DE LA INTELIGENCIA Y DE LA CASUALIDAD.

LA vista de los movimientos necesarios , periódicos y regulados que hay en el universo , da á la imaginacion del hombre la idea del orden. Esta palabra , en su significacion primitiva , quiere solo decir una manera de ver y de percibir con facilidad el conjunto y las diferentes relaciones de un todo , en el que , por su modo de ser y de obrar , encontramos una cierta conveniencia ó conformidad con el nuestro. El hombre , por medio de la extension que ha dado á esta idea , ha llegado á mirar el universo del mismo modo con que mira las cosas que le son particulares ; ha supuesto que verdaderamente existen en la naturaleza unas relaciones semejantes á las que habia distinguido ya bajo el nombre de *orden* , y por consiguiente ha dado el nombre de *desorden* á todas las relaciones que no le han parecido conformes á las primeras.

Es facil concluir de esta misma idea de orden y desorden , que no hay semejante cosa en una

naturaleza en que todo es necesario, que sigue siempre unas leyes constantes, y que hace que cada ser siga todos los momentos de su duracion, las reglas que provienen de su propia existencia.

Este modelo de orden y desorden no se halla más que en nuestra imaginacion; y, como toda idea abstracta y metafísica, no significa *nada* fuera de nosotros. En una palabra, *orden* no será jamás otra cosa que la facultad de formar una union con los seres que nos rodean, y con el *todo* de que hacemos parte.

No obstante, si se quiere aplicar á la naturaleza esta idea del orden, no será más que una progresion de movimientos y acciones capaces de constituirle lo que él es, y de mantenerle en su existencia actual. El orden, con relacion á toda la Naturaleza, es la cadena de las causas y efectos, necesaria á su existencia activa, y al mantenimiento de su conjunto eterno. Pero, como se ha demostrado en el capítulo precedente, todos los seres particulares, cada cual en el estado que ocupa, tienen que contribuir á este fin: luego es claro que lo que consideramos como el orden de la naturaleza, no es otra cosa sino un nombre imaginario dado á la necesidad de las cosas, á lo que todo cuanto se conoce está sometido. Lo que

llamamos desorden es solamente un término relativo que sirve para distinguir las acciones ó movimientos necesarios por los cuales todos los seres particulares son alterados en su modo de existir instantáneo, y se ven en la necesidad de cambiar de modo de obrar. Pero ninguna de estas acciones ó movimientos pueden, durante un solo instante, contradecir ni oponerse al orden general de la naturaleza, de la cual todos los seres reciben su existencia, sus propiedades y sus movimientos particulares.

El desorden, relativamente á un ser, es solamente una traslacion de su estado actual á otro diferente, y á otra manera de existir, lo que acarrea necesariamente acciones y movimientos diferentes de los que este ser era antes susceptible.

Lo que llamamos orden en la naturaleza es una manera de estar, ó una disposicion de sus partes rigurosamente necesaria. En cualquiera otro conjunto de causas, de efectos, de fuerza ó de universo, y aun si fuese posible, en cualquiera otro sistema de materias, se establecería igualmente un *arreglo*, no importa cual fuese. Supongamos un instante las materias mas heterogéneas y discordantes, puestas en accion y reunidas, y veremos que, por medio de un encadenamiento de fenómenos necesarios, se formará entre ellas algun orden: este es la

verdadera noción de una propiedad que se puede llamar una aptitud para constituir un ser como el es en sí mismo, y como el es en el *todo* de que forma una parte.

Vuelvo pues á repetir que el orden no es otra cosa sino la necesidad exáminada con relacion á la serie de las acciones, ó á la cadena de causas y efectos que produce en el universo.

En efecto ¿que es el orden en el sistema planetario (único que conocemos un poco), sino una progresion de fenómenos operados en conformidad á las leyes necesarias, por el que vemos los movimientos que le componen? En consecuencia de estas leyes, el sol ocupa el centro, los planetas gravitan sobre él, y ejecutan al rededor en un tiempo fijo varias revoluciones continuas. Los satelites de estos mismos planetas gravitan sobre los que se hallan en el centro de su esfera de accion, y siguen circularmente un camino periódico : uno de estos planetas, la tierra que habitamos, rueda continuamente sobre su exe, y tiene, por medio de los diferentes aspectos que su revolucion anual la hace presentar al sol, unas variaciones reguladas y fijas que llamamos estaciones. Una consecuencia necesaria de la accion del sol sobre las diferentes partes de nuestro globo, hace que todas sus producciones tengan sus vicisitudes : las plantas, los animales y los hombres se hallan

en el invierno en una especie de letargo; en igual que en el verano todos los seres parecen reanimarse, y salir de un desmayo. En una palabra, el modo con que la tierra recibe las diferentes impresiones del sol influye sobre todas sus producciones: cuando sus rayos caen oblicuamente, su efecto es muy otro de cuando caen perpendicularmente. Su ausencia periódica, causada por la revolucion que se hace en nuestro globo, es la que causa los dos fenómenos que llamamos el día y la noche. Hasta aquí nunca veremos mas que unos efectos necesarios, fundados sobre la esencia misma de las cosas, las que no se pueden jamas desmentir, siempre que se mantengan las mismas. Todos estos efectos no son debidos mas que á la gravitacion, á la atraccion y á la fuerza central, etc.

Por otra parte, este orden que tanto admiramos se altera algunas veces, y aun se cambia en desorden; pero hasta este mismo desorden es siempre una consecuencia de las leyes de la naturaleza, en la que, para el mantenimiento del *todo* ó de la masa general, es á veces necesario que alguna de sus partes se vea entorpecida en su obligacion ordinaria. Esta es la razon por la que los cometas se presentan inopinadamente á nuestra vista: su carrera excentrica viene á interrumpir la tranquilidad

de nuestro sistema planetario, á excitar el terror en el vulgo, para quien todo es maravilla, y aun en el pecho del físico experimentado, que conoce que estos terribles fenómenos han debido en otro tiempo derribar enteramente la superficie del globo, y causar las mayores revoluciones en la tierra. Pero estos desórdenes extraordinarios no son los solos á que estamos expuestos; hay tambien una infinidad de otros que, sin ser tan terribles, son casi tan dañosos: unas veces las sazones son defavorables; otras todos los elementos, conjurados y enfurecidos entre sí, parecen disputarse la presa de nuestro mundo; el mar sale de su seno; la tierra, á pesar de su solidez, tiembla; las montañas se reuñen y abrazan; los contagios mas pestíferos destruyen á centenares hombres y animales; la esterilidad asola las campiñas. Siempre que acaecen algunos de estos desórdenes, el debil mortal pide el orden á gritos, y levanta sus humildes manos, implorando la clemencia y bondad del Ser á quien atribuye todo cuanto vé, mientras que todo ello no es mas que un efecto necesario, producido por una causa natural que obra segun las leyes establecidas y determinadas por su propia esencia, y por la de una naturaleza en que todo debe de alterarse, moverse, disolverse, y en la que lo que llamamos orden debe algunas veces perderse, y

cambiarse en un modo de ser enteramente nuevo, que para nosotros es un desorden.

El orden y desorden de la naturaleza no existe mas que en nuestra imaginacion engañada; llamamos orden todo lo que es conforme á nuestro ser, y desorden lo que le es contrario: no obstante todo es orden en una naturaleza cuyas partes no pueden jamas salir de las reglas precisas é invariables prescritas por la esencia que han recibido. El desorden no puede existir en un *todo* para cuyo sustento el orden es necesario, cuya direccion general no puede tener extravio, y en el cual todos los efectos son las consecuencias de las causas naturales que obran como infaliblemente deben obrar.

De aquí se sigue que no puede haber ni monstruos, ni prodigios, ni maravillas ó milagros en la naturaleza: los que llamamos monstruos son unos seres formados por unas combinaciones con las que nuestra vista no está familiarizada: lo que llamamos prodigios, maravillas y efectos sobrenaturales, son meramente unos fenómenos de la naturaleza, de los que nuestra ignorancia hace que no conocamos ni sus principios ni su modo de obrar; y que, por falta de conocer las verdaderas causas, atribuimos locamente á unas causas ficticias que, como la idea del orden, no existen

mas que en nuestra imaginacion, mientras que las colocamos fuera de la naturaleza, siendo así que nada puede existir fuera de ella.

En cuanto á los que se llaman milagros, es decir, unos efectos contrarios á las leyes invariables de la Naturaleza, es facil de conocer que semejantes locuras son imposibles, y que no hay nada que pueda suspender un solo instante los resortes que hacen obrar á los seres, pues que en este caso la naturaleza entera se hallaria detenida y entorpecida. Los milagros, ó maravillas son solo para aquellos que no la han estudiado suficientemente, ó que no pueden echar de ver que sus leyes son incapaces de variar en la menor de sus partes, sin que perezca eternamente el todo, ó á lo menos cambie de esencia y de modo de obrar. (1)

El orden y el desorden son pues únicamente

(1) Algunos metafisicos aseguran que el hacer un milagro pasa el poder de la naturaleza: *Miraculum vocamus effectum qui nullas sui vires sufficientes in naturá agnoscit*. Véase Bilfinger, *de Deo, animá et mundo*. De aquí se infiere que se debe buscar la causa de un milagro fuera del círculo ó jurisdiccion de la naturaleza. No obstante, la razon natural nos dieta que no debemos tener recurso á una causa sobrenatural, sin haber examinado todas las causas naturales ó las fuerzas que se encierran en la naturaleza.

unas palabras de que nos servimos para denominar el estado en que se encuentra algun ser particular : un ser está en el orden siempre que todos sus movimientos conspiran al sustento de su existencia actual, y que favorecen su inclinacion de mantenerse en ella; y se halla en el desorden siempre que las causas que le hacen obrar entorpecen ó destruyen la armonía y el equilibrio necesario para la conservacion de su estado actual. No obstante el desorden en un ser no es, como hemos visto, mas que su cambio á otro orden de nueva especie. Cuanto mas rapido es el pasage, tanto mas el ser que lo hace se resienta del desorden; lo que conduce el hombre á la muerte es para él el mayor de todos los desórdenes; sin embargo esta muerte no le sirve mas que de paso para otra nueva existencia, y esta se halla en el orden de la naturaleza.

Decimos que el cuerpo humano está en el orden cuando las diferentes partes que le componen obran de manera á hacer que resulte la conservacion del todo, que es el objeto de su existencia actual; decimos que tiene salud cuando los sólidos y los cuerpos líquidos concurren para este fin, y se prestan mutuamente socorro para lograr este intento; decimos que este cuerpo está malo siempre que su inclinacion se halla detenida, y cuando algunas de sus

partes cesan de concurrir para su conservacion, y de llenar las obligaciones que las habian sido impuestas. Esto es lo que sucede en una enfermedad en la cual los movimientos excitados en la maquina humana son tan necesarios, y regulados por leyes tan ciertas, tan naturales y tan invariables, como aquellas cuyo conjunto produce la salud. La enfermedad no hace mas que producir en él una nueva serie y un nuevo orden de movimientos y de cosas; llega el hombre á morir; esto, que nos parece el mayor de todos los desórdenes, hace que su cuerpo mude enteramente de estado, sus partes cesen de concurrir al mismo fin, su sangre acaba de circular, sus ideas cesen, sus sentimientos se desvanezcan, su pensamiento se pierda, y en fin, hasta que cese de descansar. La muerte es la época de la cesacion de la existencia humana; su maquina se hace inanimada por medio de la substraccion de los principios que la hacían obrar de un modo determinado; su inclinacion se cambia, y todos los movimientos excitados por su ruina conspiran para un nuevo fin: á aquellos, que con orden y armonía producian la vida, la sensacion, el pensamiento, las pasiones y la salud, se les substituyen una serie de movimientos de especie totalmente diferente; pero que no obstante se dirigen por unas leyes tan necesarias

como las primeras. Todas las partículas de un hombre muerto conspiran á la produccion de lo que se llama disolucion, fermentacion y podredumbre; y estas nuevas maneras de obrar son tan naturales para él, reducido á este estado, como la sensibilidad, el pensamiento y movimiento periódico de la sangre, le eran en el precedente. Como su esencia ha cambiada, su modo de obrar debe tambien cambiar; los movimientos regulados y necesarios que conspiran á producir lo que llamamos vida, son remplazados por los movimientos determinados que concurren á producir la disolucion del cadaver, la dispersion de sus partes, y la formacion de nuevas combinaciones, de las cuales al fin resultan nuevos seres; lo que, como ya se ha visto, es el orden inmutable de una naturaleza que no puede cesar un instante de obrar. (1)

(1) - Nos hemos acostumbrado, dice otro anónimo, á figurarnos que la vida es lo contrario de la muerte, la que, presentándose siempre acompañada de la idea de la destruccion absoluta, ha hecho que nos apresuremos en encontrar algun medio de eximir el alma de semejante suerte, como si el alma fuese verdaderamente otra cosa mas que la vida: pero la percepcion mas simple puede hacer ver que los dos extremos opuestos son lo animado y lo inanimado: la muerte está tan lejos de ser opuesta á la vida que, al contrario,

De manera que no se puede repetir demasiado relativamente al gran conjunto, que todos los movimientos de los seres, todos sus modos de obrar, no pueden sino estar en el orden, y ser siempre conformes á la Naturaleza. En todos los estados por los que estos seres tienen que pasar, su modo de obrar es necesariamente subordinado al conjunto universal; y lo que es mas, no hay ser particular que no obre siempre con orden; todas sus acciones, todo el sistema de sus movimientos, son una consecuencia necesaria de su modo de existir durable ó momentaneo.

El orden, en la sociedad política, es el efecto de una serie necesaria de ideas, de voluntades y de acciones, en los que la componen, y cuyos movimientos estan regulados de manera que concurren al mantenimiento del *todo* ó á su disolucion. Un hombre constituido ó modificado del modo que llamamos virtuoso, obra necesariamente de una manera de que resulta el bien estar de sus asociados; el que llamamos perverso ó malo obra necesariamente

no es mas que su principio: del cuerpo de un solo animal muerto se forman otros mil vivos; lo que nos demuestra del modo mas evidente que la vida está en el poder de la naturaleza. Véase *Disertaciones varias*, impresas en Amsterdam en 1740, pag. 252 y 253

de un modo enteramente opuesto. Pues que sus naturalezas y constituciones son diferentes, es claro que deben de obrar tambien de un modo diferente: el sistema de sus acciones, ó su orden relativo, es en este caso esencialmente diferente.

De modo que el orden y desorden, con relacion á los seres particulares, no consisten mas que en la manera de ver los efectos naturales y necesarios que producen relativamente a nosotros mismos. ¿Porque tememos el picaro? porque decimos que llena la sociedad de desorden, y porque fuerza su inclinacion, y pone un obstaculo á su propia dicha. ¿Porque evitamos tan cuidadosamente una piedra que cae? porque, cayendo sobre nosotros, descompondrá el orden de los movimientos necesarios á nuestra conservacion. No obstante, como ya llevamos demostrado, el orden y el desorden no son mas que las consecuencias igualmente necesarias del estado durable ó no, de los seres. Está en el orden que el fuego queme, por que su esencia es la de quemar; está en el orden que el malo nos haga daño, porque su esencia es de hacerlo; pero, por otro lado, está tambien en el orden el que un ser inteligente se aparte de lo que le puede dañar, y haga todos sus esfuerzos para alejarse de lo que podria contravenir á su modo de existir. Un ser,

que su organizacion hace sensible, debe, guiado por su misma esencia, huir de todo lo que puede lastimar sus órganos, y hacer correr peligro á su existencia.

Llamamos *inteligentes* los seres organizados á nuestro modo, en los que vemos facultades capaces de conservarse, de mantenerse en el estado que les conviene, y de valerse de los medios necesarios para lograr este fin con la ayuda de sus propios movimientos.

De aquí se infiere que la facultad que llamamos inteligencia consiste en el poder ó facilidad que el ser á quien la atribuimos tiene para obrar en conformidad al objeto que sabemos que tiene; y que consideramos como privados de inteligencia todos aquellos seres en quien no encontramos conformidad, ni con los mismos órganos, ni con las mismas facultades que nosotros tenemos; en una palabra, aquellos de quien no conocemos la esencia, la energía, ni el entido, y por consiguiente el orden que les conviene. El todo es el solo que no puede tener objeto alguno, pues que fuera de él no hay nada á que pueda aspirar; pero las partes que le componen tienen todas un objeto fijo. Si derivamos de nosotros mismos la idea del orden, debemos tambien derivarla de la inteligencia; pero la rehusamos á todos los seres que no obran á nuestro modo, y solo

la atribuimos á los que obran conformes a nosotros. A estos les damos el nombre de agentes inteligentes, mientras que á los otros los denominamos causas ciegas y agentes ininteligentes, que obran por casualidad; palabra que no tiene ningun sentido, pero que oponemos siempre á la de inteligencia, sin que por eso tengamos ninguna idea cierta de ella. (1)

(1) Lo malo es que comparamos siempre la existencia de los demas seres con la nuestra, y que, cuando no la hallamos la misma, nos persuadimos ó queremos persuadirnos que no gozan de ella. Un ser que segun nosotros no disfruta de ninguna inteligencia la tiene no obstante, como igualmente su objeto, hácia el cual se inclina con la mayor fuerza y vigor. Todos los seres, relativamente al objeto que se propone la naturaleza, tienen el suyo con toda la fuerza de que han menester para obtenerlo. Cuando decimos que un ser no goza de inteligencia, no decimos sino que la suya no es semejante á la nuestra, y que no la podemos concebir. El decir que un ser obra por casualidad, no es mas que confesar que no conocemos su objeto, ni sabemos que lugar ocupa en la cadena universal de los seres. Es un hecho que todos los seres tienen una inteligencia, y aun los inconvenientes del *maximum* que les son necesarios. Si no la podemos concebir, tanto peor para nosotros; pero esto no impide el que todos los seres concurren á una accion general: si no la conocemos, tanto peor; nuestra ignorancia nos hace decir muchos otros disparates.

En efecto, nunca dejamos de atribuir á la casualidad todos los efectos cuyas causas no nos son conocidas; de manera que nos servimos de la palabra casualidad solo para encubrir la ignorancia en que estamos de la causa natural que produce los efectos que vemos: han sido causados por medios de que no tenemos la menor idea, ó que obran de modo que no podemos echar de ver el orden ó sistema de acciones semejantes á las nuestras. Así que vemos ó que creemos ver un orden, le atribuimos á una inteligencia, sin acordarnos que esta calidad es sacada de nosotros mismos, ó todo lo mas de nuestro modo de obrar y de sentir.

Ser inteligente es aquel que piensa, que desea y que obra de un modo cualquiera para obtener algun fin: es pues necesario, para obrar, desear, y querer como nosotros, que sus facultades sean las mismas.

De este modo, cuando decimos que la naturaleza está gobernada por una inteligencia superior, es lo mismo que si dijéramos que está gobernada por un *ser* que goza de todas sus facultades, pues que sin ellas no hay ni percepción, ni ideas, ni instinto, ni pensamiento, ni voluntad, ni plan, ni acción.

El hombre se hace siempre á sí mismo el centro del universo, y todo cuanto vé lo com-

para á sí; tan luego como cree notar un modo de obrar que tiene alguna conformidad con el suyo, ó bien algun fenómeno que le interesa, le atribuye inmediatamente á una causa como la suya, que obra como él, que tiene las mismas facultades, sus mismos intereses, sus mismos proyectos y su misma inclinacion; en una palabra, él mismo se pone por modelo de todo. Este fué el motivo por el cual viendo el hombre, que fuera de su especie todos los seres eran diferentes de él, y creyendo no obstante ver que habia en la naturaleza un orden análogo á sus ideas, y unas miras conformes á las suyas, se imaginó que esta naturaleza estaba gobernada por una causa inteligente á su manera, á la que hizo el honor de atribuir, sin mas reparo, el orden que creyó ver, y las miras que él mismo tenia. Es verdad que, sentiéndose incapaz de producir todos los efectos magníficos y vastos que se presentaban á su vista, tuvo que atribuirlos á la causa ó inteligencia superior é invisible que producía estos maravillosos efectos; y creyó evitar toda dificultad atribuyendo con la mayor exâgeracion todas las facultades que poseia él mismo á esta inteligencia desconocida. De este modo, poco á poco, llegó á formarse una idea de la inteligencia superior, que denominó superior á toda la naturaleza, y á quien atri-

buyó la direccion de sus movimientos, de que la juzgó incapaz á ella de por sí, y se obstinó siempre en considerarla como un monton de materias diformes, ineptas, incapaces de producir ninguno de los fenómenos regulados, ni de los grandes efectos de que resulta lo que llama el orden del universo. (1)

De aquí dimana que, si hubieramos conocido las fuerzas de la naturaleza ó las propiedades de la materia, no hubieramos creído que el universo estaba bajo el jugo de una causa inteligente, de la que el hombre fué y será siempre la imagen, y que no haremos mas que hacernosla inconceivable siempre que queramos extender sus facultades; y extinguirla ó hacerla del todo imposible, cuando queramos atribuirle unas calidades incompatibles con su esencia. Esto no puede dejar de suceder

(1) Anaxágoras fué, segun dicen, el primero que llegó á imaginarse que el universo habiasido creado por una inteligencia ó un entendimiento. Aristóteles le echaba siempre en cara que empleaba esta inteligencia como un *dios máquina*, siempre que no podia dar mejor razon para la formacion de las cosas. Véase el Diccionario de Bayle. articulo *Anaxágoras*, nota E. El mismo defecto se puede echar en cara á todos aquellos que se sirven del nombre *inteligencia* para apartar las dificultades que se les presentan, y cuando no pueden dar ninguna otra razon convincente para obviarlas.

si queremos saber el motivo de los efectos contradictorios y desordenados que vemos en el mundo, y en efecto ¿cuantos desórdenes vemos en *este mundo*, cuyo *orden admirable* nos obliga, segun dicen, á que se reconozca una inteligencia soberana : no obstante, este desorden que observamos algunas veces en ei, desmiente el plan, el poder, la sabiduria y la bondad que la suponen, como igualmente el orden maravilloso que se la atribuye ?

No hay duda que me diran que, pues que la naturaleza encierra y produce una multitud de seres inteligentes, debe ó ser ella de por sí inteligente, ó ser gobernada por una causa superior y inteligente. A esto responderé que la inteligencia es una facultad propia de los seres organizados, es decir, constituidos y combinados de un modo determinado, de los que resultan ciertos modos de obrar, y á los que damos ciertos nombres particulares, segun los diferentes efectos que estos seres producen. El vino no goza de las calidades que llamamos talento y valor, y no obstante vemos que algunas veces las comunica á hombres, que sabíamos no tenerlas por sí solos. No se puede decir que la naturaleza sea inteligente como algunos de los seres que en sí encierra, pero puede muy bien producir seres inteligentes, combinando las materias que son necesaria-

para formar unos cuerpos organizados de un modo particular; y de aquí nace la facultad que llamamos inteligencia, y los modos de obrar que son la consecuencia necesaria de esta propiedad. Vuelvo á repetir que para tener inteligencia, designios y miras, es preciso tener ideas; y para tener ideas es preciso tener órganos y sentidos, los que no podran atribuir ni á la Naturaleza, ni á la causa que suponen presidir á sus movimientos. Enfin la experiencia demuestra que las materias que creemos inertas y muertas, combinadas de un cierto modo, adquieren una accion, una inteligencia, y aun la vida. (1)

Debemos de inferir de todo quanto acabamos de decir, que el orden no es nunca mas que el enlace necesario de causas y efectos, ó la consecuencia de las acciones provenientes de las propiedades de los seres, siempre que se mantengan en el estado que les fué dado; que el desorden es lo contrario de todo esto; que todo en el universo está necesariamente en

(1) Se acaba de decir que el vino dá el entendimiento y el valor á algunas personas que carecian enteramente de ambos: para esto es preciso que la accion de un fluido tenga la facultad de desenvolver en los órganos el germen de alguna facultad que se hallaba antes adormecida en ellos.

orden, pues que todo se mueve y obra según las propiedades de los seres; que en una naturaleza en que todo sigue las reglas de su propia existencia, no puede haber ni desorden ni verdadero mal; que no hay ni casualidad ni nada casual en la naturaleza, en que no hay efecto sin causa suficiente, y en la cual todas las causas obran conformemente á unas leyes fijas, ciertas, dependientes de sus propiedades esenciales, como también de las combinaciones y modificaciones que constituyen su estado permanente ó pasajero; que la inteligencia es un modo de ser y de obrar peculiar de algunos seres particulares, y que si la quisieramos atribuir á la naturaleza, no sería en ella más que la facultad de conservarse con los medios necesarios á su existencia activa. Aun cuando rehusásemos á la naturaleza la inteligencia de que gozamos nosotros mismos, ó que desechásemos de nosotros la causa inteligente que han supuesto ser su motor, ó el principio del orden que encontramos en ella, no por eso atribuiríamos nada á la casualidad ni á una fuerza ciega, solo sí á una causa real y conocida, ó á lo menos capaz de serlo. Pues que reconocemos que todo cuanto existe es una consecuencia natural de las propiedades hereditarias de la materia eterna, la que, con sus mezclas, combinaciones y mudanzas de

formas, produce el orden, el desorden, y tanta variedad, como vemos. Es evidente que nadie sino nosotros se engaña, é ignora totalmente las leyes de la naturaleza, cuando creemos que hay alguna causa ciega, y cuando atribuimos sus efectos á una mera casualidad. Tampoco nos mostramos mucho mas instruidos cuando atribuimos todo esto á una inteligencia cuya idea la sacamos de nosotros mismos, y que no concuerda nunca con los efectos que la atribuimos. Enfin nos imaginamos una gerigonza de palabras para suplir á las cosas, y creemos entendernos á fuerza de obscurecer las ideas que nunca nos atrevemos á definir ni á analizar

CAPÍTULO VI.

DEL HOMBRE, DE LA DISTINCION QUE HAY
ENTRE HOMBRE FISICO Y HOMBRE MORAL;
DE SU ORIGEN.

Apliquemos ahora á los seres que mas nos interesan en la naturaleza las leyes generales que acaban de ser exâminadas; veamos en que puede el hombre diferir de los demas seres que le rodean; véamos si no tiene algun punto de conformidad general que, á pesar de la diferencia subsistente entre ellos y él, no por eso deja de obrar de acuerdo con las reglas universales á que todo está sometido; y finalmente exâminemos con atencion si las ideas que se forma de sí mismo son falsas ó bien fundadas.

El hombre ocupa un lugar entre todos los seres que se encierran en la naturaleza. Su esencia, es decir, la manera de ser que le distingue, le hace susceptible de los diferentes medios de obrar ó de movimientos, unos simples y visibles, y otros complicados y ocultos. Su vida no es mas que una cadena de movimientos necesarios y dependientes unos de otros, que tienen por principio, ya sea una

causa dentro de sí mismos, como la sangre, las venas, los nervios, las fibras, la carne, los huesos, ó, en una palabra, las materias tanto sólidas como fluidas de que su *todo* ó su cuerpo está formado, ó bien alguna causa exterior que obrando sobre él, le modifica diversamente, como el ayre que le rodea, los alimentos con que se sustenta, y todos los objetos que continuamente se presentan á sus sentidos, y que por consiguiente operan en él una mudanza continua.

El hombre, como todos los demas seres, no trata mas que de conservar la existencia que ha recibido ; resiste á su destruccion, sufre la fuerza de inercia, gravita sobre sí mismo, y finalmente los objetos que le son análogos le atraen, y los que le son contrarios le rechazan. (1) Estas maneras de obrar y de ser modi-

(1) Seria erroneo el concluir que, porque el hombre huye de algunos objetos que le repugnan, estos deben ser malos ; nada hay de bueno ó de malo en la naturaleza, á menos que no sea con relacion á la manera de ver ó sentir de los seres con quien los objetos se comparan. Cuando se dice que tal cosa es mala para el hombre, solo se dá á entender que sus propiedades no estan en armonía con las propiedades humanas. Si este objeto se pone en contraste con un ser que tenga algunas calidades capaces de ponerle en armonía con las suyas, se verá que dicho objeto, lejos de ser malo, le es muy provechoso.

ficado, de que el hombre es susceptible, han recibido diversos nombres; no tardaremos en encontrar una ocasion de exâminarlos todos detalladamente.

A pesar de lo maravillosos, lo ocultos, ó lo complicados, que son ó parecen ser los modos de obrar, tanto visibles como invisibles, de la máquina humana, veremos, si la exâminamos de cerca, que todas sus operaciones, sus movimientos, sus mudanzas, sus diferentes estados, y hasta sus revoluciones, son reguladas por las mismas leyes que la naturaleza ha impuesto á todos los seres á quienes ha dado el ser; que desenvuelve, que dota de las facultades que le son necesarias, que engrandece, conserva cuidadosamente algun tiempo, y al fin destruye ó descompone, por medio de una transfiguracion. El hombre originariamente ó en su principio no es mas que un punto imperceptible, cuyas partículas se hallan en la mayor confusion, cuya movilidad y hasta la vida se escapa de la penetracion de nuestros sentidos, y en quien estamos lejos de observar todas las calidades que llamamos sensibilidad, inteligencia, pensamiento, fuerza, razon, etc. Así que este punto imperceptible se deposita en la matriz que le conviene, empieza á crecer rapida y progresivamente, por medio de la adiccion de las materias análogas á su ser

que, atraídas hácia sí, se combinan con él. Apenas sale de este lugar, que hasta allí fué necesario para conservar, desenvolver y fortificar los debiles rudimentos de su maquina, cuando su incremento se nos hace visible ; su cuerpo toma una extension considerable, sus movimientos se hacen declinables, todas sus partes se hacen sensibles, y enfín, se hace una masa activa y viviente ; es decir, una masa capaz de sentir, de pensar, y que poseé todas las calidades propias de un ser de su especie. Para llegar á poseer estas calidades, la masa se ha servido de una atraccion y combinacion continua de las materias que en sí encierra, y que llamamos inertes, insensibles é inanimadas, que le han procurado el aumento, reparacion y alimento necesario. Estas materias han llegado á componer un todo activo, que existe, que siente, que raciocina, que juzga, que desea, que delibera, que escoge, y finalmente, que es capaz de trabajar con mayor ó menor eficacia en su conservacion; es decir, en el sustento de la armonía de su misma existencia.

Todos los movimientos ó mudanzas que el hombre experimenta en el curso de su vida, provenientes ó de los objetos que le rodean, ó de los que en sí encierra, son favorables ó dañosas para su ser, son tan pronto conformes

como contrarias á la inclinacion esencial de su modo de existir, y en una palabra, le son ó deleytosas ó desagradables. Su naturaleza le impone el aprobar las unas y desaprobando las otras; unas le hacen dichoso y otras desgraciado; las unas forman el continuo objeto de sus deseos, mientras que las otras causan todos sus temores. Nada hay en los fenómenos que el hombre, desde su nacimiento hasta su muerte, nos presenta, mas que una serie de efectos necesarios y conformes á las leyes comunes de todos los seres de la naturaleza. Sus modos de obrar, sus sensaciones, sus ideas, sus pasiones, sus voluntades y sus acciones son todas derivadas de sus mismas propiedades, y de las de los seres que influyen sobre él. Todo lo que hace, y todo cuanto en él se pasa, proviene de la fuerza de inercia que tiene, de la gravitacion que hace sobre si mismo, de la virtud de atraer y repeler que posee, de la inclinacion que tiene naturalmente de conservarse, y finalmente de la energía que es natural, tanto á él como á todos los demas seres que vemos: esta en el hombre es la misma que en todos los demas seres, con la sola diferencia que su modo de manifestarse en él es distinto de aquel con que se manifiesta en los demas seres.

La verdadera causa de tanto error, como el

hombre ha embestado, es la de haberse creído siempre movido por sí mismo, capaz de obrar con su propia energía, y de ser independiente de las leyes generales de la naturaleza. Si se hubiese considerado atentamente, hubiera conocido que todos estos movimientos no son nada menos que espontáneos; hubiera también conocido que su nacimiento no depende de su voluntad, y que se halla introducido en el sistema en que ocupa un lugar, sin que sepa como ni por que; y finalmente, que desde el instante de su nacimiento, hasta el de su muerte, tiene que sufrir, el verse continuamente modificado y alterado, por unas causas que á su pesar influyen sobre toda su máquina, modelan su ser y dirigen su conducta. ¿Como es posible que un ser dotado de tanto instinto no pueda conocer que los fluidos y los sólidos de que su cuerpo se compone, y hasta su mecanismo oculto, que locamente creé independiente de toda causa exterior, está perpetuamente bajo la influencia de estas causas, sin las cuales no podría de ningún modo obrar? ¿Como puede ignorar que su temperamento no depende de ningún modo de su voluntad, que sus pasiones dimanán de este temperamento, que sus voluntades y acciones son movidas por sus pasiones, y en fin, por unas opiniones que de ningún modo se ha podido comunicar á sí mismo? Su

sangre, mas ó menos abundante ó caliente, sus nervios y sus fibras, mas ó menos tirantes ó relajadas, sus disposiciones durables ó pasajeras dejan jamas de decidir de sus ideas y movimientos ocultos ó visibles; ¿y su modo de ver y de pensar, de quien depende? sino del ayre diversamente modificado, de los alimentos que le mantienen, de las combinaciones secretas que se hacen en su interior, y que contribuyen poderosamente para conservarle en el orden, ó llenarle de desorden. Enfin todo cuanto el universo le presenta, hubiera debido convencerle que todo él no es mas que un simple instrumento pasivo, dirigido por la necesidad.

En un mundo en que todo está unido, y en que todas las causas estan encadenadas unas con otras, no puede haber ni energía, ni ninguna fuerza independiente ó aislada : de manera que la sola naturaleza, siempre activa, es la que señala al hombre el camino que debe seguir; ella es la que elabora y combina los elementos de que debe de componerse; ella es la que le dá su ser, su inclinacion y su modo de obrar particular; ella es la que desenvuelve sus partes, le hace crecer y le sostiene por un cierto tiempo, durante el cual tiene que cumplir con la obligacion que le fué impuesta; y enfin la sola naturaleza es la que le pone delante de su paso los objetos y acontecimien-

tos que le modifican, y hacen que goze de las sensaciones de pena y de placer. Tambien es ella que le dá el discernimiento y la capacidad de escoger los objetos, y de buscar los medios mas conducentes á su conservacion; y esta tambien es la que, despues de haberle hecho acabar su carrera, le conduce á su perdicion, y de este modo hace que pase por una ley general y constante, de la que nada de todo cuanto existe en el universo está exénto. Este es el modo con que el movimiento crea y sostiene al hombre por algun tiempo, hasta que le destruye y le obliga de volver á entrar en el seno de la naturaleza, la que en breve le reproduce multiplicado bajo una infinidad de formas diferentes, cada una de las cuales pasa por los mismos periodos, y al fin vuelve al mismo lugar, á que el *todo* habia ya venido á parar.

Los seres de la especie que llamamos humana son, como todos los demas, susceptibles de dos especies de movimientos: los primeros, de masa, por los cuales el cuerpo ó alguna de sus partes se trasladan de un lado á otro; los segundos son los movimientos internos y ocultos que algunas veces conocemos, y otras obran sin que sepamos como, y que solo podemos adivinar cuando vemos los efectos que han producido. Los movimientos de una mecánica

muy complicada, formada por la combinacion de un gran número de materias, variadas en cuanto á las propiedades, las proporciones y los modos de obrar, deben de ser extremadamente complicados. La lentitud y la rapidez de estos movimientos hace que sean ignorados aun de los mismos seres en quien se pasan.

No debemos pues sorprehendernos si el hombre se halló con tantos obstáculos cuando quiso averiguar lo que era su ser, y su modo de obrar; ni tampoco de las hypothesis que se creó para poder explicar el movimiento oculto de su mecánica, que veia moverse de un modo, para él, totalmente diferente del de los demas seres de la naturaleza. Desde luego vió muy bien que su cuerpo y todas sus partes obraban; pero no pudo averiguar la causa de este movimiento: no pudiendo dar mejor razon, se imaginó que encerraba en sí un principio motor, independiente de su máquina, que daba secretamente el impulso á sus resortes, se movia sin otro socorro mas que el de su propia energia, y era dirigido en sus acciones segun unas leyes totalmente diferentes de las que regulan los demas seres de la naturaleza. Conocia muy bien que tenia ciertos movimientos internos que se hacian conocer solo de él: pero ¿como habia de poder concebir que estos movimientos invisibles fuesen capaces de producir unos efec-

tos tan poderosos? ¿ como habia de poderse imaginar que una idea fugitiva, ó que un acto imperceptible del pensamiento, podrian, como sucede muy amenudo, llenar de sentimiento, y desordenar enteramente su ser? En una palabra, no encontrando medio alguno de averiguar tanto fenómeno, se figuró que tenia una substancia distinguida de sí mismo, y dotada de una fuerza secreta, á la cual atribuyó un caracter opuesto á aquello de las causas visibles, que obran sobre sus órganos, y aun á aquello de estos mismos; pero no se hizo cargo que la causa primitiva que hace que una piedra caga, ó que su brazo se mueva, es tal vez tan difícil de explicar, como la del movimiento interno que produce el pensamiento y la voluntad. De manera que, por no haber suficientemente meditado la naturaleza, por no haberla tomado en su verdadero sentido, y por no haber reparado la conformidad y la similitud de los movimientos de este imaginado *motor*, y de los de su cuerpo y de sus órganos materiales, llegó á figurarse que era, no tan solo un ser distinto, sino tambien de una naturaleza diferente de la de todos los demas seres, de una esencia menos complicada, y enfin que no tenia nada de comun con todo lo que veia. (1)

(1) Un autor anónimo dice que seria necesario tratar

De aquí han dimanado sucesivamente todas las nociones conocidas de espiritualidad, inmaterialidad, inmortalidad, etc. Como también tanta palabra vaga, como se han ido inventando poco á poco, á fuerza de sutilizar, para denominar los atributos de esta substancia desconocida, que el hombre creé poseer dentro de sí, y á la cual atribuye todas sus acciones. Para coronar tanta conjetura extravagante, como se habia ya hecho sobre esta fuerza motriz, llegaron á suponer que, diferente de todos los demas seres, y aun del cuerpo que la encierra, no tenia, como los demas, que perecer algun dia; que su simplicidad perfecta la impedia el descomponerse ó mudar de forma, y en fin que su esencia particular la hacia estar exenta de las revoluciones á que los cuerpos, como todos los demas seres compuestos que encierra en sí la naturaleza, estan expuestos.

de definir la vida antes de querer saber lo que es el alma:
- Pero me parece imposible el hacer esta definicion, porque hay en la naturaleza una infinidad de cosas únicas y simples, que nuestra imaginacion no puede ni dividir ni reducir á nada que sea mas simple que ellas mismas. De este numero son la vida, lo blanco y la luz, que hasta aquí no se han podido definir mas que por sus efectos. - Vease *Disertaciones varias*, pag. 252. La vida es únicamente el conjunto de los movimientos capaces de ser organizados, y el movimiento no puede ser mas que una propiedad de la materia.

De este modo se halló el hombre un compuesto de dos esencias distintas, y se creyó un ser compuesto de la union incompreensible de dos naturalezas que no tenían la menor analogía entre sí. Por consiguiente se dividió en dos substancias; una de ellas visiblemente sometida á las influencias de los seres groseros, y compuesta toda de materias inertas y toscas, fué llamada *cuerpo*; la otra, que creían simple, y de una esencia mas pura, fué considerada como capaz de obrar por sí misma, y de dar el movimiento á aquellos cuerpos con quien se hallaba unida milagrosamente: esta fué llamada *alma*, ó espíritu. Las funciones de la primera de estas substancias fueron llamadas físicas, corporales y materiales; las de la otra fueron llamadas espirituales é intelectuales. El hombre, considerado con relacion á las primeras, fué llamado hombre físico, y cuando se lo consideró relativamente á las últimas, hombre moral.

Estas distinciones, que han sido adoptadas por la mayor parte de los filósofos, no han sido fundadas mas que sobre suposiciones vagas. Ha sido siempre una máxima favorita de hombre la de remediar á la ignorancia en que se halla de alguna cosa, por medio de la invencion de un término al cual regularmente nunca puede dar ningun sentido. Apenas hu

bieron vislumbrado un poco la materia, cuando ya se figuraron perfectamente instruidos en ella, en todas sus propiedades, facultades, recursos, y sus diferentes combinaciones; y la verdad es que no hicieron mas que obscurecer ó tal vez borrar las pocas ideas que se habian podido formar de ella, asociandola con una substancia mucho menos inteligible. Por el mismo motivo, muchos especuladores, que creian obviar las dificultades y adelantar las artes, no han hecho mas que confundirse ellos mismos por haber creado una multitud de seres y palabras. Cuando han visto que no podian adivinar la verdad, han echado mano de las mas locas conjeturas, que, á fuerza de repasar, han llegado á considerar como realidades; y su imaginacion, habiendo perdido la experiencia que le servia antes de guia, se metió de un golpe en el laberinto de un mundo ideal ó intelectual, fruto de su acaloramiento; desde entonces no ha habido mayor dificultad que la de sacarlos de este abismo para hacerles seguir el camino recto que la experiencia sola nos enseña. Esta nos hará ver evidentemente que, tanto en nosotros mismos como en los demas objetos que tienen algun poder sobre nosotros, todo es la misma materia dotada de propiedades diferentes, combinadas diversamente, distintamente modificadas, y que obran

segun sus propiedades. En una palabra, el hombre no es mas que un todo organizado, compuesto de diferentes materias, y que sigue, como todos los demas seres de la naturaleza, unas leyes generales y conocidas, como tambien aquellas que le son peculiares y desconocidas. De manera que, cuando se nos pregunte ¿ que es el hombre? diremos que es un ser material organizado ó conformado de un cierto modo, que hace que pueda sentir, pensar, y ser modificado de ciertas maneras que le son particulares, como tambien á su organizacion y á las combinaciones particulares de las materias que se hallan reunidas en su composicion. Si se nos pregunta ¿ cual es el origen que atribuimos al hombre? responderemos que el hombre, como todos los demas seres, tiene su origen en la naturaleza, está sometido á las mismas leyes, y se le parece en la mayor parte, aunque suele tambien tener sus particularidades que le son anejas, determinadas por la diversidad de su conformacion. Si se nos preguntará ¿ de donde ha venido el hombre(1)?

(1) La teologia responde á esta pregunta de un modo enteramente positivo; no solamente nos dice de donde ha salido el hombre, sino que nos dice como vino, quien le trajo, y lo que dijo o hizo al momento de su aparicion sobre la tierra, y todo esto con la mayor exactitud, y sin la menor apariencia de duda. La filosofia

responderíamos que la experiencia no nos ha dado hasta ahora el medio de saberlo ; pero que esto nos debe de interesar muy poco : bástanos el saber que el hombre existe, y que está constituido de una manera capaz de producir los efectos de que le vemos susceptible.

Pero nos preguntarán ¿ si el hombre ha existido siempre? ¿ si la especie humana ha sido producida de toda eternidad, ó bien si no ha sido mas que la produccion instantanea de la naturaleza? ¿ si ha habido en todos los tiempos hombres como nosotros, ó si los habrá en todos los siglos? ¿ si se ha conocido siempre la diferencia de sexós, masculino y femenino? ¿ si ha habido un primer hombre, del que desciendan todos los demas? ¿ si el animal es anterior al huevo ó el huevo al animal? ¿ si las especies que no tienen principio no tendran tampoco fin? ¿ si estas especies son indestructibles, ó bien si pasan y se pierden como los individuos? ¿ si el hombre ha subsistido siempre como hoy es, ó si, antes de llegar á este estado, ha tenido que pasar por varios cambios y transfiguraciones? ¿ y finalmente, si puede lisonjearse de haber llegado á un estado fixo é in

verdadera, si se la hiciese esta pregunta¿ de donde ha venido el hombre? responderia : *no lo sé.*

variable, ó si la especie humana ha de tener aun algun cambio? Ahora bien nos diran : si el hombre es la produccion de la naturaleza, no tendrá esta dificultad alguna en producir nuevos seres, y de hacer que desaparezcan totalmente los antiguos. Enfin, si concedemos esta suposicion, se nos preguntará; porque la naturaleza no produce á nuestra vista nuevos seres, ó nuevas especies ?

Parece muy facil el tomar el partido que mejor nos convenga sobre este particular, que es en sí de muy poca importancia. Cuando la experiencia nos falta, la hypótesis debe satisfacer nuestra curiosidad, que regularmente sale de los límites que han sido prescritos a nuestros sentidos. En este caso, el observador de la naturaleza dirá, no hay ninguna contradiccion en suponer que la especie humana, (segun lo que en el dia es) haya sido producida, ó bien en un principio, ó de toda eternidad ; tampoco hallará ningun dificultad en creer que esta especie ha llegado al estado en que se halla por medio de muchas variaciones, ó de un desenvolvimiento continuo. La materia, á la verdad, es eterna y necesaria ; pero sus combinaciones y sus formas son pasajeras, ¿ y que es el hombre? sino la materia combinada, cuya forma varia á cada momento.

No obstante, hay varias reflexiones que pa-

recen favorecer, ó que á lo menos dan una probabilidad á la idea de que el hombre ha tenido un principio, que conviene particularmente al globo que habitamos, y que por consiguiente no puede tener mayor antigüedad que la de este mismo globo, que es un mero resultado de las leyes particulares que le dirigen. La existencia es absolutamente esencial para el universo, ó para el conjunto total de materias diversas que vemos; pero las combinaciones y las formas no le son de ningun modo esenciales. Si admitimos esta definición, debemos igualmente admitir que, aunque las materias que componen nuestra tierra hayan siempre existido, puede muy bien ser que esta tierra no haya siempre tenido ni la misma forma ni las mismas propiedades que ahora tiene; y aun que no sea mas que una parte pequeña que se ha soltado de algún cuerpo celeste, ó tal vez meramente el restiltadô de las manchas ó costras que los astrónomos dicen ver en la superficie del sol, y que se han derramado sobre nuestro sistema planetario. ¿y quien sabe si este globo no es un cometa apagado y mal colocado, que en otros tiempos tenia su lugar en las regiones del espacio? que por consiguiente era entonces capaz de producir *seres* muy diferentes de los que ahora produce, por que entonces su posicion, siendo

muy otra, debia necesariamente haer que todas sus producciones fuesen muy distintas de las que ahora son. En cualquiera de estos casos, las plantas, los animales y los hombres deben ser considerados como las producciones peculiares de nuestro globo en su estado actual. Si el globo, por medio de alguna revolucion inesperada, llegase á cambiar de lugar, no hay la menor duda que sus producciones cambiarian enteramente. Una razon que da mucha fuerza á esta hipótesis, es que todas las producciones de nuestro globo varian segun los diferentes climas que las producen. Los hombres, los vegetales, los minerales y los animales no son nunca los mismos en pay-ses diferentes : todo al contrario, se encuentra varias veces una diferencia marcada, aunque la distancia que les separa sea muy pequena. El elefante es natural de la zona torrida, el regífero del clima elado del norte; el Indostan es la patria del diamante, que no se encuentra en nuestros pay-ses ; el ananas crece en America en campo raso ; pero en nuestro clima solo crece cuando se halla bajo un sol que le es análogo ; y finalmente, los hombres varian, segun el clima, de fuerza, de color, de estatura, de conformacion, de industria, de valor, y aun de las facultades del anima : pero, ¿ que es lo que constituye el clima ? La diferente

posicion de los partes de nuestro globo, con relacion al sol ; esta posicion es suficiente para hacer que sus producciones sean enteramente diferentes. Se puede pues conjeturar, con bastante fundamento, que, si por algun accidente nuestro globo llegase á mudar de lugar, todas sus producciones cambiarian igualmente, pues que las causas no siendo las mismas, los efectos deben necesariamente ser distintos. Aunque toda produccion puede conservarse y mantenerse en su existencia, no por eso deja de tener que aliarse y cooperar con el *todo* de que dimanan, pues si no lo hiciesen, no podrian existir. Lo que llamamos *orden del universo* no es mas que la facilidad que estas producciones tienen de cooperar y coordinarse relativamente ; y lo que llamamos *desorden* es la falta de esta alianza. Las producciones que llamamos monstruosas son las que no tienen la facultad de coordinarse con las leyes generales ó particulares de los seres que las rodean, ó de los *todos* en que se encuentran tal vez. En el principio de su formacion, pudieron conformarse con estas leyes, pero habiéndolas hallado opuestas á su perfeccion en lo sucesivo, tienen por fuerza que cesar de existir : el ejemplo le tenemos en la especie de analogía que reyna entre dos especies muy distintas de animales, y que produce

las mulas y los machos; pero estas producciones no pueden propagarse. El hombre no puede vivir sin ayre, ni el pez sin agua: que se meta el hombre en el agua, y se saque el pez al ayre, y se verá que, por falta de poder congeniar con los fluidos que les rodean, ambos animales perecen en muy poco tiempo. No tenemos mas que sacar un hombre de nuestro planeta, y pasarle al de Saturno, y veremos en breve su pecho despedazado por un ayre demasiado rarificado; el frio intenso helará sus miembros, y al fin perecerá victima de la falta de elementos análogos á su existencia: que se lleve otro hombre á Mercurio, y el calor tendrá sobre él el mismo efecto que el frio tuvo sobre el otro.

Todos estos ejemplos nos hacen ver claramente que el hombre es una produccion peculiar de nuestro globo en su estado actual, y que si este estado cambiase de lugar, el hombre cambiaria de figura ó desaparecería enteramente. La razon ya la hemos dado, que solo lo que es congenial, ó que puede cooperar con el todo, puede existir. Esta aptitud que el hombre tiene para aliarse con el todo, es la que le dá la idea del orden, y aun le hace decir que todo está bien, en igual que todo es únicamente lo que puede ser, ni bueno, ni malo; no hay mas ou

incomodar á un hombre, ó hacerle cambiar de lugar, para que diga que todo el universo está *desordenado*.

Estas reflexiones parecen contradecir las ideas de los que han querido hacernos creer que los demas planetas tienen sus habitantes, que son nuestros semejantes. Pero, si hay una diferencia tan palpable entre un Lapon y un Hotentote, cual debe de ser la que existe entre un habitante de nuestro planeta y los del de *Saturno* ó de *Venus*.

Dejemos estas opiniones á parte, y digamos que si se nos obliga á valernos de nuestra imaginacion para llegar al principio de las cosas, ó á la cuna del género humano, diremos que el hombre probablemente ha sido la consecuencia necesaria del esfuerzo de nuestro globo, ó de uno de los resultados de las calidades, propiedades y energía de que su situacion actual le hace capaz; que nació de ambos sexos; que su existencia esta coordinada con la de este globo; que mientras que este subsista, el tambien subsistirá, y se propagará por medio de las mismas leyes que le han hecho ya existir; y finalmente que si esta coordinacion se acabase, ó que si la tierra cambiase de lugar, y dejase de recibir los mismos impulsos que las causas que obran actualmente sobre

ellas les dan, la especie humana se perderia, y daria su lugar á otros seres diferentes, que se coordinarian con el nuevo sistema que entonces ocuparia el lugar del presente.

Suponiendo que nuestro globo haya tenido sus mudanzas, ¿como podremos negar que puede haber tanta diferencia entre el hombre actual y el primitivo, como entre un cuadrupedo y un insecto? En este caso, tanto el hombre, como todo cuanto existe en nuestro globo y en los demas, debe estar sujeto á muchas vicisitudes; por lo que el último termino de la existencia del hombre nos debe ser tan desconocido y tan indiferente, como el primero. Por consiguiente podemos creer, sin temer ninguna contradiccion, que las especies varian continuamente, y que nos es tan imposible el saber lo que seran, como el saber lo que han sido.

Si alguno nos pregunta: ¿por que la naturaleza no crea algun nuevo ser? responderemos preguntándole á él, ¿que motivo tiene para creer que así no sea? ¿Quien le autoriza á decir que la naturaleza es esteril? ¿acaso sabemos si en sus combinaciones ocultas no se ocupa, sin que los observadores lo puedan penetrar, en formar nuevos seres? ¿Quien les ha dicho que la naturaleza no está en este momento recogiendo en su inmenso laboratorio los ele-

mentos de que necesita para formar alguna generacion enteramente diferente de las especies existentes? (1) ¿Que inconsecuencia ó que absurdidad puede haber en creer que llegará un dia en que el hombre, el caballo y el pez cesen de existir? pues que estos animales son tan necesarios á la naturaleza, que le seria imposible el ejercer sus funciones sin ellos, ¿Hay algo de todo cuanto nos rodea que no cambie? ¿y no cambiamos nosotros mismos? ¿Hay cosa mas evidente que el universo entero en su duracion pasada, no ha sido un solo minuto el mismo que ahora es, y que del mismo modo no será, en su duracion futura, el mismo un solo instante? ¿Quien puede atreverse á decir lo que la sucesion continua de destrucciones y reproducciones, de combinaciones y disoluciones, de metamórfofis, de

(1) ¿Quien sabe si un ser animado, ó cualquiera otra produccion que el hombre cree haber sido creada con él, no es una produccion posterior é instantanea de la naturaleza? Hace cuatro mil años que el hombre vé, y conoce bien el leon: pero quien sabe si el leon, que vió hace cuatro mil años, no contaba ya otros tantos de existencia antes que el hombre, que debia temblar á su vista, le viese por la primera vez? ó bien, si este leon no ha sido creado cuatro mil años despues del orgulloso animal que se llama á si mismo señor del universo?

transposiciones y de mudanzas, puede llegar á crear. Los soles se apagan y desmoronan, los planetas perecen y se dispersan en las regiones del ayre : estos soles son remplazados, como los planetas, por otros que forman sus revoluciones y siguen nuevos caminos. El hombre solo, aunque una de las partes mas pequeñas del globo, que no es en sí, mas que un punto imperceptible de la inmensidad, el hombre solo cree que el universo se hizo para él ; se imagina que es el confidente de la naturaleza ; se cree eterno, y se dá orgullosamente el nombre de *señor de toda la naturaleza*.

Hombre insensato ! no llegaras nunca á conocer que no eres mas que un simple ser efímero ! Todo en el universo tiene sus cambios ; en toda la naturaleza no hay una sola forma constante : tu solo tienes la locura de querer que tu especie sea eterna y exénta de las leyes generales, que quieren que todo se altere ! Desgraciado ! aun en el mismo ser actual, de que tanto te glorificas, ¿ no estas sujeto á una infinidad de alteraciones ? Tu, que en medio de tu locura te dices el señor del universo ; tu, que mides el cielo y la tierra ; tu, que, porque eres inteligente, crees que todo ha sido hecho para ti... el mas ligero accidente, un solo atomo mal colocado, basta para hacerte perecer, para degradarte, y para arrebatarte

la poca inteligencia de que tanto te vanaglorias.

Si todas las conjeturas precedentes fuesen refutadas; si se quisiese probar que la naturaleza obra segun unas leyes inmutables y generales; si se afirmase que el hombre, el animal, el pez, la planta, etc., son eternos, y deben quedarse eternamente los mismos; si se asegurase que los astros han alumbrado el firmamento de toda eternidad; si se nos digese que no se debe preguntar porque el hombre es lo que es, como tampoco porque la naturaleza está como la vemos, ni porque el mundo existe, nada tendríamos que decir: sea cual fuese el sistema que se adopte, siempre será suficiente para borrar las dificultades que nos embarazan, y, si se las considera de cerca, se verá que no tienen nada que ver con las verdades que la experiencia nos ha dado. El hombre no puedes aberlo todo, ni tampoco conocer su origen; no le es permitido, ni el penetrar la esencia de las cosas, ni el indagar su primer principio: pero si, el tener razon y buena fe, el convenir ingenuamente en que ignora lo que no sabe, y el no substituir á sus incertidumbres una caterva de palabras ininteligibles y de suposiciones absurdas. De modo que responderemos á aquellos que, por apartar todas las dificultades, aseguran que la espe-

cie humana descende de un primer hombre y de una muger, creados ambos por la divinidad; que, aunque tenemos algunas ideas de la naturaleza, ninguna tenemos de la divinidad, ni de la creacion; y que el servirse de estas palabras no es mas que confesar que se ignora la energía de la naturaleza, y que no se sabe como ha podido producir los seres que vemos. (1)

Concluyamos de todo esto que el hombre no tiene ningun motivo para creerse un ser privilegiado por la naturaleza, pues que está sujeto á las mismas vicisitudes que sus demas producciones; todas sus prerogativas no tienen mas que los mas absurdos fundamentos. Que su pensamiento le haga superior á sus demencias, y no tardará en hallar que su especie es la misma que la de los demas seres; verá tambien que, así como un arbol produce los frutos peculiares de su especie, así el hombre, segun su energía particular, produce sus frutos, que son sus acciones y sus obras, igualmente necesarias; se convencerá que la ilusion que le dá

(1) *Ut tragici poetae confugiunt ad deum aliquem, cum aliter explicare argumenti exitum non possunt. Cic. de Divinatione, lib II; á lo que añado: Magna stultitia est earum rerum deos facere effectores, causas rerum non quærere. Ibid.*

tan buena idea de sí mismo proviene de que es al mismo tiempo espectador y porción del universo; y finalmente llegará á conocer que la idea de la excelencia de su ser no tiene mas fundamento que el de su propio interes, y la predileccion natural que guarda para consigo mismo. (1)

(1) La naturaleza no puede encerrar en sí nada que sea vil ó despreciable; nuestro orgullo y la idea que nos hemos hecho de nuestra superioridad son los que causan el desprecio con que miramos algunas de sus producciones, sin saber que esta madre comun tiene tanto cariño para ellas como para nosotros, que nos imaginamos ser el solo objeto de su predileccion. La ostra, que vegeta en lo mas profundo del mar, es tan interesante y tan querida de la naturaleza, como el bipedo que la devora.

CAPITULO VII.

DEL ALMA, Y DEL SISTEMA DE LA ESPIRITUALIDAD.

DESPUES de haber, como hemos visto, atribuido al hombre dos *substancias* distintas, han llegado á asegurar que la substancia que obraba invisiblemente en su interior era esencialmente distinta de la que obraba exteriormente: la primera fué denominada espíritu ó alma. Pero si preguntamos, ¿ que cosa es un espíritu? los modernos nos responderan que todas sus pesquisas metafísicas no han llegado mas que á saber que lo que hace obrar al hombre es una substancia de una naturaleza desconocida, tan simple, tan indivisible, tan privada de extension, y tan difícil de ser conocida por nuestros sentidos, que ni la abstraccion, ni aun el pensamiento, pueden llegar jamas á separar sus partes. Pero, ¿ como hemos de poder formarnos alguna idea de una substancia que está en oposicion con todo cuanto conocemos? ¿ como nos podremos fi-

gurar una substancia que, careciendo en sí misma de extension, tiene la facultad de obrar sobre nuestros sentidos, es decir, sobre los órganos materiales que la poseen? ¿como puede un ser sin extension ser movable, y capaz de poner una materia en movimiento? y finalmente, ¿como una substancia sin partes puede hallarse sucesivamente en los diferentes puntos del espacio?

Efectivamente todo el mundo concede que *el movimiento*, es la mudanza sucesiva de relaciones entre un cuerpo y los diferentes puntos de un lugar, de un espacio ó de otros cuerpos: si lo que se llama espíritu es capaz de comunicar ó de recibir un movimiento; si obra, ó si hace obrar los órganos de un cuerpo, debe, para producir todos estos efectos, cambiar sucesivamente de relaciones, de inclinacion, de correspondencia, y en fin, todas sus partes deben mudar de lugar relativamente á los diferentes puntos del espacio, ó á los diferentes órganos de los cuerpos á quien comunica la accion. Pero, para cambiar sus relaciones con el espacio y los órganos que mueve, es preciso que este espíritu goze de extension y solidez, y por consiguiente que tenga algunas partes distintas. Si una substancia tiene todas estas calidades, es claro que pertenece á la especie que llamamos material

y no puede, según los modernos, ser mirada como un ser meramente simple. (1)

Es claro que los que han atribuído al hombre una substancia inmaterial é independiente de su cuerpo, no se han entendido á sí mismos: todo lo que han hecho ha sido imaginarse una calidad negativa de la cual no han podido entender la idea. La sola materia es capaz de obrar sobre nuestros sentidos, y sin ella nada podríamos entender. Tampoco han llegado á comprender que un ser que no tiene nin-

(1) Los que pretenden hacernos creer que el alma es un ser simple no dexaran de confesar que los materialistas, y aun los mismos físicos, convienen que todos los cuerpos que vemos poseen sus elementos, sus átomos y sus seres simples é indivisibles: pero estos cuerpos simples ó átomos, como dicen los físicos, no son de ningún modo los mismos que las almas de los modernos metafísicos. Cuando se dice que un átomo es un ser simple, solo se dá á entender que es puramente homogéneo y sin mezcla; pero al mismo tiempo se quiere decir que tiene extensión, y por consiguiente que tiene sus partes capaces de ser separadas por el pensamiento, aunque de ningún modo lo pueden ser por ningún agente natural. Los seres simples que acabamos de describir pueden muy bien tener un movimiento; pero los de la especie que los teólogos nos dan no pueden, según toda probabilidad, ni tener movimiento, ni mucho menos comunicarlo á otros cuerpos.

guna extension no puede ni moverse á sí mismo, ni mover otro cuerpo. La razon es evidente: un ser que no tiene partes, no puede absolutamente cambiar de relaciones ni de distancia, con respeto á otros cuerpos, ni mucho menos excitar el menor movimiento en un cuerpo enteramente material como el humano. Lo que llaman *alma* se mueve al mismo tiempo que nosotros; luego el movimiento es una propiedad de la materia. Esta *alma* hace mover nuestro brazo, y este, movido por ella, hace una impresion ó un choque que sigue las leyes generales del movimiento: de manera que, si la masa fuese doble y la fuerza la misma, el choque seria tambien doble. Los obstáculos que el cuerpo pone al alma algunas veces prueban, sin dejar ninguna manera de duda, que este espíritu es completamente material: como, por exemplo, si mueve mi brazo cuando está libre, ¿porque no le mueve tambien cuando está cargado de algun gran peso? Aquí tenemos una masa de materia que por sí sola impide todo impulso dado por una causa espiritual, la que, no teniendo ninguna analogía con la materia, deberia menear el mundo entero con la misma facilidad con que menea uno de sus atomos. De aquí se infiere que semejante ser no tiene cabida mas que en una imaginacion turbada.

No obstante, la locura de los hombres ha hecho que el motor de la naturaleza entera sea un ser tan *simple*, ó un espíritu semejante! (1)

Es imposible percibir ó sentir un movimiento sin que al mismo tiempo se reconozca una extension, una solidez, una densidad y una impenetrabilidad en la substancia que veo moverse, ó de la cual recibo un movimiento ; de manera que, desde el momento que atribuyo uno á una causa cualquiera, me veo en la precision de considerarla como material. Puedo tal vez engañarme en cuanto á su naturaleza particular y su modo de obrar, pero de ningun modo me engañaré en cuanto á las propiedades generales y comunes de toda la naturaleza ; en todo caso, mi ignorancia no haria mas que aumentarse, aun cuando la supusiese de una naturaleza de que no puedo formarme la menor idea, y que, ademas de esto, la privaria

(1) Los hombres han tomado el modelo del espíritu universal del *alma* humana, y el de la inteligencia infinita del *de* la definida ; la primera les ha servido para explicar las relaciones que una alma tiene con su cuerpo ; pero en esto se olvidan que giran en un círculo vicioso ; y que aun no se ha visto tampoco que el *espíritu* ó la inteligencia, definidos ó indefinidos, tengan la menor facilidad para mover la materia.

de toda facultad de obrar y de moverse. De modo que, pues que una substancia espiritual que se mueve y que obra implica contradiccion, debo creer que su existencia es fabulosa é imposible.

Los partidarios de la espiritualidad creen poder resistir á las muchas dificultades que les atacan, con decir que *el alma se halla toda entera bajo cada punto de su extension*. Pero es muy facil de echar de ver que esta manera de responder á la cuestión es enteramente absurda, pues es preciso conocer que este punto, á pesar de su disminucion ó de su pequeñez, debe necesariamente ser alguna cosa. (1) Pero, aun cuando hubiese en esta respuesta alguna solidez, y de cualquiera modo en que se encuentre mi espíritu ó mi *alma* en su extension, cuando mi cuerpo se mueve hácia adelante, bien seguro que mi *alma* no

(1) Esta respuesta probaria, si fuese verdadera, la cosa mas absurda, que es que una infinidad de extensiones, ó una sola extension repetida una infinidad de veces, constituiria una extension. Por otra parte, este principio nos probaria que el *alma* es tan infinita como Dios, pues que Dios es un ser sin extension, que se halla una infinidad de veces todo entero bajo cada parte del universo ó de su extension, que es lo mismo que lo que sucede al *alma* humana: de esto dimanaria que Dios y el alma del hombre son tan infinitos uno como otro, á

se quedará atrás; luego tiene una calidad comun con mi cuerpo, y propia á la materia, pues que se mueve de un lado á otro con él. De modo que aun cuando el *alma* fuese inmaterial, ¿que consecuencia sacaríamos? Estando, como se ha probado, que está sometida á los movimientos del cuerpo, se quedaria inerta y muerta si llegase á ser abandonada de él; entonces el alma no seria mas que una máquina duplicada que seguiria ciega y necesariamente el movimiento del todo; y se pareceria á el pajaró que un *niño* hace ir á donde quiere, por el hilo con que le tiene atado.

Por no haber consultado la experiencia y escuchado la razon, los hombres han obscurecido sus ideas sobre el principio oculto de sus movimientos. Si, dejando á parte toda preocupacion, exáminamos nuestra *alma*, ó el movíl que obra en nuestro interior, nos convencere-

menos que se fabricasen algunas inextensiones de diferentes extensiones, ó bien un dios sin extension, mas extenso que el alma humana; Tales son los disprates que quisieran inculcar en el sentido de unos seres capaces de reflexionar! Para que el alma humana fuese inmortal, los teólogos han hecho de ella un ser espiritual é ininteligible. ¿Y porque no la hicieron de el último termino posible de la division de la materia? A lo menos entonces hubiera sido inteligible; entonces inmortal, como átomo, elemento indisoluble.

mos facilmente que no es mas que una parti de nuestro cuerpo, que la abstraccion sola es capaz de hacer alguna diferencia entre ella y él, y finalmente que no es nada mas que el mismo cuerpo considerado con relacion á algunas de las funciones ó facultades de que es susceptible por su naturaleza y su organizacion particular. Veremos tambien que el alma tiene que pasar por las mismas mudanzas que el cuerpo, que nace y se desenvuelve con él, que tiene que pasar como él por un estado de infancia, de debilidad y de inexperiencia, que crece y se fortifica con la misma progresion; y que entonces, y *no antes*, es capaz de llenar sus funciones, de gozar de la razon, y demostrar mas ó menos talento, juicio y actividad. Todas las vicisitudes que influyen sobre el cuerpo influyen igualmente sobre ella: goza y sufre como él; tiene los mismos placeres y las mismas penas; está sana cuando el cuerpo lo está, y mala cuando este sufre alguna enfermedad. Los diferentes grados de peso del ayre, las variedades de las sazones, y los alimentos tienen tanta influencia sobre ella como sobre él; y en fin, no podemos menos de conocer que en ciertos periodos dá señales nada equivocadas de entorpecimiento, de decrepitud y de muerte.

A pesar de esta analogía, ó, por mejor decir,

de esta identidad de estados entre el alma y el cuerpo, hay algunos que han querido distinguirla en cuanto á la esencia, y han llegado á hacer de ella un ser incapaz de poder ser conocido, del que, para poderse formar alguna idea, tubieron que recurrir á los seres materiales y á su modo de obrar. Efectivamente, ¿ que entendemos por espíritu? sino una respiracion ó un soplo. Luego cuando se nos dice que el alma es un espíritu, quieren significarnos que su modo de obrar es como el del soplo, el que, á pesar de su invisibilidad, opera un efecto visible, ó que obra sin ser conocido. Pero el soplo es una substancia material, pues que no es mas que un ayre modificado, y no una substancia simple como la que los modernos llaman espíritu. (1)

Aunque la palabra *espíritu* es efectivamente

(1) La palabra hebrea *bovah* significa *spiritus, spiraculum vitæ*, soplo, respiracion; la palabra griega *πνευμα* significa lo mismo, y es derivada de *πνεω*, spiro. Lactancio afirma que la palabra latina *anima* se deriva de la palabra griega *ανιμος*, que quiere decir *viento*. Algunos filósofos, que sin duda temian el ver demasiado claramente la naturaleza humana, la hicieron triple, y afirmaron que el hombre se componia de cuerpo, alma y entendimiento: *σωμα, ψυχη, νους*. Veaase Marc. Antonin, lib. III, parag. 16.

muy antigua entre los hombres; la significacion que le dan es muy moderna, y la idea de la espiritualidad que tenemos en el día es una produccion muy reciente de la imaginacion. Efectivamente, ni Platon ni Pitágoras, á pesar de su imaginacion acalorada y de su inclinacion conocida para todo lo maravilloso, no parecen haber entendido por espíritu una substancia inmaterial y privada de extension, como aquella que los modernos quieren atribuir al alma humana y al motor oculto de todas nuestras acciones. Los antiguos han querido darnos á entender con la palabra espíritu una *materia* muy sutil y mucho mas pura que la que obra groseramente sobre nuestros sentidos; y por consiguiente, los unos consideraron el alma como una substancia aerea; otros como una materia ignea; otros la comparan á la luz. Demócrites la hacia consistir en el movimiento, y por consiguiente la determinaba; Aristóxenes, que era musico, la hizo armonía; Aristóteles la consideró como una fuerza motriz de la cual dependian todos los movimientos del cuerpo. (1)

Es evidente que los primeros doctores del cristianismo no tubieron mas que ideas mate-

(1) Pitágoras la consideraba como una sombra.

riales del alma ; (1) Tertuliano, Arnobe, Clemente de Alexandria, Oríxenes, Justin, Ireneo, etc. , la han mencionado como una substancia corporal. El hacer del alma humana y de la divinidad, ó del alma del mundo, unos espíritus puros ó substancias inmateriales, de las cuales es imposible poderse formar la menor idea, estaba reservado para sus sucesores, que hicieron este descubrimiento mucho tiempo despues de la muerte de aquellos sabios : y poco á poco, el dogma incomprehensible de la espiritualidad, mas conforme sin duda, que todo otro, á los principios de una teologia que se hace una ley de hacer perder el sentido á los que la siguen, triunfó de los demas. (2) Todos creyeron que este

(1) Segun Origenes, *ασωματος, incorporeus*, epíteto dado á Dios, significa una substancia mas sutil que la de los cuerpos groseros. Tertuliano dice positivamente : *quis autem negabit Deum esse corpus, et si Deus spiritus? Este mismo escritor vuelve á decir: Nos autem animam corporalem et hic profitemur, et in suo volumine probamus, habentem proprium genus substantiæ, soliditatis, per quam quid et sentire et pati possit. Vease de Resurrectione carnis.*

(2) Descartes es el que ha dado todas las pruebas que dicen poderse dar en favor del sistema de la espiritualidad, que se sigue en el dia. Aunque el alma habia sido considerada ya como espiritual, el es el primero que

dogma era divino y sobrenatural, solo porque el entendimiento humano no podia concebirle; y desde entonces, todos cuantos creyeron que el alma ó la divinidad podian ser materiales, fueron considerados como temerarios ó insensatos. Si el hombre llega á renunciar á la experiencia y á abjurar la razon todos los dias, no hará que sutilizar cada vez mas los delirios de su imaginacion, meterse mas profundamente en el error, y felicitarse como un loco de sus imaginados descubrimientos y de sus luces, mientras que su entendimiento no hace que envolverse mas y mas en las nubes de la ilusion. Este es el motivo por que, á fuerza de raciocinar sobre los principios mas falsos, el alma ó el principal motor del hombre, como tambien el motor oculto de la na-

ha establecido que todo lo que piensa debe ser distinguido de la materia; de lo que infiere que nuestra alma, ó lo que piensa en nosotros, es un espíritu; es decir una substancia simple é indivisible. ¿No hubiera sido mas natural el inferir que, pues el hombre, siendo solamente una materia, y no teniendo sus ideas mas que por ella, tiene la facultad de pensar, la materia tambien puede pensar ó es susceptible de la modificacion particular que llamamos pensar? Vease el diccionario de Bayle, al artículo *Pomponace* y *Simonidos*.

turaleza, se han hecho unas meras ilusiones, espíritus y seres imaginarios. (1)

El dogma de la espiritualidad no ofrece en efecto mas que un conjunto de ideas vagas, ó, por mejor decir, una falta total de ellas. ¿Que puede presentar al entendimiento una substancia que no es nada de lo que nuestros sentidos nos permiten conocer? ¿Como nos podemos figurar un ser que, á pesar de no tener nada de la materia, obra sobre ella, sin tener ni puntos de contacto ni la menor analogía, y que no obstante recibe las impulsiones de la materia por medio de los órganos materiales que le dan la noticia de la presencia de los seres? ¿Como podemos concebir

(1) En recompensa de la poca razon y filosofia que se encuentra en el sistema de la espiritualidad, no se puede negar que la política de los teólogos ha sido de las mas profundas y refinadas. Era de toda necesidad el hacer que parte del hombre fuese exenta de disolucion, para que fuese susceptible de recompensas y castigos. Esto nos demuestra claramente lo util que este dogma era para los curas, que por su medio intimidaban, gobernaban y despojaban los ignorantes, y aun enredaban las ideas de los pocos hombres un poco instruidos, que no podian saber á que atenerse entre la idea del alma y de la divinidad. No obstante, los curas nos dicen que el alma será quemada en el infierno, de manera que sufrirá el castigo material del fuego, siendo elle en sí inmaterial!

que existe una union entre el alma y el cuerpo, y como puede este ligar, encerrar, constreñir y determinar un ser fugitivo que elude todas las pesquisas de nuestros sentidos? ¿ Como se puede asegurar de buena fé, que para explicar estas dificultades, es preciso creer que todo es el efecto de los misterios de un ser todo poderoso, mucho mas inconceivable que el alma humana y que su modo de obrar? El querer resolver estos problemas por medio de milagros y de la intervencion de la divinidad, no es mas que confesar su ignorancia ó su deseo de engañarnos.

No nos asombremos pues de las hipótesis tan ingeniosas, como poco capaces de satisfacer, á que las preocupaciones teológicas han hecho que los mas profundos especuladores modernos hayan tenido que recurrir siempre que han querido conciliar la espiritualidad del alma con la accion física que los seres materiales hacen sobre esta substancia incorporeal, con la reaccion que hace sobre estos seres, y su union con el cuerpo. Cuando el entendimiento humano renuncia al testimonio de sus sentidos, y se deja guiar por el entusiasmo de la autoridad, el error es la consecuencia infalible de su facilidad. (1)

(1) El que quiera formarse una idea de los lazos que

Para formarnos una idea verdadera del alma, no tenemos mas que someterla á la experiencia, renunciar á toda preocupacion, desecher las conjeturas teológicas, y rómper los velos sagrados cuyo solo objeto es el de cerrarnos los ojos, y confundir nuestra razon. Que los físicos, los anatomistas y los medicos reunan sus experiencias y sus observaciones, y que nos digan su modo de pensar sobre una substancia que todos se han dado la mano en hacer desconocida; que sus descubrimientos hagan ver al moralista los verdaderos moviles que pueden influir sobre las acciones de los hombres; á los legisladores, los medios de que deben valerse para excitar todos á trabajar en el bien general de la sociedad; y á los soberanos los medios de hacer verdadera y solidamente dichas las naciones sometidas á su gobierno. Las almas y las necesidades físicas requieren la misma felicidad, y los objetos reales deben preferirse á las

la teologia ha tendido al ingenio de los filósofos cristianos, no tiene mas que leer las novelas metafísicas de Leibnitz, de Descartes, Mallebranche, Cudworth, á lo que se puede añadir las ilusiones ingeniosas conocidas bajo los nombres de sistemas de *la harmonia preestablecida*, de *las causas ocasionales*, de *la promocion física*, etc.

ilusiones de que nos han llenado la imaginacion durante tantos siglos. Trabajemos en lo fisico del hombre, hagamosele agradable, y no tardaremos en ver su moral mejor y mas dichosa, su alma pacifica y serena, y su voluntad determinada á seguir la virtud, por los motivos naturales y palpables que les presentaremos. La atencion con que un buen legislador se ocupa de lo fisico forma los ciudadanos sanos, robustos, bien constituidos, y capaces de recibir con facilidad las impulsiones utiles que se querran dar á sus almas. Mientras que los cuerpos sufran, y las naciones sean desgraciadas, las almas seran siempre viciosas : *mens sana in corpore sano*. Esto es lo que puede constituir un buen ciudadano.

Cuanto mas reflexionemos, mas nos convenceremos que el alma, lejos de deber ser distinguida del cuerpo, no es otra cosa mas que este mismo, considerado relativamente á algunas de sus funciones, ó á alguno de sus modos de obrar ó de ser, de que, mientras le dura la vida, es susceptible. De manera que el alma no es mas que el hombre considerado con relacion á la facultad que tiene de sentir, de pensar y de obrar, resultado de su misma naturaleza, es decir de sus propiedades, de su organizacion articular, y de las modifica-

ciones durables y transitorias que se hacen en su máquina por los seres que obran sobre ella. (1)

Los que han separado el alma del cuerpo no han hecho mas que establecer una diferencia en su mismo cerebro. En efecto, éste es el centro comun á donde van á parar y confundirse todos los nervios que se encuentran en todas las partes del cuerpo humano : este organo interior es el que ejecuta todas las operaciones que atribuimos al alma, que

(1) Cuando se les pregunta á los teólogos, que se obstinan en querer que haya dos substancias esencialmente diferentes, porque multiplican los seres sin necesidad, responden : porque el pensamiento no puede ser una propiedad de la materia. Se les pregunta entonces si Dios no es bastante poderosa para comunicar el movimiento á la materia, responden que Dios no puede hacer cosas imposibles. Pero, en este caso, los teólogos no son mas que unos ateos declarados ; porque, segun sus principios, el espíritu ó el pensamiento son tan incapaces de producir la materia, como esta de producirlos á ellos ; de lo que inferiremos contra ellos, que un espíritu no ha podido producir el mundo, ni el mundo un espíritu ; que el mundo es eterno, y que, si se admite el que haya un espíritu eterno, segun ellos, habrá tambien dos seres eternos, lo que seria una absurdidad. De modo que, si hay algun ser eterno, el mundo solo es capaz de serlo, pues que, segun ellos, solo el que existe puede ser eterno.

Alma

no consisten mas que en impresiones, cambios y movimientos comunicados á los nervios, que son los que modifican el cerebro; y este por consiguiente rehace y dá el movimiento á los órganos del cuerpo, ó bien obra sobre sí mismo, y se hace capaz de producir en su propia esfera una grande variedad de movimientos, que han recibido el nombre de *facultades intelectuales*.

Esto nos demuestra que algunos observadores han querido hacer una substancia espiritual de este cerebro material, y hace enteramente evidente que la ignorancia sola ha sido capaz de producir y de acreditar un sistema tan poco natural. Si se hubiera estudiado el hombre con atencion, no se le hubiera atribuido un agente de una especie diferente de su cuerpo. Si examinamos este cuerpo, veremos que, para explicar todos los fenómenos que nos presenta, no tenemos necesidad de ninguna de esas hipótesis, que no hacen mas que apartarnos del camino de la verdad. Lo que hace que esta cuestión sea tan obscura es que el hombre no puede verse á sí mismo, por que para esto seria necesario el que estuviese fuera y dentro de sí; como tambien el que no puede compararse mas que á una harpa sensible que dá, sin que nadie la toque, un sonido melodioso, y que se pregunta á sí misma el motiv

de este fenómeno : su imaginacion no puede llegar á concebir que, por medio de su flexibilidad, se toca á sí misma, y que su calidad es de ser sonora siempre que se la toca.

Cuantas mas experiencias hagamos, mas nos convenceremos que la palabra espíritu no tiene el menor sentido, ni aun para los mismos que la han inventado, y que no puede ser de la menor utilidad ni para la fisica, ni para la moral. Lo que los metafísicos modernos creen que esta palabra significa, no es verdaderamente mas que una fuerza oculta, imaginada para servir de explicacion á estas acciones y calidades ocultas, que en sí no significan nada. Las naciones que no estan civilizadas tienen que admitir la existencia de los espíritus superiores, para poder comprehender unos efectos que no saben á quien atribuir, ó que les parecen demasiado maravillosos : cuando admitimos que estos espíritus son la causa de los fenómenos de la naturaleza y del cuerpo, ¿que somos sino unos salvages? Los hombres han tenido que poblar la naturaleza de espíritus, porque han ignorado casi siempre las verdaderas causas que la hacen obrar. Como no han conocido sus fuerzas, ha sido necesario suponerla animada por algun grande espíritu; y por no haber conocido la energía de la mecanica humana, ha sido indispensable tambien

forjar otro espíritu para ella. Lo que nos prueba que la palabra espíritu no tiene otro objeto mas que el de explicar un fenómeno que no se ha sabido explicar de ningún otro modo. Estos principios fueron los que hicieron que los Americanos atribuyesen á sus espíritus ó divinidades el terrible efecto de la pólvora. Los mismos principios hacen que creamos en los angeles y los demonios, y que nuestros antepasados creyesen en los dioses, las sombras ó almas de los muertos, y los genios; y si no nos dejamos guiar por la razon, tendremos que atribuir á los espíritus hasta la gravitacion, la electricidad, los efectos del magnetismo, etc.

(1) Es evidente que la noción de los espíritus, imaginada por los salvages, y adoptada por los ignorantes, es capaz de entorpecer nuestros adelantos científicos, pues que nos impide el buscar las verdaderas causas de los efectos que vemos, y que no hace mas que retener el entendimiento humano en su pereza natural. Esta pereza é ignorancia puede ser muy util para los teólogos; pero es extremadamente perniciosa para la sociedad. Los curas han perseguido sin relaja en todo tiempo todos aquellos que se han atrevido á explicar los fenómenos de la naturaleza: testigos Anaxágoras, Aristóteles, Galileo, Descartes, etc. La verdadera física debe indubitablemente acarrear la ruina de la teología.

CAPITULO VIII.

DE LAS FACULTADES INTELECTUALES , DERIVADAS TODAS DE LA FACULTAD DE SENTIR.

PARA convencernos que las facultades que se llaman intelectuales no son mas que los diferentes modos de ser y de obrar que resultan de la organizacion de nuestro cuerpo, no tenemos que analizarlas , y veremos que todas las operaciones atribuidas á nuestra alma no son otras que unas modificaciones, de que una substancia sin extension é inmaterial no puede ser susceptible.

Del sentimiento (primera facultad que vemos en el hombre), dimanar todas las demas. A pesar de lo inexplicable que esta facultad parece á la primera vista, si la examinamos mas de cerca, hallaremos que es la consecuencia de la esencia y de las propiedades de los seres organizados ; como tambien, que la gravedad, el magnetismo, la elasticidad, la electricidad, etc. resultan de la esencia ó de la naturaleza de algunas otras, y que estos últimos fenómenos no son menos inexplicables que los del sentimiento. No obstante, si

nos formamos una idea precisa de él, veremos que sentir no es mas que un modo particular de ser movido, peculiar de algunos órganos de los cuerpos animados, y ocasionado por la presencia de un objeto material, que obra sobre estos órganos, cuyo movimiento es trasmitido al cerebro. Nuestras sensaciones no provienen que de los nervios que se hallan en todo nuestro cuerpo, y estos no forman, por decirlo así, mas que un gran nervio, muy semejante á un arbol, cuyas ramas se resienten de la accion que les es comunicada por sus raices. En el hombre, los nervios se reunen y pierden en el cerebro. Esta viscera es la verdadera margen de todas nuestras sensaciones. Esta (semejante á la araña que se queda siempre en el centro de su tela) sabe inmediatamente los cambios y movimientos que pasan en los cuerpos por medio de sus hilos ó ramas, que llegan hasta las mas lejanas extremidades de ellos. La experiencia nos enseña que las partes del cuerpo del hombre, cuya comunicacion con el cerebro se halla interceptada, cesan de sentir, y que sus sensaciones son muy debiles, ó por mejor decir ningunas, siempre que este órgano se halla incomodado (1). Lo cierto es que la sensibili-

(1) *Las Memorias de la real Academia de Ciencias*

dad del cerebro no admite ninguna duda. Si se nos pregunta, ¿de donde procede esta propiedad? responderemos que es el resultado de un arreglo, de una combinacion peculiar del animal, de modo que una materia que antes era bruta é insensible, cesa de serlo así que se *asimila*; es decir, así que se combina y se identifica con el animal. Este es el motivo por el cual el pan, la leche y el vino se cambian en la substancia del hombre, que es un ser sensible; estas materias, aunque brutas, se hacen sensibles cuando se combinan con un todo sensible. Algunos filósofos creen que la sensibilidad es una calidad universal, perte-

de Paris nos han procurado las pruebas que acabamos de dar: estas hacen mencion de un hombre á quien habian quitado el craneo, y cuyo cerebro se habia cubierto de una especie de piel. Siempre que se apretaba la mano sobre su cerebro, el infeliz caía en una especie de letargo que le hacia insensible. Esta experiencia se debe a *M. de la Peyronnie*. *Berelli*, en su tratado de *Motu animalium*, llama el cerebro *regia animæ*. Es de creer que la diferencia que se encuentra entre un hombre y un animal, entre un sabio y un ignorante, entre un hombre capaz de pensar y otro desposeido de esta facultad, entre un hombre sensato y un loco, no consiste mas que en el cerebro. *Bartholin* dice que el cerebro de un hombre es dos veces mas grande que el de un buey: esta observacion habia sido ya hecha por *Aristóteles*.

neciente á toda la materia ; si esto fuese así , sería excusado el pasar nuestro tiempo en buscar la margen de esta facultad , que conocemos por sus efectos ; y , si se recibe esta hipótesis , será preciso que , del mismo modo que se admiten dos especies de movimientos , uno llamado fuerza viva , y el otro fuerza muerta , admitamos tambien dos especies de sensibilidad , la una activa ó viva , y la otra inerta ó muerta . Entonces el animalizar una substancia no

Habiendo Willis disecado el cadaver de un fatuo , halló que su cerebro era la mitad de lo que el de otro hombre es : dice tambien que ha encontrado una diferencia entre las partes del cuerpo de un tonto y las de un sabio , que consiste en el *plexus* del nervio intercostal (que dice ser el entremetor entre el corazon y el cerebro , y particular al hombre) , que , en el cuerpo del primero es mucho mas pequeño y lleno de una infinidad de nervios mucho mas pequeños que lo son ordinariamente . Segun Willis , el mono es el que tiene , entre todos los animales , el cerebro mas grande ; y en efecto el mono es el que tiene mas entendimiento fuera del hombre . Véase Willis , *Anat. cerebri* , c. 26 ; y el mismo , *Nervorum descriptio* , cap. 26 . Se ha hecho tambien la observacion siguiente , que , así como los hombres que pasan su vida remando tienen los brazos mas gruesos que los demas , del mismo modo los hombres que emplean continuamente sus facultades intelectuales tienen el cerebro mucho mas extenso que el de los demas .

será mas que destruir los obstaculos que la impiden el ser activa y sensible. En una palabra, ó la sensibilidad es una calidad que se comunica como el movimiento, y que se adquiere con la combinacion; ó bien es una calidad hereditaria á toda la materia, y en uno ú otro caso, un ser sin extension, como nos representan el alma humana, no puede absolutamente poseerla. (1)

La conformacion, el arreglo, la composicion y la delicadeza de los órganos, tanto interiores como exteriores, que componen el hombre y los animales, hacen que todas sus partes sean movibles, y que toda su mecanica sea susceptible de moverse con la mayor prontitud. En un cuerpo, que no es mas que un conjunto de fibras y de nervios, reunidos en un centro comun, prontos siempre á obrar, y unidos unos con otros; en un todo compuesto

(1) No hay particula de la naturaleza que no sea susceptible de ser animada; lo opuesto puede existir, pero su inanimacion no es natural. Si se me pregunta, ¿que es lo que se necesita para animar un cuerpo? responderé que el poder de la naturaleza, junto con la organizacion, es completamente suficiente. La vida es la perfeccion de la naturaleza; todas sus partes se inclinan hácia este fin, y lo obtienen por el mismo medio. El acto de la vida es muy equivoco; la vida es la misma en un insecto, un perro y un hombre: pero este acto

de fluidos y de sólidos, cuyas partes, por decirlo así, están siempre en equilibrio, cuyas partículas, aun las mas pequeñas, se tocan, son activas y rapidas en sus movimientos, y se comunican sucesivamente de una en otra las impresiones, las vibraciones y los movimientos que reciben, no es nada extraño que el menor movimiento se propague con celeridad, y que los temblores excitados en las partes mas lejanas se comuniquen inmediatamente con el cerebro, cuyo delicado texido le hace susceptible de ser facilmente modificado. El ayre, el fuego, y el agua, estos agentes tan-movibles, circulan continuamente en todas las fibras y los nervios que penetran; y sin duda estos son los principales motores que con

es mucho mas perfecto en nosotros, segun la proporcion en que se hallan nuestros órganos ó facultades, y esta estructura se halla caracterizada en las simientes que contienen los principios de la vida, mucho mas que toda otra parte de la materia. De modo que no se puede negar que las sensaciones, las pasiones, la percepcion de los objetos y de las ideas, su formacion, su comparacion, y finalmente el consentimiento y la voluntad no son otras que las facultades orgánicas que dependen de la disposicion mas ó menos excelsa de las partes del animal. V. *Disertaciones varias*, sobre diversos asuntos importantes, impresas en Amsterdam, 1740, pag 254.

tribuyen á que el cerebro tenga tan prontamente noticia de lo que pasa en la extremidad de su cuerpo.

A pesar de la grande movilidad de que su organizacion hace al hombre susceptible, y aunque muchas causas, tanto exteriores como interiores, obran continuamente sobre él, no por eso se apercibe siempre de un modo distinto y preciso de las impresiones que se hacen sobre sus órganos: solo las siente cuando producen algun cambio en su cerebro. Este es el motivo por que, aunque estamos rodeados de ayre por todas partes, nunca percibimos su impresion, sino cuando se halla modificado de manera á herir con bastante fuerza nuestros órganos ó nuestro cutis, para que el cerebro pueda tener noticia de su presencia. Este es el motivo por que el hombre cesa de sentir siempre que se halla en un profundo sueño, que no es turbado por ninguna idea penible: enfin este es el motivo porque, á pesar de los movimientos continuos que se hacen en la máquina humana, siempre que se hagan con un orden debido, el hombre no parece de ningun modo conmovido; nunca se apercibe de un estado de salud, pero si del dolor ó de la enfermedad, porque en el primero su cerebro no nota ningun movimiento extraordinario, en igual que en el otro sus

nervios reciben contracciones, temblores, y movimientos violentos y desordenados, que le advierten que alguna causa obra fuertemente sobre ellos, y de un modo poco análogo á su naturaleza; esto es lo que constituye el modo de ser que se llama *dolor*.

Algunas veces sucede tambien que varias causas exteriores producen los cambios mas considerables en nuestro cuerpo, sin que en el primer momento sintamos esta alteracion. Un soldado no advierte algunas veces la herida que acaba de recibir, por que el calor del combate, y los movimientos acelerados y tumultuosos, le agitan de tal modo que no puede echar de ver el accidente que ha acaecido á una de las partes de su cuerpo. En fin cuando un gran numero de causas obran á la vez y con demasiada vivacidad sobre el hombre, le vemos que cae, se desmaya, pierde el sentido, y se ve privado de toda sensacion.

En general no sentimos ninguna sensacion sino cuando el cerebro puede echar de ver distintamente las impresiones hechas sobre nuestros órganos. La impulsión distinta ó la modificación marcada de que se apercibe es lo que constituye la percepcion. (1) Lo que

(1) Según el doctor Cavice, la percepcion es el acto

nos hace ver que el sentimiento es un modo de ser ó una mudanza producida en nuestro cerebro por las impulsiones que nuestros órganos reciben, ya sea de la parte de las causas exteriores, ó ya de las interiores, que le modifican de una manera estable ó momentánea. Efectivamente el hombre se reconoce á sí mismo, se apercibe de los cambios que se operan en él, sin que ningun objeto exterior obre sobre sus órganos: entonces su cerebro se modifica ó bien renueva sus antiguas modificaciones. Pero esto no nos debe asombrar; en un mecanismo tan complicado como el del cuerpo del hombre, cuyas partes estan todas contiguas al cerebro, este debe necesariamente resentirse de los choques, de las dificultades y de las mudanzas que provienen de un todo cuyas partes, sensibles por sí, estan en una accion y reaccion continua, y que todas se concentran en él.

Cuando un hombre siente los dolores de la gota, tiene el conocimiento, es decir, siente interiormente que se operan en él algunos cambios muy determinados, sin que ninguna causa exterior parezca tener sobre él la me-

reflexivo por cuyo medio sé que pienso, y que mis pensamientos ó mis acciones son mias, y no de otros. Véase su carta contra Dodwell.

nor influencia. No obstante, si seguimos el motivo hasta su margen, hallaremos que estos cambios son solo producidos por algunas causas exteriores, como la organizacion y el temperamento que hemos recibido de nuestros parientes, ciertos alimentos, y otros mil motivos inapreciables y ligeros que, juntándose poco á poco, producen el humor llamado la gota, cuyo efecto es el de hacerse sentir con la mayor vivacidad. El dolor que nos dá la gota produce en nuestro cerebro una idea é una modificacion que tienen el poder de representarse y aun de reiterarse en él, aun cuando el dolor haya cesado. El cerebro, por una serie de movimientos, vuelve entonces á un estado análogo al mismo en que se hallaba antes de que verdaderamente sufriese este dolor, que si no hubiera jamas sentido, nunca hubiera tenido la menor idea de él.

Llamanse sentidos los órganos visibles de nuestro cuerpo por cuyo intermedio se modifica el cerebro. Las modificaciones que recibe tienen diferentes nombres: las *sensaciones*, *percepciones* é *ideas*, no significan mas que las mudanzas acontecidas en el órgano interior, causadas por las impresiones que hacen sobre los órganos exteriores los cuerpos que obran sobre ellos. Estas mudanzas, consideradas en sí mismas, se llaman *sensaciones*; llamanse

percepciones cuando el órgano interior las percibe ó tiene noticia de ellas; y se llaman *ideas* cuando dicho órgano conoce y atribuye estas mudanzas al objeto que las ha producido.

De modo que la *sensacion* no es mas que la impulsión dada á nuestros órganos; toda *percepcion* es una impulsión propagada hasta el cerebro; la *idea* es la imagen del objeto á quien son debidas las *sensaciones* y las *percepciones*; lo que nos demuestra que, si nuestros sentidos no fuesen conmovidos, nunca conoceríamos ni *sensaciones*, ni *percepciones*, ni *ideas*. Esta verdad tan evidente será probada aun mejor en lo sucesivo, en caso que haya alguno que dude de ella.

La grande movilidad de que la organizacion del hombre es capaz, y que le distingue de los demas seres, es la que nos hace sensibles ó insensibles. Las diferentes proporciones de movilidad de que la organizacion particular de los individuos de nuestra especie les hace capaces, son las que ponen entre ellos las diferencias infinitas y las variedades increíbles, tanto entre las facultades corporales, como las que llamamos mentales ó intelectuales. Esta movilidad, mas ó menos grande, es la que produce el talento, la sensibilidad, la imaginacion, el gusto, etc. Pero, por ahora, contentemonos con seguir las operaciones de nues-

tros sentidos, y veamos el modo con que los objetos exteriores obran sobre ellos, y los modifican; despues examinaremos la reaccion del órgano interior.

Los ojos son unos órganos muy movibles y muy delicados, por cuyo ministerio recibimos la sensacion de la luz y del color, que dan al cerebro una percepcion distinta, que hacen que un cuerpo luminoso ó colorado nos haga formar una idea. Apenas abro mis parpados, cuando mi retina se halla afectada de un modo particular; el licor de que las fibras y los nervios de mis ojos estan llenos recibe unos temblores que, comunicándose al cerebro, reflejan en él la imagen del cuerpo que se ha presentado á ellos. De este modo recibimos la idea del color, del grandor, de la forma y de la distancia de este cuerpo. He aquí la verdadera explicacion del mecanismo de la vista.

La movilidad y elasticidad de las fibras y nervios que componen el tegido de nuestro cutis, hacen que esta cubierta del cuerpo humano, aplicada á otro cuerpo, se halle muy afectada; de modo que dá aviso al cerebro de su presencia, de su extension, de su aspereza, de su igualdad, de su peso, etc.; calidades que le dan percepciones distintas, y que hacen nacer en él diversas ideas. Esto es lo que constituye el palpar.

La delicadeza de la membrana que llena el interior de la nariz, la hace susceptible de ser irritada, aunque sea, por los crepusculos invisibles é impalpables emanados de los cuerpos odoríferos, y la hace llevar al cerebro las sensaciones, percepciones é ideas. Esto es lo que constituye el odorato.

La boca, llena de fluecos nerviosos, sensibles, movibles é irritables que contienen los sucos necesarios para la disolucion de las substancias salitrosas que pasan por ella, transmite al cerebro las impresiones que ha recibido; de cuyo mecanismo resulta lo que llamamos gusto.

Finalmente la oreja, capaz por su construccion de recibir las impresiones del ayre diversamente modificado, comunica al cerebro unos temblores ó sensaciones que hacen que reciba la idea de los sonos y de los cuerpos sonoros. Esto es lo que constituye el oido.

Estas son las únicas vias que tenemos para recibir las *sensaciones, percepciones é ideas*. Estas modificaciones, producidas en nuestro cerebro, son los efectos de los objetos que conmueven nuestros sentidos, provienen de las mismas causas, y producen en el alma nuevas modificaciones, llamadas *pensamientos, reflexiones, memoria, imaginacion, juicios*.

voluntades y acciones, que tienen todas la sensacion por base.

Para poderme formar una nocion exácta del pensamiento, es preciso que exámine con la mayor exáctitud lo que pasa en mí en presencia de un objeto cualquiera. Supongamos, por ejemplo, que este objeto sea un melocoton; esta fruta hace al principio dos impresiones diferentes sobre nuestros sentidos, es decir, dos modificaciones que son transmitidas al cerebro. Entonces este concibe dos nuevos modos de ser, ó percepciones que se llaman color y redondez; y por consiguiente tengo la idea de un cuerpo redondo y colorado. Si llevo la mano sobre esta fruta, le acompaño del órgano de palpar; é inmediatamente mi mano recibe tres impresiones diferentes, que son blandura, frescura y pesadez: de estas tres resultan en el cerebro otras tantas, acompañadas de tres ideas distintas. Si acerco la fruta al organo del olfato; este siente una nueva modificacion, que transmite al cerebro otra percepcion y una idea nueva que se llama *olor*. Enfin, si acerco esta fruta á mi boca, el órgano del gusto se hallará afectado de un modo que será seguido de una percepcion que me dá la idea del sabor. Reuniendo todas las impresiones ó modificaciones de mis órganos,

que han sido transmitidas á mi cerebro; es decir, combinando todas las sensaciones, percepciones é ideas que ha recibido, me podré formar la idea de un todo que llamo melocoton, del que mi pensamiento se puede ocupar, y del cual tengo una nocion exácta. (1)

Lo que acabamos de decir será suficiente para probar la generacion de las sensaciones, percepciones é ideas, como tambien su asociacion en el cerebro; vemos por ello que estas diferentes modificaciones no son mas que una consecuencia de las impulsiones sucesivas que

(1) Lo que acabamos de decir demuestra que el pensamiento tiene un principio, una existencia y un fin, ó ya sea una generacion, una sucesion y una disolucion, como todos los demas resultados de la materia. El pensamiento, como todos los otros, es excitado, determinado, acrecentado, dividido, compuesto, simplificado, etc. Pero si, como dicen, el alma, ó el principio que piensa, es indivisible, ¿ como esta alma puede pensar sucesivamente, dividir, abstraer, combinar, extender, detener ó perder sus ideas, y tener ó perder la memoria? ¿ como puede jamas cesar de pensar? Las formas de la materia no parecen divisibles sino porque se consideran por abstraccion, como lo géometras; pero esta divisibilidad de formas no puede existir en la naturaleza, en la cual no hay ni átomo, ni forma regular. De lo que debemos inferir que las formas de la materia son tan indivisibles como el pensamiento.

nuestros órganos exteriores transmiten al órgano interior, que goza de lo que se llama la facultad de pensar, que quiere decir, de ver dentro de sí, ó de sentir las modificaciones diferentes, ó ideas que ha recibido; de combinarlas, de separarlas, de extenderlas, de retenerlas, de compararlas, de volverlas á hacer, etc.; lo que nos prueba que el pensamiento no es mas que la percepcion de las modificaciones que el cerebro ha recibido (de la parte de los objetos exteriores), ó bien que se ha dado á sí mismo.

Efectivamente, no solo nuestro órgano interior percibe las modificaciones que recibe exteriormente, sino que tambien tiene el poder de modificarse á sí mismo, y de reflexionar sobre los cambios ó los movimientos que se pasan en él, y sus propias operaciones; lo que le dá nuevas percepciones y nuevas ideas. El ejercicio de esta facultad de volver sobre sí, es lo que se llama *reflexion*.

Esto nos enseña que pensar ó reflexionar no es mas que sentir ó percibir las impresiones, las sensaciones y las ideas que nos dan los objetos que obran sobre nuestros sentidos, y las diversas mudanzas que nuestro cerebro ó nuestro órgano interior produce en sí mismo.

La memoria es la facultad que el órgano interior tiene de renovar en sí las modificacio-

nes que ha recibido, ó de ponerse en un estado semejante á aquel en que sus percepciones, las sensaciones, las ideas que los objetos exteriores han producido en él, y el orden con que las ha recibido, le habian puesto antes, sin que para ello sea necesaria ninguna nueva accion de la parte de estos objetos; y, aun cuando no estan presentes, nuestro órgano interior echa de ver que estas modificaciones son las mismas que las que habia sentido. La memoria será fiel siempre que las modificaciones sean las mismas; y será infiel siempre que aquellas difieran de las que los órganos habian recibido ya.

La imaginacion no es mas que la facultad que tiene nuestro cerebro de formarse nuevas percepciones sobre el modelo de las que ya habia recibido por medio de la accion de los objetos exteriores sobre nuestros sentidos. El cerebro no hace entonces que combinar las ideas que ya habia tenido y de las que se acuerda, bastante para poder formarse un conjunto de modificaciones que no ha visto, á pesar de que conoce las ideas particulares ó las partes de que compone este conjunto ideal que no existe mas que en él. Del mismo modo se forma una idea de los centauros, los hypógrifos, los dioses, los demonios, etc. La memoria dá al cerebro la facultad de renovar

las sensaciones, percepciones é ideas que ha recibido, y de representarse los objetos que verdaderamente han afectado sus órganos. En igual que la imaginacion no le sirve mas que para combinar estas modificaciones, para formarse una idea de los objetos, ó los todos que no han obrado sobre sus órganos, aunque conoce los elementos é ideas de que los compone. La combinacion de un gran numero de ideas sacadas de sí mismo, como son la justicia, la sabiduria, la bondad, la inteligencia, etc., ha dado al hombre, por medio de la imaginacion, la idea de la divinidad.

La facultad que el cerebro tiene de comparar las modificaciones y las ideas que recibe entre sí; ó las que tiene la facilidad de hacer renacer en sí mismo, ha sido llamada *juicio*.

La voluntad es una modificacion de nuestro cerebro que le hace capaz de una accion, es decir, de mover los órganos del cuerpo de manera á poderse procurar lo que le modifica de un modo análogo á su ser, ó bien para apartarse de lo que puede dañarle. Querer, quiere decir hallarse dispuesto á una accion; los objetos interiores ó las ideas exteriores que dan esta disposicion á nuestro cerebro se llaman *motivos*, por que son los resortes ó moviles que le determinan á la accion, es decir, á

valerse de los órganos del cuerpo. De modo que las acciones voluntarias no son otras que los movimientos del cuerpo determinados por las modificaciones del cerebro. La vista de una fruta modifica mi cerebro de un modo que le dispone á hacer mover mi brazo, para coger esta fruta y llevarla á mi boca.

Todas cuantas modificaciones recibe el órgano interior ó el cerebro, todas las sensaciones, percepciones é ideas que recibe de los objetos que conmueven sus sentidos, ó que él mismo renueva en su interior, son agradables ó enfadosas, favorables ó contrarias á nuestro modo de ser habitual ó pasajero, y disponen por consiguiente nuestro órgano interior á obrar, lo que hace por su misma energía, que varía en todos los seres de la especie humana, porque no depende que de su temperamento. De aquí nacen las *pasiones*, mas ó menos violentas, que no son que los movimientos de la voluntad determinada por los objetos que la conmueven, en razon compuesta de la analogia ó discordancia que se halla entre aquellos, y nuestro modo de ser, ó la fuerza de nuestro temperamento; lo que nos demuestra que las pasiones no son mas que los modos de ser, ó las modificaciones del órgano interior, atraído ó disgustado de los objetos que se le presentan,

y que por consiguiente está sometido, en cierto modo, á las leyes físicas de atracción y repulsión.

La facultad de que goza nuestro órgano interior, de percibir ó de ser modificado por sí mismo, se llama también algunas veces *entendimiento*. El conjunto de facultades diversas de que este órgano es susceptible se llama *inteligencia*. El modo determinado con que ejerce sus facultades se denomina *razón*. Se llaman *talento*, *sabiduría*, *bondad*, *prudencia*, *virtud*, etc. las disposiciones ó modificaciones constantes ó pasajeras del órgano interior, que es el que hace obrar los seres de la especie humana.

En una palabra, como lo demostraremos en breve, todas las facultades intelectuales, es decir, todos los modos de obrar atribuidos al alma, se reducen á modos de ser, modificaciones, calidades, y á las mudanzas producidas por los movimientos del cerebro, que es en nosotros la margen visible de que dimana el principio de todas nuestras acciones. Estas modificaciones son debidas á los objetos que hacen alguna impresión sobre nuestros sentidos, y cuyas impresiones son transmitidas al cerebro, ó bien á las ideas que estos objetos producen en él, y que tiene la facilidad de reproducir. Este órgano se mueve pues

á su vez, obra sobre sí mismo, y hace mover los órganos que se concentran en él, ó que, por mejor decir, no son mas que la extension de su propia substancia. Este es el modo con que los movimientos ocultos del órgano interior se hacen visibles exteriormente de un modo muy sensible. El cerebro, afectado por una modificacion que llamamos *miedo*, excita un temblor en todos nuestros miembros, y derrama la palidez sobre nuestro rostro; y cuando se halla agitado por una modificacion que llamamos *dolor*, hace saltar las lagrimas de nuestros ojos, aun cuando no sea conmovido por ningun objeto exterior: una idea que se retraza vivamente es suficiente para que se hagan en él las modificaciones mas vivas, que influyen visiblemente sobre toda su *máquina*.

Es evidente que todo lo que acabamos de ver proviene siempre de una sola substancia, que obra diversamente sobre sus diferentes partes. Si alguno se queja de que este mecanismo no es suficiente para explicar el principio de los movimientos ó de las facultades de nuestra alma, diremos que esta, como todos los demas cuerpos de la Naturaleza que tienen muchos movimientos simples, muchos fenómenos y muchos modos de obrar, son para nosotros unos misterios que, ni entonces ni jamas, llegaremos á entender. Por

ejemplo, ¿quien puede lisongearse de conocer el verdadero principio de la gravedad, que hace que una piedra, ó cualquiera otro cuerpo pesado caiga perpendicularmente? ¿Quien es el que conoce el motivo por que hallamos la atraccion en ciertas substancias, y la repulsion en otras? ¿Quien podrá explicar la comunicacion del movimiento de un cuerpo á otro? ¿Por otra parte, cesarian las dificultades que tenemos para conocer el modo con que obra el alma, aun cuando la supusieramos un ser espiritual, del cual no tenemos ninguna idea, y que por consiguiente no haria mas que engañarnos en todas nuestras nociones? Bástenos pues saber que el alma se mueve, y se modifica por las causas materiales que influyen sobre ella; lo que nos autoriza á inferir que todas sus operaciones y facultades son *materiales*.

CAPÍTULO IX.

DE LA DIVERSIDAD DE LAS FACULTADES INTELLECTUALES; ESTAS COMO TODAS LAS DEMAS CALIDADES MORALES DEPENDEN DE CAUSAS FÍSICAS. PRINCIPIOS NATURALES DE LA SOCIABILIDAD, DE MORAL Y DE POLITICA.

LA Naturaleza no puede menos de diversificar todas sus obras; unas materias elementales, distintas en cuanto à la esencia, deben formar unos seres muy diferentes en sus combinaciones, propiedades y sus modos de ser y de obrar. No hay ni puede haber en la naturaleza dos seres ni dos combinaciones que sean matemática y rigurosamente semejantes, por que el lugar, las circunstancias, las relaciones, las porporciones y las modificaciones, no siendo nunca enteramente las mismas, los seres que resultan de ellas no pueden parecerse exàctamente, y sus modos de obrar deben en algun modo ser diferentes, aun cuando

creamos hallar en ellos la mayor conformidad. (1)

La consecuencia de este principio, que todo cuanto vemos nos prueba, es que en toda la naturaleza no hay dos individuos de la especie humana que tengan las mismas facciones, cuyo modo de sentir sea el mismo, que piensen siempre conformes, que vean las cosas con los mismos ojos, ni que tengan las mismas ideas, ni por consiguiente el mismo modo de conducirse. Es verdad que, tanto los órganos ocultos como los visibles, tienen una cierta analogía entre sí, que nos hace creer que reciben del mismo modo las operaciones de algunas causas en general; pero esto no es así, pues en particular hay una diferencia infinita y muy desmenuzada. El alma humana puede ser comparada à un instrumento cuyas cuerdas diferentes ya por sí mismas, ó por las materias de que han sido compuestas, están templadas en diferentes tonos: heridas por un impulso igual, cada cuerda dá el sonido que debe producir, es decir, que depende de su tegido, de su tensión, de su grosor, ó del estado momentáneo en que ha sido puesta por el ayre que la rodea, etc. Esto es lo que pro-

(1) Véase fin del capítulo 6.

duce el estado tan variado que nos presenta el mundo moral; y de aquí resulta la diferencia extraordinaria que se encuentra entre el talento, las facultades, las pasiones, las energías, los gustos, las imaginaciones, las ideas y las opiniones de los hombres; esta diversidad es tan grande como la que hay entre sus fuerzas físicas, y como ella, depende de sus temperamentos tan variados como sus fisonomías: de esta diversidad resultan igualmente la acción y reacción continua que compone la vida del mundo moral; y finalmente de esta discordancia resulta la armonía que mantiene y conserva la especie humana.

La diversidad que existe entre los seres de esta especie hace que reine entre ellos una desigualdad que es la base de la sociedad. Si todos los hombres tuviesen el mismo talento y las mismas fuerzas, ¿que necesidad tendrían unos de otros? La diversidad de sus facultades y la desigualdad que estas causan, es lo que hace que los hombres se necesiten unos á otros, sin esto no hay duda que viviríamos aislados. Por lo que vemos que esta desigualdad de que tanto nos quejamos sin motivo, junto con la imposibilidad en que nos hallamos de trabajar solos eficazmente en nuestra felicidad, nos pone en la dichosa necesidad de asociarnos, de depender de nuestros semejantes,

de merecer sus socorros, de hacerles favorecer nuestras miras, y de asociarnoslos para poder apartar, con nuestros comunes esfuerzos, todo aquello que podria desordenar de algun modo nuestra máquina.

La consecuencia de esta diversidad y desigualdad que reyna entre los hombres, hace que el mas debil tiene que ponerse bajo la custodia del mas fuerte, y que el fuerte tenga que recurrir al talento y á la industria del debil : esta es la que hace que las naciones distingan de entre los demas, aquellos ciudadanos que han hecho los mayores servicios á la patria ; y por su propia necesidad honran y recompensan las personas que por sus luces, sus socorros, sus beneficios ó sus virtudes pueden procurar á la sociedad ya sean algunas ventajas, ó algunos placeres verdaderos ó imaginarios : esta es la que dá al ingenio tanto ascendiente sobre los hombres, y que le procura la facilidad de hacer que los pueblos se sometan à su poder. De modo que la diversidad y la desigualdad de facultades, tanto corporales como mentales ó intelectuales, hacen que el hombre sea necesario al hombre, que sea sociable, y reconozca la necesidad que tiene de la moral.

Los seres de nuestra especie, segun la diversidad de sus facultades, segun los efectos que

producen, y segun las diferentes calidades que se hallan en ellos, provenientes todas de las propiedades individuales de sus almas, ó de las modificaciones particulares de su cerebro, se pueden dividir en varias clases. Éste es el motivo por que el talento, la sensibilidad, la imaginacion, etc., ponen tanta diferencia entre los hombres, y por que á los unos se les llama *buenos*, y á los otros *malos*, virtuosos ó viciosos, sabios ó ignorantes, equitativos ó desrazonables, etc.

Si se exáminan con atencion todas las facultades atribuidas al alma, se hallará que, como las del cuerpo, son debidas à unas causas físicas que no son difíciles de conocer; se hallará tambien que las fuerzas del alma son semejantes á las del cuerpo, ó á lo menos dependen siempre de su organizacion, de sus propiedades particulares, y de las modificaciones constantes ó momentaneas que tienen; en una palabra que dependen todas de su temperamento.

El temperamento de cada hombre es el estado habitual en que se hallan los sólidos y los fluidos de que su cuerpo está compuesto. Los temperamentos varian à proporcion de los elementos ó materias que dominan en cada cuerpo, y de las diferentes combinaciones y modificaciones que estas materias, diverstan en

si mismas, hacen en su máquina. Este es el motivo por que en unos abunda la sangre, en otros la bilis, en otros el flema etc.

El temperamento se recibe de la naturaleza, de nuestros parientes, y de las causas que sin cesar, y desde el primer momento de nuestra existencia, nos han modificado, y que hemos recibido al mismo tiempo que el. Cada uno de nosotros recibe en el seno de su madre las materias que influyen sobre él toda su vida, como tambien sobre nuestras facultades intelectuales, nuestra energía, nuestras pasiones y nuestra conducta. Los alimentos que nos sostienen, la calidad del ayre que respiramos, el clima que habitamos, la educacion que recibimos, las ideas que se nos presentan, y las opiniones que nos han sido comunicadas, modifican nuestro temperamento; y como estas circunstancias no pueden nunca ser rigurosamente las mismas entre dos hombres, no nos debe asombrar el ver la diversidad que reyna entre ellos, y el que haya tantos temperamentos como individuos hay en la especie humana.

De modo que, aunque haya una similitud entre los hombres, no por eso dejan de diferir esencialmente, tanto en cuanto al tegido y el arreglo de las fibras y de los nervios, como respecto á la naturaleza, la cantidad y la ca-

lidad de las materias que hacen mover estas fibras, y les dan el movimiento. Un hombre, que difiere ya de otro por la textura y la disposicion de sus fibras, lo hará aun mucho mas si toma unos alimentos nutritivos, si bebe vino, y si hace mucho ejercicio; mientras que el otro que no beba que agua, que no tome que unos alimentos poco succulentos, siempre no hará que vegetar.

Todas estas causas influyen necesariamente sobre el entendimiento, las pasiones, las voluntades, en una palabra, sobre lo que se llama facultades intelectuales. Este es el motivo por que un hombre sanguineo es generalmente gracioso, violento, voluptuoso y activo; en igual que un hombre flematico es regularmente de una concepcion lenta y dificil de ser conmovida, de una imaginacion poco viva, pusilanime, é incapaz de querer ó de amar con ardor.

Si consultasemos la experiencia en igual de la preocupacion, la medicina sola procuraria à la moral la llave del corazon humano, y algunas veces curaria el entendimiento al mismo tiempo que el cuerpo. Como consideramos nuestra alma como una substancia espiritual, nos contentamos con administrarle los remedios intelectuales que no tienen ningun poder sobre nuestro temperamento, ó por mejor decir,

no hacen mas que dañarle. El dogma de la espiritualidad del alma ha hecho de la moral una ciencia conjetural, que no puede hacernos conocer de ningun modo los verdaderos móviles de que nos debemos servir para obrar sobre los hombres. Si, ayudados de la experiencia, conociéramos los elementos que hacen la base del temperamento del hombre, ó de la mayor parte de los individuos de que se compone un pueblo, sabríamos lo que les conviene, las leyes que les son necesarias, y las instituciones que les son útiles. En una palabra, la moral y la política, podrían sacar del materialismo muchas ventajas, que nunca podrán salir del dogma de la espiritualidad, y á las que este no les permite el pensar. El hombre no puede ser nunca que un misterio para aquellos que se obstinan en ver con los ojos preocupados de la teología, ó que atribuyen sus acciones á un principio de que jamas se podrán formar la menor idea. Cuando querramos conocer el hombre, no tenemos mas que estudiar las materias que entran en su combinacion, y que constituyen su temperamento; nuestros descubrimientos nos haran conocer la naturaleza y la calidad de sus pasiones é inclinaciones, y presentir su conducta en las ocasiones futuras; nos indicarán tambien los remedios que podremos emplear con

ventaja para corregir los defectos de una organizacion viciosa, ó de un temperamento tan dañoso para la sociedad, como para él que lo poseé.

Efectivamente, no se puede negar que el temperamento del hombre puede ser corregido alterado, y modificado facilmente, por medio de unas causas tan físicas como las que le constituyen; cada cual puede en cierto modo formar su temperamento. Un hombre de un temperamento sanguineo puede corregir la naturaleza, la calidad, la cantidad del movimiento del fluido que domina en él, por medio de unos alimentos menos suculentos, ó en menor cantidad, ó absteniéndose de los licores espirituosos. Un bilioso ó un hombre melancólico puede, con la ayuda de algunos remedios, disminuir la masa de este fluido; y corregir el vicio de sus humores proveéndose del ejercicio, de la disipacion y de la alegría que resulta del movimiento. Un europeo, transplantado al Indostan, se hará poco á poco un ser todo diferente en el humor, las ideas, el temperamento y el caracter.

Bien que las experiencias que se han hecho para conocer lo que constituye el temperamento del hombre, hayan sido muy pocas, aun no seria tarde para obtener muchos conocimientos nuevos sobre este particular. Pa-

rece ser que en general el principio igneo, que los químicos han designado bajo el nombre de flogísticas ó de materias inflamables, es el que dá al hombre mas vida y energía; que procura mas resorte, movilidad y actividad á sus fibras, mas extension á sus nervios, y mas rapidez á sus fluidos. De estas causas materiales dimanar comunmente las disposiciones ó facultades que llamamos sensibilidad, talento, imaginacion, ingenio, vivacidad, etc; y estas son las que dan el tono á las pasiones, á las voluntades y á las acciones morales de los hombres. En este sentido, no hay duda que tenemos razon en servirnos de las expresiones de « calor del alma, » de « imaginacion ardiente, » de « fuego del ingenio, » etc. (1)

Este fuego, derramado en diferentes dosis en los seres de nuestra especie, es el que les dá el movimiento, la actividad, y el calor animal que, por decirlo así, les reparte una mayor ó

(1) No negaré que puede muy bien ser que lo que los médicos llaman el *fluido nervioso*, ó esta materia tan movable, y que advierte con tanta prontitud el cerebro de todo cuanto pasa en nosotros, no sea otra cosa mas que la materia eléctrica, que es la diferencia de las dosis ó proporciones que son una de las principales causas de la diversidad de los hombres y de sus facultades.

menor cantidad de vida. Este fuego tan movable y tan sutil se disipa con facilidad, y entonces requiere el ser restablecido, por medio de los alimentos que le contienen, y que por consiguiente son capaces de reanimar nuestra máquina, de recalentar el cerebro, y de darle la actividad necesaria para llenar las funciones que llamamos intelectuales. Este es el fuego, que, contenido en el vino y en los licores fuertes, dá á los hombres mas torpes una vivacidad de que sin él, serian incapaces, y que hace que los mas cobardes entren sin terror en un combate. Este es el fuego, que, hallandose demasiado abundante en nuestro cuerpo, hace que algunas enfermedades nos hagan delirar, mientras que otras nos llenan de abatimiento, por no tener una cantidad suficiente de él. En fin, este es el fuego que tanto disminuye en la vejez, y que se disipa totalmente con la muerte. (1)

Si nos servimos de nuestros principios, para

(1) Si queremos convenir de buena fe en la verdad, diremos que el calor es el principio de la vida: el calor es el que hace que los seres pasen de la inaccion al movimiento, del reposo á la fermentacion, y del estado inanimado al de la vida. La prueba la tenemos en el huevo, que se abre con el calor; en una palabra, no hay generacion sin calor.

examinar las facultades intelectuales de los hombres, ó sus calidades morales, no tardaremos en convencernos que todas son debidas à las causas materiales que influyen sobre su organizacion particular, de un modo mas ó menos durable y determinado. Pero ¿ de donde nos viene esta organizacion? sino de nuestros parientes, de quien recibimos los elementos de una máquina necesariamente análoga á la suya. ¿ De donde dimana la mayor ó menor cantidad de materia ignea ó de calor vivificante que decide de nuestras calidades mentales? sino de la madre que nos ha llevado en su seno, que nos ha comunicado parte del fuego que la animaba á ella, y que circulaba con su sangre en sus venas; de los alimentos que nos han sostenido, del clima en que vivimos, y de la admósfera que nos rodea. Todas estas causas influyen sobre nuestros fluidos y sólidos, y deciden de nuestras disposiciones naturales. Si examinamos todas las disposiciones de que dependen nuestras facultades, las hallaremos siempre ó corporales ó materiales.

La primera de estas disposiciones es la de la sensibilidad física, de la cual veremos dimanar todas las demas calidades intelectuales ó morales. Como ya hemos dicho, el *sentir* no es mas que el ser conmovido, y tener un presentimiento fidedigno de las mudanzas que

se operan en cada cual. El tener sensibilidad, no es pues que el ser conformado de un modo capaz de sentir, con prontitud y vivacidad, las impresiones de los objetos que obran sobre nosotros. De modo que un alma sensible no es mas que el cerebro de un hombre dispuesto de un modo propio á recibir con facilidad los movimientos que le son comunicados. Llamase sensible aquel que, la vista de un desgraciado, la relacion de una catastrofe ó la idea de un espectáculo triste, afecta con fuerza bastante, para hacerle derramar lagrimas, lo que nos dá á conocer que hay alguna revolucion considerable en su máquina. Decimos que un hombre tiene el oído sensible siempre que el sonido de la musica excita un gran placer en su interior, ó que produce en él unos efectos muy determinados. En fin, decimos que un hombre tiene el alma sensible, cuando la elocuencia, la hermosura de las artes, y todos los objetos que le afectan vivamente, excitan en él algunos movimientos extraordinarios. (1)

(1) Esto nos hace ver que la compasion depende de la sensibilidad fisica, que no es nunca la misma entre los hombres; por consiguiente, el haber hecho que nuestras ideas morales y los sentimientos que tenemos para con nuestros semejantes, provengan de la compasion,

El talento es la consecuencia de esta sensibilidad física. Efectivamente llamamos entendimiento, la facilidad que algunos seres de nuestra especie tienen para apoderarse con prontitud del conjunto, ó las diferentes relaciones de los objetos. Llámase talento ó ingenio la facilidad de alcanzar este conjunto y estas relaciones en los objetos vastos, útiles, y difíciles de conocer. El talento puede ser comparado à una vista perspicaz, que percibe las causas con prontitud. El ingenio es una vista que abraza de un golpe todos los diferentes puntos del orizonte. Un entendimiento justo es el que percibe los objetos y sus relaciones como son. El entendimiento falso es el que no percibe las relaciones verdaderas, lo que proviene de algun defecto de organizacion. El entendimiento justo es una facultad que se parece mucho à la habilidad de un jugador de manos.

La imaginacion, siendo la facilidad de combinar con prontitud las ideas ó imagenes, consiste en la facultad de reproducir con facilidad las modificaciones de nuestro cerebro, y

ha sido un disparate. No tan solo todos los hombres no son sensibles, sino que hay muchos en quien la sensibilidad no ha sido desenvuelta : tales son los grandes, los principes, los ricos, etc.

de ligarlas ó atribuir las á los objetos á que pertenecen. Entonces la imaginacion nos agrada, entonces aprobamos sus ficciones, y vemos la naturaleza y la verdad con mejores ojos: la condenamos cuando no nos presenta mas que algunas fantasmas desagradables, ó cuando combina entre sí algunas ideas que por su naturaleza no pueden asociarse. Este es el motivo por que la poesia nos agrada adornándonos los objetos que nos presenta con todas las hermosuras que pueden convenirles; la imaginacion entonces no nos presenta que unos seres ideales, pero que nos conmueven agradablemente, y perdonamos su mentira por el placer que nos ha procurado. Las ilusiones horrorosas de la supersticion, nos desagradan por no ser que las producciones de una imaginacion desarreglada, engañada, que no nos presenta sino las ideas mas siniestras.

La imaginacion desarreglada produce el fanatismo, los terrores religiosos, los zelos inconsiderados, el frenesi y todos los crímenes capitales; en igual que la bien arreglada produce el entusiasmo por lo que es util, la pasion por la virtud, el amor de la patria, la viva amistad, y en una palabra, dá una energía y vivacidad preciosas á todos nuestros sentimientos. Los que no tienen imaginacion son generalmente hombres en quien el flema ha

extinguido el fuego sagrado, principio de la movilidad, de la vivacidad de sentimientos, y que vivifica todas nuestras facultades intelectuales. El entusiasmo es necesario, tanto para las virtudes ensalzadas, como para los crímenes mas atroces. El entusiasmo pone nuestro cerebro ó nuestra alma en un estado semejante al de la embriaguez; uno y otro excitan en nosotros aquellos movimientos rápidos que los hombres aprueban cuando su resultado es bueno; y que denominan, *locura, delirio, crimen ó furor*, siempre que su resultado es malo.

El entendimiento ó la imaginacion no son justos, regulados, y capaces de apreciar debidamente las cosas, mas que cuando la organizacion se halla dispuesta á llenar todas sus funciones con precision. El hombre, á cada instante de su vida, hace nuevas experiencias; cada sensacion es un hecho que su cerebro conserva, y del cual se acuerda con mas ó menos precision ó exactitud: estos hechos y estas ideas se asocian entre sí, y su encadenamiento constituye lo que se llama ciencia y experiencia. El *saber* es esta seguridad que los hechos y las experiencias hechas con precision, nos dan de las ideas, las sensaciones, y los efectos que un objeto es capaz de producir sobre nosotros y sobre los demas. Toda cien-

cia está fundada sobre la verdad, y la verdad consiste en el fiel testimonio de nuestros sentidos. De modo que la verdad es la conformidad perpetua que nuestros sentidos, bien constituidos, y ayudados de la experiencia, nos demuestran entre los objetos que conocemos y las calidades que les atribuimos. En una palabra, la verdad es la asociacion justa y precisa de nuestras ideas. Pero, ¿ como sin experiencia nos podremos asegurar de la identidad de esta asociacion? Y, si no reiteramos estas experiencias, ¿ como hemos de poder establecer la verdad? Enfin, si nuestros sentidos estan viciados, ¿ como nos hemos de poder fiar á los hechos y experiencias que se han acumulado en nuestro cerebro? Para poder rectificar los defectos que nuestras primeras experiencias pueden haber contraido, no hay mejor remedio que el de multiplicarlas, diversificarlas y repetir las.

Si nuestros órganos estan malos ó sanos por su naturaleza, ó viciados por las modificaciones durables ó pasajeras que han tenido, ¿ como hemos de poder juzgar con probabilidad de los objetos que se nos presentan? El error consiste en una asociacion falsa de nuestras ideas, que nos hace atribuir á los objetos las calidades que no tienen. Estamos en el error

cuando suponemos la existencia de algunos seres que no la tienen, ó cuando asociamos la idea de la felicidad con algun objeto capaz de dañarnos, ya sea inmediatamente, ó ya por medio de alguna consecuencia lejana que no podemos concebir.

Pero, ¿ como podremos prever unos efectos que no hemos sentido aun ? por medio de la experiencia. Esta nos dice que unas causas análogas ó semejantes no pueden producir mas que unos efectos de la misma especie; y la memoria, haciéndonos acordar de los efectos que conocemos, nos dá la facilidad de juzgar de los que podemos esperar, ó de las mismas causas, ó de las que tienen alguna relacion con ellas; lo que nos hace ver que la *prudencia* y la *prevision* son dos facultades debidas á la experiencia. Sé por ejemplo, que el fuego, aplicado á uno de mis órganos, me hace sufrir la sensacion mas dolorosa; luego esta experiencia debe de serme suficiente para hacerme conocer que, si se la vuelve á aplicar á algun otro, el dolor será el mismo. He visto que una de mis acciones ha suscitado el desprecio y el aborrecimiento de mis semejantes; debo pues inferir que, si la vuelvo á hacer, seré despreciado y aborrecido.

Esta facultad que tenemos de hacer estas

experiencias, y de acordarnos de ellas, de prever sus efectos, de poder apartar de nosotros los que nos pueden dañar, y de ganearnos los que pueden ser conducentes á la conservacion de nuestro ser y á nuestra felicidad, que es el unico objeto de todas nuestras acciones tanto corporales como mentales, es lo que se llama *razon*. El sentimiento, la naturaleza, y nuestro temperamento, pueden muy bien extraviarnos ó engañarnos; pero la experiencia y la reflexion nos sacan al buen camino, y nos enseñan lo que verdaderamente puede conducirnos á la *felicidad*.

Esto nos demuestra palpablemente que la razon es nuestra naturaleza modificada por la experiencia, el juicio y la reflexion; y que supone un temperamento moderado, un entendimiento claro, una imaginacion bien arreglada, un conocimiento fixo de la verdad, fundado sobre la experiencia, y en fin la prudencia y la advertencia. Por lo que acabamos de decir, vemos que aunque no se oye otra cosa, sino que el hombre es un ser inteligente y razonable, hay no obstante muy pocos entre todos los individuos de la especie humana que gozen realmente de su razon y juicio, ó que tengan las disposiciones y la experiencia que les constituyen.

Esto no debe parecernos extraordinario ; son muy pocos los hombres capaces de hacer experiencias : todos al nacer tienen sus órganos susceptibles de ser conmovidos y de acumular las experiencias ; pero, ó bien sea por algun vicio en su organizacion , ó bien por las causas que la modifican , lo cierto es que la mayor parte de sus experiencias son falsas , sus ideas confusas y mal asociadas, sus juicios erroneos, y su cerebro continuamente lleno de sistemas viciosos que influyen necesariamente sobre su conducta , y turban sin cesar su razon.

Nuestros sentidos son, como llevamos dicho, los unicos medios de conocer si nuestras opiniones son verdaderas, si nuestra conducta es util para nosotros mismos, y si los efectos que pueden resultar de ella, nos traeran algunas ventajas. Pero, para que nuestros sentidos sean capaces de dar unas ideas precisas y verdaderas al cerebro, es absolutamente necesario que esten sanos, es decir, en el estado que se requiere para mantener nuestro ser en el orden que necesita para su conservacion y su felicidad permanente. Es tambien necesario que el mismo cerebro esté sano, ó en el estado que le conviene para llevar sus funciones y ejercer sus facultades ; es preciso que la memoria le retrace con fidelidad sus sensaciones ó sus

ideas anteriores. para que pueda juzgar ó prevenir los efectos que debe esperar de las acciones , hácia las que su voluntad le inclina. Si nuestros órganos exteriores ó interiores se hallan viciados , ó bien por su conformacion natural , ó por las causas que los modifican , es claro que nuestro modo de sentir será imperfecto y poco distinto , nuestras ideas , ó falsas ó sospechosas , y nuestro juicio malo ; que nos hallaremos en una ilusion ó una embriaguez que nos impedirá el apreciar justamente las cosas ; y en una palabra que nuestra memoria será defectiva , nuestra imaginacion se extraviará , nuestro entendimiento nos engañará , y la sensibilidad de nuestros órganos , acometida de repente por una infinidad de temblores , se opondrá fuertemente á la prudencia , la providencia , y al menor ejercicio de nuestra razon. Por otra parte , si , como sucede en los temperamentos flematicos , la conformacion de sus órganos no les permite mas que el moverse con debilidad y pesadez , sus experiencias seran muy tardías , y en general infructuosas. Tanto la tortuga como la mariposa son incapaces de evitar su destruccion , y del mismo modo el tonte , ó el borracho , son incapaces de obtener el fin que se proponen.

Pero , ¿ cual es el principal objeto del hom-

bre en la esfera que ocupa? el de conservar y procurase una existencia feliz. Es pues de la mayor importancia el que conozca los medios de que se puede valer para obtener lo que desea, y esto solo lo puede saber por las experiencias que su prudencia y su razon le dictan. Estos medios son sus propias facultades, su entendimiento, sus talentos, su industria y sus acciones determinadas por las pasiones de que su naturaleza le hace susceptible, y que dan mas ó menos actividad á su voluntad. La experiencia y la razon le hacen tambien ver que los hombres con quien está asociado le son necesarios; que pueden contribuir á su felicidad y á sus placeres, y ayudarle con las facultades que poseen. La experiencia le enseña de que modo puede hacerles concurrir con sus designios, y determinarlos á querer y obrar en su favor; por ella, vé las acciones que aprueban y las que desaprueban, la conducta que les atrae ó que les disgusta, el modo con que la juzgan, y los efectos ventajosos ó dañosos que resultan de los diferentes modos de ser y de obrar. Todas estas experiencias le hacen formar una idea de la virtud, del vicio, de lo justo y de lo injusto, de la bondad ó la maldad, de la decencia ó la indecencia, de la probidad y la engañifa, etc; en una palabra le enseñan como ha de juzgar á los hom-

bres y sus acciones, y distinguir los sentimientos que necesariamente son excitados en ellos, segun la diversidad de los efectos que se les hacen sentir.

La distincion entre el bien y el mal, el vicio y la virtud, está fundada sobre la diversidad necesaria de estos efectos ; esta distincion, como algunos filósofos han dicho con verdad, no es de ningun modo formada por las convenciones de los hombres, ni tampoco por la bondad imaginaria de un ser sobrenatural, pero sí, por las relaciones eternas é invariables que subsisten entre los seres de la especie humana en sociedad, y que subsistirán mientras que el hombre y la sociedad existan. De modo que la virtud es, todo lo que es constante y verdaderamente util á la sociedad; el vicio todo cuanto la es dañosa ; las mayores virtudes son las que la procuran mas grandes y mas duraderas ventajas; los mayores vicios son los que interrumpen mas su inclinacion para la dicha y el orden necesario para la tranquilidad. El hombre virtuoso es aquel cuyas acciones contribuyen constantemente al bien estar de sus semejantes; el hombre vicioso es el que por su conducta contribuye á la infelicidad de aquellos con quien vive, de que debe probablemente resultar su propia infelicidad. Todo lo que nos pñede procurar una felicidad

verdadera y permanente es razonable; todo lo que impide nuestra felicidad, ó la de los seres necesarios á nuestra dicha, es insensato ó desrazonable. Un hombre que hace daño á los demas es un picaro; uno que se hace daño á sí mismo es un imprudente, que no conoce ni la razon, ni sus propios intereses, ni la verdad.

Nuestros deberes son los medios que nos dicta la razon ó la necesidad para poder obtener lo que deseamos; estos deberes son una consecuencia necesaria de las relaciones que subsisten entre los hombres, que todos ellos no desean mas que la felicidad y la conservacion de su ser. Cuando se dice que estos deberes nos obligan, se quiere decir que si no los seguimos, nunca podremos obtener el objeto que se propone nuestra naturaleza. De modo que la *obligacion moral* es la necesidad en que estamos de emplear los medios propios para hacer felices los que nos rodean, para que estos hagan lo mismo con nosotros. Nuestras *obligaciones fisicas* consisten en la necesidad de servirnos de los medios sin los cuales no podemos ni conservarnos, ni hacer que nuestra existencia sea solidamente feliz. La moral está, como todo el universo, fundada sobre la necesidad ó sobre las relaciones eternas de las cosas.

La felicidad es un modo de ser del que desea-

mos la duracion, en el cual queremos perseverar y que medimos por su impresion. La mayor felicidad, es la mas durable; la felicidad pasagera ó de poca dura, se llama *placer*, este cuanto mas vivo es mas fugitivo, por que nuestros sentidos no son susceptibles que de una cierta cantidad de movimiento; apenas el placer excede la proporcion establecida, cuando se cambia en *dolor*, ó en un modo de existir muy penible, que deseamos con ansia que cese. Este es el motivo por que el dolor y el placer se hallan tan á menudo juntos. El placer inmoderado es siempre acompañado de remordimientos y disgustos; y la felicidad pasagera se convierte en una infelicidad durable. Este principio nos demuestra que el hombre, que en cada instante de su vida busca necesariamente la felicidad, debe, cuando es sabio, moderar sus placeres, rehusarse todos los que podrian dañarle, y trabajar á procurarse el bien estar mas permanente.

La felicidad no puede ser la misma en todos los seres de la especie humana, por que los mismos placeres no pueden tener el mismo efecto sobre los hombres que estan todos diferentemente conformados y modificados. Este es el motivo por que la mayor parte de los moralistas se han acordado tan poco entre sí, tanto sobre los objetos en los cuales han hecho

consistir la felicidad, cuanto sobre los medios de obtenerla. No obstante, la felicidad parece ser en general un estado ó durable ó momentaneo que nos contenta, porque es conforme á nuestro ser; esta concordia consiste en el estado en que se encuentra el hombre, y las circunstancias en que la naturaleza le ha colocado; ó, por mejor decir, la felicidad es la coordinacion del hombre con las causas que obran sobre él.

Las ideas que los hombres se forman de la felicidad dependen no tan solo de su temperamento ó su conformacion particular, sino tambien de las costumbres que han contraido. La costumbre es, en el hombre, un modo de ser, de pensar y de obrar que nuestros órganos, tanto interiores como exteriores, adquieren por la frecuencia de los mismos movimientos, de que resulta la facilidad de hacer estos movimientos con prontitud.

Si consideramos todas las cosas con atencion, hallaremos que casi toda nuestra conducta, el sistema de nuestras acciones, nuestras ocupaciones, nuestras amistades, nuestros estudios y nuestras diversiones, nuestros modos y costumbres, nuestros vestidos y nuestros alimentos, son los efectos de los hábitos que nos hemos formado, á los cuales tambien debemos igualmente el facil ejercicio de nues-

tras facultades mentales, del pensamiento, del juicio, del talento, de la razon, del gusto etc. La mayor parte de nuestras inclinaciones, de nuestros deseos, de nuestras opiniones, de nuestras preocupaciones, de las falsas ideas que nos hacemos del bien estar, y en una palabra, de los errores que todo nos induce á creer y seguir, son debidas á la costumbre, que es la que nos afirma en el vicio ó la virtud. (1)

La fuerza de la costumbre es tal que muchas veces la confundimos con la naturaleza: de aquí dimanar, como no tardaremos en demostrarlo, todas las opiniones y las ideas que han sido llamadas *innatas*, porque nadie ha querido buscar su origen verdadero. Lo cierto es que rara vez nos podemos apartar de aquellas á que hemos sido acostumbrados; y que nuestro entendimiento se halla como violentado siempre que se le quiere hacer cambiar de ideas; una inclinacion fatal nos las hace seguir muy

(1) La experiencia nos enseña que el primer crimen nos cuesta siempre mas que el segundo, este que el tercero, etc. La primera accion es siempre el primer principio de la costumbre: á fuerza de combatir los obstaculos que nos pueden impedir el acometer las acciones criminales, llegamos á vencerlas con mas facilidad; y esta es la causa por que muchas veces la costumbre nos hace cometer tanta maldad.

amenudo, á pesar de los dictados de nuestra razón.

Un mero mecanismo basta para darnos la explicacion de los fenómenos tanto físicos como morales de la costumbre; nuestra alma, á pesar de su espiritualidad, se modifica del mismo modo que nuestro cuerpo. La costumbre hace que los órganos de la voz aprendan, por medio de ciertos movimientos que nuestra lengua adquiere en nuestra infancia, á dar curso á las ideas concentradas en nuestro cerebro. Una vez que nuestra lengua se acostumbra á moverse de un cierto modo, ninguna dificultad le quedá que vencer. Lo mismo sucede con nuestras ideas; nuestro cerebro, nuestro órgano interior, ó nuestra alma acostumbrada desde un principio á ser modificada de un cierto modo, á unir ciertas ideas con los objetos que se nos presentan y á formarse un sistema ligado de opiniones falsas ó verdaderas, siente un cierto movimiento doloroso siempre que se la quiere dar una impulsión, ó dirección distinta á sus movimientos habituales. De lo que resulta que es casi tan difícil el cambiar de opiniones como de lengua. (1)

(1) Hobbes dice « que es de la naturaleza de un hombre que ha sido conmovido repetidas veces del

Esta sin duda es la causa de la inclinacion casi invencible que tantos hombres tienen por algunos usos, preocupaciones, é instituciones de que en vano la razon, la experiencia y la probabilidad, les hacen ver la inutilidad y aun el peligro. La costumbre resiste á las mas claras demostraciones; estas no tienen ningun poder contra las costumbres y vicios arraigados, contra los mas ridiculos sistemas, ni contra las costumbres mas bizarras, sobre todo cuando se las considera como útiles al interes comun y al bien de la sociedad. Esta es la margen de la obstinacion con que los hombres siguen sus religiones, sus antiguos usos, sus costumbres desrazonables, sus injustas leyes, sus abusos que muy á menudo les causan muchos sentimientos, y finalmente sus preocupaciones que son muy bien conocidas pero no remediadas. Este es el motivo por que las naciones consideran como peligrosas las causas mas útiles, y se creerian perdidas si se remediassen los males que sehan habituado

mismo modo, el recibir continuamente mayor aptitud ó mayor facilidad de producir los mismos movimientos. Esto es lo que constituye la costumbre, tanto moral como fisica. Véase Hobbes, *Tratado de la Naturaleza humana*.

á considerar como necesarios, y como muy difíciles y aun peligrosos de curar. (1)

La educacion es el arte inapreciable de hacer que los hombres contracten desde un principio, es decir, cuando sus órganos son aun flexibles, las costumbres, las opiniones y los modos de ser adoptados por la sociedad en que viven. Los primeros instantes de nuestra infancia son todos empleados en hacer experiencias; los que han sido encargados de nuestra educacion nos enseñan el modo de servirnos de ellas, ó hacen que nuestra razon se desenvuelva; las primeras impulsiones que recibimos deciden generalmente de nuestra suerte, de nuestras pasiones, de las ideas que nos formamos de la felicidad, de los medios de que nos servimos para obtenerla, de nuestros vicios, y de nuestras virtudes. El niño adquiere sus ideas bajo los ojos de su maestro, y aprehende de él á apreciarlas, á pensar de cierto modo, y á juzgar bien ó mal. Su preceptor le presenta varios objetos que le acostumbran á amar, á aborrecer, á desear, á huir, y á estimar ó despreciar. Este es el motivo por

(1) *Assiduitate quotidianá et consuetudine oculorum assuescunt animi, neque admirantur, neque requirunt rationes earum rerum quas vident.* Cic. de naturá Deorum, lib. II, cap. 2.

que las opiniones se nos transmiten de nuestros padres, de nuestras madres, de nuestra nodriza, y de los maestros que se nos dan en nuestra infancia; de este modo nuestro entendimiento se replega poco á poco de verdades ó errores, por los que cada cual forma una regla para su conducta, que le hace en lo sucesivo dichoso ó desgraciado, virtuoso ó vicioso, estimable ó aborrecible para sus semejantes, contento ó descontento de su destino, segun los objetos hácia los que sus pasiones han sido dirigidas, y segun la energía de su entendimiento: por consiguiente ama y busca lo que sus primeros maestros le han dicho que debe amar y buscar; estos le dan sus gustos, sus inclinaciones, sus fantasias, que en todo el curso de su vida no hace mas que tratar de satisfacer, segun la actividad de que la naturaleza le ha dotado.

La política debería unicamente ser el arte de regular las pasiones de los hombres, y de dirigirlas hácia el bien comun de la sociedad; pero desgraciadamente no sirve en general mas que para armar las pasiones de los miembros de la sociedad y hacerlos destruirse mutuamente. El motivo es porque no está fundada sobre la naturaleza, la experiencia y la utilidad; sino sobre las pasiones, los caprichos,

y la utilidad particular de los que gobiernan la sociedad.

Para que la política fuese útil, sería necesario que fuese fundada sobre los principios de la naturaleza, es decir, conforme á la esencia y al objeto de la sociedad; como esta no es mas que un todo formado por la reunion de un gran numero de familias y de individuos, reunidos para aliviar mas facilmente sus necesidades recíprocas, la política, destinada á mantener la sociedad, debería entrar en estas miras, facilitar los medios de obtenerlas, y apartar todos los obstaculos que podrian oponerse á este objeto.

Cuando los hombres se juntaron entre sí para vivir en sociedad, hicieron, ya sea formalmente ó ya tacitamente, un *pacto* por el cual se obligaron, á hacerse mutuos servicios y á no dañarse. Pero, como la naturaleza del hombre le inclina continuamente á satisfacer sus pasiones sin el menor miramiento por sus semejantes, ha sido necesario el formar una fuerza que fuese capaz de hacerle seguir con su deber, y acordar de sus promesas, que sus pasiones le hacen muy á menudo olvidar. Esta fuerza ha sido llamada *ley*; esta es la suma de las voluntades de la sociedad, reunidas para fijar la conducta de sus miembros ó para di-

rigir sus acciones de modo que puedan concurrir al objeto de la asociación.

Pero como la sociedad, sobre todo si fuese considerable, no podría convocarse toda sin mucha dificultad, ni hacer conocer sus intenciones sin tumulto, fué necesario el escoger algunos ciudadanos que gozarian de toda su confianza, que fuesen los interpretes de su voluntad, y los depositarios del poder necesario para hacerla ejecutar. Tal es el origen de todo *gobierno* que, aunque *legítimo tal vez*, no por eso tiene otro derecho mas que el del consentimiento de la sociedad, sin el cual no es entonces que una *usurpacion*, una *violencia*, y un *robo*. Los que estan encargados de este gobierno se llaman *soberanos*, *gefes* ó *legisladores*; y segun la forma que la sociedad ha dado al gobierno, son *monarcas*, *magistrados*, *representantes* etc. Como el gobierno no recibe su poder mas que de la sociedad, y no ha sido establecido que por su bien, es evidente que esta tiene el poder de revocarle cuando su interes lo exige, de mudarle de forma, y de aumentar ó disminuir el poder que confia á sus gefes, sobre quien conserva siempre una autoridad suprema, dada por la ley inmutable de la naturaleza, que requiere que la particula se someta al bien estar del todo.

De modo que los soberanos son los *minis-*

tros de la sociedad, sus *interpretes*, los *depositarios* de una porcion mas ó menos grande de su poder, y de ningun modo sus *amos absolutos*, ni menos los *duenos de las naciones*. Por un pacto tacito ó significado, estos soberanos han prometido el velar al orden, y ocuparse del bien estar de la sociedad; estas son las condiciones bajo las cuales las naciones han consentido á obedecerles, pero no ciegameute. No hay sociedad alguna en toda la tierra que haya querido ni podido conferir en sus gefes el derecho de dañarla: semejante concesion seria anulada por la naturaleza, que quiere que cada sociedad y cada individuo de la especie humana se emplee en su conservacion, y que no pueda consentir, él mismo, en su desgracia permanente.

Para que las leyes sean justas, no deben tener otro objeto que el interes general de la sociedad, es decir, el de asegurar al mayor numero de ciudadanos las ventajas objeto de su asociacion. Estas ventajas consisten en la *libertad, propiedad y seguridad*. La libertad es la facultad que todo ciudadano debe tener, de poder hacer para su felicidad todo lo que no dañe á los demas. El ejercicio de la libertad dañoso para la sociedad se llama licencia ó disolucion. La propiedad es la facultad de gozar tranquilamente de las ventajas que la

industria y el trabajo han procurado á cada miembro de la sociedad. La seguridad es la certidumbre que cada miembro debe tener, de gozar de su persona y de sus bienes bajo la proteccion de la ley, con tal que observe con fidelidad lo que ha prometido á la sociedad.

La justicia es la que asegura á cada miembro las ventajas ó derechos de que acabamos de hablar; lo que nos hace ver que sin justicia la sociedad no nos puede procurar ninguna felicidad. La justicia se llama tambien equidad porque, ayudada de la ley (hecha para regir á todos) iguala todos los miembros de la sociedad, é impide el que cada cual use del ascendiente que la desigualdad de naturaleza ó industria le ha dado, para dañar á los demas.

Derecho es todo lo que las leyes equitativas de la sociedad permiten á sus miembros, en favor de su propia felicidad. Estos derechos son evidentemente limitados por el objeto invariable de la asociacion: la sociedad por su parte tiene un derecho particular sobre todos sus miembros, por medio de las ventajas que les procura, y cada miembro tiene un derecho incontestable de exigir de ella, ó de sus ministros, las ventajas que han sido el objeto por que han formado la sociedad, y por que han renunciado á una gran parte de su libertad

natural. Una sociedad, cuyos gefes y leyes no procuran ningun bien á sus miembros, pierde incontestablemente su derecho sobre ellos: un gefe que acomete los derechos de la sociedad pierde en el momento el derecho de mandarla. No hay patria sin bien estar; la sociedad sin equidad no encierra mas que enemigos, la sociedad oprimida no contiene que opresores y esclavos, y un esclavo no puede ser ciudadano; la libertad, la propiedad y la seguridad son las que nos hacen amar la patria, y el amor de su patria es lo que constituye un buen ciudadano. (1)

La falta que tenemos de conocer y de aplicar estas verdades ha sido la causa de que las naciones hayan sido tan desgraciadas hasta aquí, y de que no se hayan compuesto mas que de una multitud de viles esclavos, separados unos de otros, y sin ninguna amistad por una sociedad que no les procura ningun bien. Por la confianza demasiada de estas naciones, ó por la perfidia y violencia de aquellos á quien habian confiado el poder de hacer las leyes y de ponerlas en ejecucion, los soberanos han llegado á hacerse sus dueños absolu-

(1) Un antiguo poeta ha dicho: *servorum nulla est nunquam civitas.*

tos. Estos tiranos, olvidandose del verdadero origen de su poder, quisieron que se creyese que lo habian recibido del cielo, que no debian cuenta á nadie sino á él de sus acciones, que no debian nada á la sociedad, y en una palabra, quisieron ser la imagen de Dios sobre la tierra, y gobernarla arbitrariamente como los dioses del empireo. Desde entonces la política corrompida no fué mas que un latrocinio publico; las naciones envilezidas no se atrevieron á levantarse contra sus tiranos: las leyes no fueron mas que los ejecutores de sus caprichos; el interes publico fué sacrificado á su interes particular; toda la fuerza de la sociedad se volvió contra ella misma; muchos de sus miembros se desprendieron de ella para seguir y servir á sus opresores, y estos para seducirles mejor les dieron plena permission de dañarla, y de aprovecharse de sus desgracias. Desde entonces la justicia, la libertad, la seguridad y la virtud desaparecieron de entre las naciones: la política consistió en el modo de aprovecharse de su fuerza y de sus tesoros para subjugarlas á ellas mismas, y de dividir sus intereses para poder lograr su intento muy fácilmente; y enfin una costumbre, tan maquinaal como vil, hizo que estos pueblos envilecidos se acostumbraesen y aun amasen sus cadenas

Todo hombre que no tiene que temer se hace malo; aquel que cree no necesitar de nadie se persuade facilmente que puede seguir sin obstaculo todos los caprichos y malas inclinaciones de su corazon: de modo que el temor es el solo obstaculo ó freno que las naciones pueden oponer á las pasiones de sus gefes, que sin él no tardarian en corromperse, y en servirse de los medios que la sociedad les dá para granjearse muchos complicés en sus iniquidades. Para corregir estos abusos seria preciso que la sociedad limitase el poder que confia á sus gefes; que se reservase una porcion suficiente de él para impedirles el con que puedan hacer daño; y que se serviese de toda su prudencia para dividir estas fuerzas que, reunidas, la oprimirian sin que pudiese hacer la menor resistencia. Por otra parte, la reflexion mas simple le dá á conocer que la carga de la administracion es demasiado grande para ser llevada por un solo hombre, que la extension y la multiplicidad de obligaciones haran desidioso, y que el absoluto poder que posee hará un picaro. En fin la experiencia de todos los siglos basta para convencer las naciones que todo hombre se inclina á abusar de su poder; y que el soberano debe estar sujeto á la ley, y no la ley al soberano.

El gobierno no puede menos de influir so-

bre el caracter fisico y moral de las naciones. Cuando es justo, influye y aumenta el trabajo, la actividad, la abundancia y la salubridad; pero cuando es injusto, produce la pereza, el abandono, la hambre, la miseria, la contagion, los vicios y los crímenes. El incremento ó decadencia del talento, de la industria y de la virtud depende solo de él. Efectivamente el gobierno dispensador de grandezas, de riquezas, de recompensas y de castigos, en una palabra, dueño de los objetos que los hombres se han acostumbrado desde su infancia á considerar como la felicidad, adquiere una influencia inevitable sobre su conducta; enciende sus pasiones, y las vuelve del lado que mejor le conviene; modifica y regula sus costumbres, que no son, tanto en todo un pueblo como en un individuo, mas que la conducta ó el sistema general de las voluntades y acciones provenientes de su educacion, del gobierno que les rige, de sus leyes, de sus opiniones religiosas, y de sus instituciones buenas ó malas. En una palabra, las costumbres dependen de los habitos que los pueblos se forman; son buenas cuando el resultado es una felicidad sólida para la sociedad: pero pueden ser malas á pesar de la sancion de las leyes, del uso de la religion, de la opinion publica y aun del ejemplo, si no tienen en su favor mas que el testi-

monio de la preocupacion, que rara vez consulta ni la experiencia, ni tan poco el entendimiento. No hay ni ha habido accion, por abominable que sea, que no tenga ó haya tenido la mayor aprobacion en alguna nacion. El parricidio, el sacrificio de los hijos, el robo, la usurpacion, la crueldad, la intolerancia, y aun la prostitucion, han sido consideradas como acciones licitas, y aun dignas de alabanzas. La religion sobre todo ha consagrado los usos mas atroces.

Como las pasiones no son que los movimientos de atraccion y repulsion que la naturaleza ha dado al hombre, para que use de ellos segun le convenga, las leyes dirigidas por el gobierno que tiene el iman que se necesita para hacerlas obrar, puede corregirlas y reprimirlas con facilidad. Todas nuestras pasiones se ciñen en amar ó aborrecer, buscar ó huir, desear ó temer. Estas pasiones, necesarias para la conservacion del hombre, son la consecuencia de su organizacion, y se manifiestan con mayor ó menor energía, segun su temperamento; la educacion ó la costumbre las desenvuelve y modifica, y el gobierno las inclina hácia los objetos que cree convenientes á los sujetos que le pertenecen. Los nombres diferentes que se dan á las pasiones son relativos á los diferentes objetos que las excitan,

como por ejemplo, los placeres, la grandeza y las riquezas producen la lujuria, la ambicion, la vanidad y la avaricia. Si buscamos con cuidado el origen de las pasiones dominantes de las naciones, le hallaremos regularmente en su gobierno. El impulso que sus gefes les dan las hace tan pronto guerreras, tan pronto supersticiosas, tan pronto ansiosas de gloria como de dinero, tan pronto sensatas como tontas. Si los soberanos empleasen, en ilustrar y hacer la felicidad de sus estados, la decima parte de los gastos y trabajos que emplean para embrutecerlas, engañarlas y afligirlas, sus vasallos en breve serian tan sabios y dichosos, como son ciegos y desgraciados.

Esto nos demuestra que debemos renunciar al proyecto romanescos de destruir las pasiones en el corazon de los hombres; y que nos debemos contentar con dirigir las hacia algunos objetos que puedan ser utiles para ellos mismos y para sus asociados. Que la educacion, el gobierno y las leyes les habituen á contenerlas en los justos límites fijados por la experiencia y la razon. Obtenga el ambicioso todos los honores, títulos, distinciones y poder, con tal que sea capaz de servir utilmente su patria; dense las riquezas al que las desea, con tal que sepa hacerse necesario para sus conciudadanos; derramense los loores so-

bre los que aman la gloria; y en una palabra, dejemos obrar libremente las pasiones de los hombres, con tal que no redunde de ellas mas que ventajas para la sociedad; que la educacion y la política no enciendan ni animen que las que pueden ser ventajosas para el genero humano; entonces no seran tan peligrosas, porque estaran mejor dirigidas.

La naturaleza no hace á los hombres ni buenos ni malos; (1) lo unico que hace es unas máquinas mas ó menos activas, movibles ó energicas; á lo que añade los cuerpos, los órganos, y los temperamentos de que resultan sus pasiones y sus deseos mas ó menos impetuosos: todo el objeto de estas pasiones es el de la felicidad; por consiguiente todas son legitimas y naturales, y no pueden ser llamadas buenas ni malas, excepto por la influencia que pueden tener sobre los demas seres de la especie humana. La naturaleza nos dá las piernas para sostenernos y transportarnos de un lado á otro; los cuidados de los que nos crían las fortifican, y nos enseñan el modo de servirnos de ellas. El brazo que la naturaleza me ha

(1) Seneca dice con mucha razon: *erras si existimes vicia nobiscum nasci; supervenerunt, ingesta sunt.* Véase Seneca, epist. 91, 95, 124.

dato no es ni bueno ni malo; pero me es necesario para un fin de acciones de la vida: no obstante, este mismo brazo puede ser pernicioso si me sirvo de él para robar, ó asesinar, con el fin de procurarme un dinevo que he sido acostumbrado á desear desde mi infancia, y que la sociedad hace necesario para mi bien estar, pero que la industria me podria procurar sin cometer ningun crimen. El corazon humano es un terreno inculto, y que por su naturaleza es tan capaz de producir ortigas, como los granos mas utiles y frutos deliciosos ó venenosos, segun las semillas que habran sido sembradas en él, y la cultura que se le habrá dado. En nuestra infancia nos enseñan lo que debemos estimar ó despreciar, buscar ó evitar, amar ó aborrecer. Nuestros parientes y maestros son los que nos hacen buenos ó malos, sabios ó ignorantes, estudiosos ó disipados, solidos ó ligeros y vanos. Su ejemplo y sus discursos nos modifican para lo que nos queda de la vida, y nos enseñan todo lo que debemos temer ó desear; esto, lo deseamos ó tratamos de obtenerlo, segun la energía de nuestro temperamento que decide siempre de la fuerza de nuestras pasiones. La educacion es pues la que nos inspira nuestras opiniones falsas ó verdaderas, y que nos dá los impulsos primitivos que nos hacen obrar

de un modo ventajoso ó dañoso para nosotros mismos, y para los demas. Todo lo que traemos con nosotros al nacer es un deseo de conservarnos y de hacer nuestra existencia dichosa; la instruccion, el ejemplo, la conversacion, y el uso que adquirimos en el mundo, nos entregan otros tantos medios reales ó imaginarios para hacerlo; la costumbre nos dá la facilidad de emplearlos, y nos haec cobrar una amistad muy fuerte á aquello que nos parecen mas capaces de ayudarnos para obtener los objetos que hemos aprehendido á desear. Cuando la educacion, los ejemplos que se nos dan, y los medios que recibimos pueden ser aprobados por la razon, todo entonces concurre á hacernos virtuosos; la costumbre fortifica estas disposiciones en nosotros; nos hacemos utiles á la sociedad, á la cual todo nos convence que nuestro bien estar está necesariamente unido. Si al contrario, nuestra educacion, nuestras instituciones, los ejemplos que hemos tenido, y las opiniones que nos fueron sugeridas en nuestra infancia, nos presentan la virtud como inútil ó como contraria, y el vicio como util y favorable á nuestra propia dicha, entonces nos haremos viciosos, y nos creeremos interesados en dañar á nuestros semejantes; seguiremos el torrente general, y renunciaremos á esta

virtud que no parecerá á nuestros ojos mas que como un idolo falso, que no merece ni ser seguido, ni ser adorado, siempre que requiere de nosotros el que le inmoemos los objetos que nos hemos acostumbrado á mirar como los mas queridos y dignos de desear.

Para que el hombre fuese virtuoso, seria necesario que tuviese algun interes en serlo, ó que encontrase algunas ventajas en practicar la virtud; y para esto seria preciso que la educacion formase en él buenas ideas, que la opinion pública y el ejemplo le enseñasen la virtud como el objeto mas digno de su culto, que el gobierno le recompensase con fidelidad, que la gloria le acompañase siempre, y que el vicio y el crimen fuesen siempre despreciados y castigados: si esto es así, ¿quien puede decirse virtuoso? ¿Quien es, el que recibe con su educacion las ideas verdaderas de la felicidad, la justa nocion de la virtud, y las disposiciones que puedan hacerle favorable á los demas seres con quien vive? ¿pueden los ejemplos que se le presentan hacerle respetar la decencia, la probidad, la buena fé, la equidad, la inocencia de las costumbres, la fidelidad conyugal, y la exáctitud con que debe llenar sus deberes? La religion, que por sí sola pretende regular nuestras costumbres, ¿nos hace acaso mas sociables, mas

pacíficos ni mas humanos? ¿Los arbitros de la sociedad estan acaso siempre dispuestos á recompensar los que sirven bien á su patria, y á castigar los que la dividen, la arruinan y la roban? ¿Acaso la justicia sostiene exáctamente su peso, ó las leyes han cesado jamas de favorecer el poderoso contra el debil, el rico contra el pobre, y el dichoso contra el miserable? ¿y enfin no vemos el crimen justificado triunfar con insolencia todos los dias del merito que desdeña, y de la virtud que ultraja? Pues entonces es claro que en las sociedades constituidas con tanto defecto, la virtud no puede ser seguida mas que por un corto numero de ciudadanos tranquilos, que saben apreciarla, y gozar de ella ocultamente; para los demas no es que un objeto desagradable, porque no ven en ella sino la enemiga de su felicidad particular, ó la censora de su conducta.

Si es verdad que la naturaleza del hombre le obliga á desear su bien estar, debe tambien hacerle querer los medios de que necesita para obtenerle: seria no tan solo inutil; sino aun injusto, el querer que un hombre fuese virtuoso si para esto fuese necesario el que se hiciese desgraciado. Si el vicio le dá la felicidad, debe amar el vicio; si la inutilidad y el crimen son honrados y recom-

pensados, ¿que interes puede tener en ocuparse de la felicidad de sus semejantes, ó en contener con tanta dificultad la fuga de sus pasiones? Enfin si su entendimiento está lleno de ideas falsas y de opiniones peligrosas, es claro que su conducta no será mas que una progresion de extravíos y de acciones depravadas.

Dicese que los salvages, para aplanar la cabeza de sus hijos, la aprietan entre dos tablas, y de este modo impiden el que tome la forma que la fue destinada. Lo mismo, sobre poco mas ó menos, sucede con todas nuestras instituciones; todo su objeto regularmente es el de contradecir la naturaleza, forzar, borrar ó amortecer las impulsiones que nos dá, y sustituirlas otras que son la margen de todas nuestras desgracias. En casi todas las partes de la tierra los pueblos, en igual de la verdad, no conocen mas que una infinidad de maravillas é ilusiones, y son tratados como aquellas criaturas cuyos miembros, por el cuidado imprudente de las amas que nos crían, son comprimidos de tal modo que llegan á perder la facilidad de acrecentar la actividad y la salud que la naturaleza les habia dado.

Las opiniones religiosas de los hombres no tienen otro objeto que el de hacer que fijen su felicidad sobre unas ilusiones, que sirven

frecuentemente para avivar sus pasiones; y como las fantasmas que les presentan no pueden ser vistas con los mismos ojos por todos los hombres que las contemplan, se disputan continuamente sobre ellos, se aborrecen, se persiguen, y creen siempre tener razon, aun cuando cometan los mayores crímenes para sostener su opinion. Este es el modo con que la religion embriaga á los hombres, y les llena desde su infancia de vanidad, fanatismo y furor, si su imaginacion es ardiente; y si es flemática y cobarde, hace de ellos unos seres enteramente inútiles á la sociedad; si la imaginacion es activa, los hombres son frenéticos, y tan crueles para sí mismos como incómodos para los demas.

La opinion pública nos dá á cada instante las mas falsas ideas de la gloria y del honor, y nos hace estimar no tan solo las ventajas mas frívolas, sino tambien las acciones mas dañosas, que el ejemplo autoriza, que la preocupacion consagra, y que la costumbre es la sola que nos impide de mirar con horror y con el deprecio que merece. Efectivamente, la costumbre nos hace mirar con satisfaccion las mas absurdas ideas, los *usos* mas insensatos, las acciones mas dignas de desprecio, y las preocupaciones mas contrarias á nosotros mismos y á la sociedad en que vivimos; y solo

los objetos á que no estamos acostumbrados nos parecen extraordinarios, singulares, despreciables y ridículos; hay algunos payses en que las acciones mas admirables parecen muy malas y dañosas, y en los que las peores acciones son consideradas como buenas y sensatas. (1)

La autoridad cree que es de su deber el mantener las opiniones recibidas; las preocupaciones y los errores que la parecen necesarios para sostener su poder, son mantenidos con la fuerza, que se aparta siempre de la razon: los príncipes, llenos de las mas falsas ideas de la felicidad, del poder, de la grandeza y de la gloria, estan continuamente rodeados por unos viles cortesanos, cuyo interes es el de no desengañar nunca á sus señores: estos hombres envilecidos no conocen la

(1) Hay algunas naciones en que los ancianos son despedazados, y los niños ahoreados. Los Fenicios y los Cartagineses inmolaban sus hijos á sus dioses. Los Europeos aprueban los duelos, y consideran un hombre que no quiere asesinar á otro como deshonorado. Los Españoles y los Portugueses creen que el quemar un herético es una accion muy meritoria. Los cristianos creen que no hay cosa mas legitima que la de degollarse por sus opiniones. Hay algunos payses en que las mugeres se prostituyen publicamente, etc.

virtud que para ultrajarla, y llegan poco á poco á corromper el pueblo, que se ve obligado á imitar los vicios de los grandes, y que llega á hacerse un merito de imitar todos sus defectos. Las cortes son las verdaderas fuentes de la corrupcion de los pueblos.

Esta es la verdadera causa del mal moral, de modo que todo conspira en hacer que los hombres sean viciosos, en dar á sus almas las impulsiones mas fatales, de que resulta un desorden general en la sociedad, que se hace desgraciada por la desgracia de casi todos los miembros que la componen. Los móviles mas violentos se unen para inspirarnos las mas vivas pasiones por los objetos fútiles como indiferentes para nosotros, pero muy peligrosos para nuestros semejantes, en razon de los medios de que tenemos que servirnos para procurarnoslos. Hasta los mismos que han sido encargados de nuestra educacion, ó impostores ó engañados por sus preocupaciones, impiden el que escuchemos la razon; y nos hacen creer que la verdad es peligrosa y el error necesario á nuestro bien estar actual y futuro. Enfin la costumbre nos une fuertemente á nuestras opiniones insensatas, nuestras inclinaciones viciosas, y con las pasiones que tenemos por ó inútiles ó peligrosas. Este es el motivo por que la mayor parte de

los hombres se ven necesariamente determinados á hacer mal. Este es igualmente el motivo por que las pasiones hereditarias de nuestra naturaleza, y necesarias para nuestra conservacion, se vuelven los instrumentos de nuestra destruccion y de la sociedad que deberian conservar; este es tambien el motivo por que la sociedad está en un estado perpetuo de guerra, y no hace mas que juntar los enemigos, los envidiosos y rivales implacables. Si es verdad que se encuentran aun entre los hombres algunos seres virtuosos, busquémoslos entre aquellos que, nacidos con un temperamento flemático y pasiones mitigadas, no desean, ó desean debilmente, los objetos que componen la felicidad de sus semejantes.

Nuestra naturaleza, diversamente cultivada, decide de nuestras facultades, tanto corporales como intelectuales, y de nuestras calidades, tanto físicas como morales. Un hombre sanguineo y robusto por su naturaleza debe tener necesariamente las pasiones muy fuertes; otro que sea bilioso y melancólico debe tenerlas tristes y extraordinarias; uno que tenga el caracter festivo habrá las pasiones alegres; otro en quien el flema abunda tendrá las pasiones dulces y poco vivas. El equilibrio de los humores parece ser el germen de lo que constituye el hombre virtuoso; su ter-

peramento es la produccion de una combinacion en la cual los elementos ó principios se balanizan con la precision que se necesita para que ninguna pasion exceda las demas en su máquina. La costumbre, como ya hemos visto, no es mas que la naturaleza modificada: esta produce la materia; la educacion, los usos nacionales y domesticos, los ejemplos, etc., le dan su forma; y del temperamento que la naturaleza le ha dado se hacen los hombres sensatos ó insensatos, héroes ó fanaticos, entusiasmados por el bien publico ó estupidos, sabios, amantes de la virtud, ó libertinos sumergidos en el vicio. En fin todas las variedades del hombre moral dependen de las ideas diversas, que se juntan y se combinan diversamente en los varios cerebros por el intermedio de los sentidos. El temperamento es producido por las substancias fisicas; la costumbre es el efecto de las mismas modificaciones; las opiniones buenas ó malas, verdaderas ó falsas que se arreglan en el entendimiento humano, son continuamente los efectos de los impulsos fisicos que ha recibido por sus sentidos.

CAPÍTULO X.

NUESTRAS IDEAS NO PROVIENEN DE NUESTRA ALMA ; NO PUEDE HABER IDEAS INNATAS.

Todo lo que llevamos dicho sirve para demostrarnos que el órgano interior que llamamos *alma* es puramente material. Me parece que deben todos mis lectores quedar convencidos de esta verdad, sobre todo si consideran el modo con que adquiere sus ideas y las impresiones que los objetos materiales hacen sobre nuestros órganos. Ya hemos visto que todas las facultades que llamamos intelectuales son debidas á la facultad de sentir ; y enfin acabamos de explicar por medio de las leyes necesarias de un mecanismo muy simple , las diferentes calidades de los seres que se llaman morales. Ya no nos queda mas que responder á los que se obstinan á hacer del alma una substancia distinta del cuerpo, ó una esencia totalmente diferente de la suya. El fundamento de

su opinion consiste en que dicen que este órgano interior tiene la facultad de formar ideas de sí mismo, y pretenden que el hombre trae consigo al nacer las ideas innatas, fruto de esta nocion maravillosa. (1) De modo que se han imaginado que el alma, por un privilegio especial, goza, en una naturaleza en que todo está unido, de la facultad de moverse por sí misma, de crearse sus ideas, de poder pensar en cualquiera objeto sin que para esto sea necesaria la ayuda de ninguna causa exterior, y que, por medio del movimiento que dá á sus órganos, les hace ver la imagen del objeto de sus pensamientos. La consecuencia de estas pretensiones, que son facilmente confutadas

(1) Algunos antiguos filósofos se han imaginado que el alma contenia originariamente los principios de muchas nociones ó doctrinas; esto es lo que los estoycos llamaban *prolepses*, y los matematicos griegos *νοήματα*. Scaligero las llama *zopyra*, *semina æternitatis*. Los Judíos tienen una doctrina semejante que han derivado de los Caldeos. Los Rabinos nos enseñan que cada alma, antes de ser unida al semen que debe formar una criatura en la matriz de la muger, es confiada á un angel, que le hace ver el cielo, la tierra y el infierno; todo esto por medio de una lampara que se apaga en el momento en que la criatura entra en el mundo. Véase Gaulmin. *de vitá et morte Mosis*.

es que algunos especuladores muy hábiles, pero influidos por sus preocupaciones religiosas, han llegado hasta decir que, sin ningun modelo ni prototipo que obre sobre ellos, nuestros sentidos pueden facilmente formarse una idea del universo entero y de todos los seres que en sí encierra. Descartes y sus discipulos aseguran que los cuerpos no tienen nada que hacer con nuestra alma, y que, aun cuando no existiese nada material fuera de nosotros, nuestra alma no dejaría por eso de sentir, de probar y tocarlo todo del mismo modo que antes.

Que podemos pensar de un Berkley que quiere por fuerza hacernos creer que todo lo que se pasa en este mundo no es mas que una ilusion, que el mismo universo existe solo en nuestra imaginacion, y que hace problematica la existencia de todas las cosas, por medio de los inexplicables sofismas de todos cuantos sostienen la espiritualidad del alma, (1)

(1) Véanse las conversaciones de *Hylas* y de *Philonous*. No obstante, no se puede negar que la idea extravagante del obispo de Cloyne, como tambien el sistema del padre Mallebranche, (que dimanaba todo de Dios, y que defendia las ideas inuatas) se dan la mano con la extravagante nocion de la espiritualidad del alma. Como los teólogos han inventado una substancia entera-

Para justificar unas opiniones tan monstruosas, solo nos dicen que las ideas no son mas que los objetos del pensamiento. Pero, por último analisis, estas ideas no pueden provenir mas que de los objetos exteriores, que, agitando nuestros sentidos, modifican nuestro cerebro, ó bien de los seres materiales contenidos en lo interior de nuestra máquina, que hacen que algunas partes de nuestro cuerpo

mente heterogénea para el cuerpo humano, á la qual han hecho el honor de atribuir todos sus pensamientos, y el cuerpo nos es superfluo; pues que todo proviene de nosotros mismos, ha sido preciso el atribuir todo á Dios, y que Dios sea el intermedio, la union comun del alma y del cuerpo; ha sido preciso considerar el universo entero, sin exceptuar nuestro cuerpo, como un sueño largo y variado, el sueño de un solo hombre; ha sido pues preciso que cada hombre se considere como el todo, el solo ser existente y necesario, y como Dios mismo. De modo que el mas extravagante de todos los sistemas, que es el de Berkley, es el mas difícil de refutar: *abyssus abyssum invocat*. Pero, si el hombre no vé nada fuera de sí, ó si atribuye todo á Dios, si Dios es la union comun del alma y del cuerpo, ¿de que provienen tantas ideas falsas y tantos errores como los que se encuentran en el entendimiento humano? ¿De que provienen estas opiniones, que los teólogos dicen ser tan desagradables á Dios? Lastima es que no podamos preguntar al padre Malebranche, ¿si Espinosa sacó su sistema de Dios mismo?

sientan las sensaciones de que nos aperecibimos, y que nos procuran algunas ideas que, bien que mal, atribuimos á la causa que nos conmueve. Cada idea es un efecto; pero, aunque haya alguna dificultad en llegar á la verdadera margen de esta causa, ¿debemos por eso dejar de suponer que sean debidos á una causa cualquiera? Si nuestras ideas no pueden dimanar mas que de algunas substancias materiales, ¿como podemos suponer que la causa de nuestras ideas pueda ser inmaterial? El decir que el hombre, sin el socorro de ningun objeto exterior y de los sentidos, puede tener una idea exácta del universo, es como si dijéramos que un ciego de nacimiento puede tener una idea verdadera de un cuadro que representa alguna grande accion de que no ha oido nunca hablar.

No hay cosa mas facil que la de conocer el origen de los errores en que los hombres mas profundos y sabios en otros puntos, han caido, cuando han querido profundizar el alma y sus operaciones: forzados por sus preocupaciones, ó por el temor de combatir una teologia imperiosa, han tenido que fijarse sobre el principio que dice, que el alma es un puro espíritu, ó una substancia inmaterial, de una esencia muy diferente de la de los cuerpos y de la de todo cuanto vemos. Alucinados con este prin-

cipio, nunca han podido llegar á concebir como los objetos materiales y los órganos groseros y corporales pueden obrar sobre una substancia que no les es de ningun modo análoga, y sobre todo como pueden modificarla por medio de las ideas que la comunican; viendose en la imposibilidad de explicar este fenómeno, y viendo, por otra parte, que el alma tiene sus ideas, se persuadieron que debia sacarlas todas de sí misma, y no de los seres de que, segun su hipotesis, no pueden tener ninguna accion sobre ella; de modo que se imaginaron que todas las modificaciones del alma eran debidas á su propia energía, y estaban impresas en ella desde el primer momento de su formacion por el autor de la naturaleza, que creen inmaterial como ella misma, y por consiguiente que no dependè de ningun modo de los seres que conocemos, ó que obran sobre nosotros por medio de la via grosera de nuestros sentidos.

No deja, no obstante, de haber algunos fenómenos que mirados superficialmente, parecen apoyar la opinion de estos filósofos, y anunciar en el alma humana la facultad de producir ideas en sí misma, sin tener ninguna necesidad de socorros exteriores; estos fenómenos son los *suenos*, bajo cuya influencia nuestro órgano interior, privado de los objetos

que le conmueven visiblemente, no deja de tener sus ideas, de entrar en accion, y de ser modificado de un modo capaz de influir hasta sobre nuestro cuerpo. Pero, por poco que reflexionemos, hallaremos la solucion de esta dificultad; veremos que aun en nuestros sueños, nuestra imaginacion está llena de una infinidad de ideas, las mismas que habia recibido la vispera; y que estas ideas le fueron dadas por los objetos exteriores y corporales que la modificaron; veremos que estas modificaciones se renuevan en él, no por un movimiento espontáneo ó voluntario de su parte, sino por una progresion de movimientos involuntarios que pasan en su máquina, que son los que los determinan ó excitan en su cerebro: estas modificaciones se renuevan con mayor ó menor exâctitud y conformidad con las que ya habia antes recibido. Algunas veces, aunque soñando, conservamos nuestra memoria; entonces nos acordamos fielmente de los objetos que nos han conmovido; otras, las modificaciones se renuevan sin orden, sin progresion, ó muy diferentes de las que los objetos reales han excitado antes en nuestro órgano interior. Si en medio de un sueño creo ver un amigo, mi cerebro se renueva las modificaciones ó las ideas que este amigo excitaba en él, en el mismo orden en que se hallaban cuando estaba pre-

sente á mis ojos, lo que no es mas que un mero efecto de la memoria. Cuando en otro sueño veo un monstruo, cuyo modelo no existe en la naturaleza, mi cerebro no hace mas que modificarse de la misma manera que lo estaba por las ideas particulares y distintas de las cuales no hace entonces mas que componer un todo ideal, por medio de la aproximacion ó asociacion ridícula de las ideas dispersas que se habian formado en él; y en este caso, aunque soñando, conservo la imaginacion.

Todo sueño incómodo, bizarro y sin connexion, es comunemente el efecto de una digestion penible, de algun desorden en nuestra máquina, de que la sangre está demasiado caliente, de una fermentacion dañosa, etc.; estas causas materiales son las que excitan en nuestros cuerpos los movimientos desordenados que impiden el que nuestro cerebro se modifique como lo habia hecho la vispera. La consecuencia de este desorden es que el mismo cerebro se vé embrollado, y no nos representa sus ideas mas que confusamente y sin connexion. Cuando un sueño me representa un esfinge, ó le ho visto representado la vispera, ó bien la irregularidad de los movimientos de mi cerebro, hace que combine las ideas ó las partes de que resulta un todo ó copia sin original, cuyas partes no son de

ningun modo susceptibles de reunion. Este es el modo con que mi imaginacion se llega á formar la idea de la cabeza de una muger con el cuerpo de una leona, porque tenemos alguna idea de una y otra. En este caso mi cabeza obra del mismo modo, como cuando, por algun vicio del órgano interior, mi imaginacion desarreglada me representa semejantes objetos, aun cuando estoy despierto. Sucede muchas veces que soñamos sin dormir; pero nuestros sueños, por extravagantes que sean, no dejan nunca de tener alguna relacion con los objetos que han conmovido nuestra imaginacion. Diganlo los teólogos que, aunque despiertos, han compuesto sin la menor dificultad los fantasmas de que se sirven para amedrentar á los hombres. Para esto no han hecho mas que juntar las facciones dispersas que han encontrado en los seres mas terribles de nuestra especie; exâgerando el poder y los derechos de los tiranos que conocemos, que nos han representado como dioses, y acostumbrado á temblar en su presencia.

Esto nos demuestra que los sueños, lejos de probarnos que nuestra alma obra por su propia energia, ó dimana sus ideas de sí misma, no hacen al contrario mas que hacer ver que es totalmente pasiva, y que se renueva sus modificaciones por medio del desorden involun-

tario que las causas físicas producen en nuestro cuerpo, de modo que todo nos demuestra la identidad y la consubstancialidad del alma. Lo que parece haber engañado á los que han querido sostener que el alma recibía sus ideas de sí misma, es que han considerado estas ideas como unos seres reales, en igual que no son mas que unas modificaciones producidas en nosotros por unos objetos enteramente distintos de nuestro cerebro, que es el verdadero modelo de quien se debían sacar; este es el origen de todos sus errores.

El alma no obra nunca por sí misma, tanto en el hombre que sueña, como en el borracho, es decir en un hombre modificado por algun licor espirituoso ; que puede ser comparado á un enfermo delirante, es decir, modificado por las causas físicas que turban las funciones de su máquina ; y enfin en aquel que tiene el cerebro turbado. Los sueños, como todos estos estados, no anuncian mas que un desorden físico en la máquina humana, por el cual el cerebro no obra de un modo regular y preciso. Este desorden no es debido mas que á las causas físicas, como los alimentos, los humores, las combinaciones y las fermentaciones poco análogas al estado de salubridad que el hombre requiere, y sin el cual el cerebro se halla necesariamente turbado, porque

su cuerpo está agitado de un modo extraordinario.

No creamos pues que nuestra alma, en ningún instante de su existencia, pueda obrar por sí misma, pues está, conjuntamente con nuestro cuerpo, sometida á las impresiones de los seres que obran sobre nosotros necesariamente segun sus propiedades. El vino, tomado con demasía, turba nuestra ideas, y desordena nuestras funciones corporales y mentales.

Si fuese posible el que existiese en la naturaleza un ser verdaderamente capaz de moverse por su propia energía, es decir, de producir los movimientos independientes de todas las demas causas, semejante ser seria capaz de detener por sí solo, el curso entero del universo, que no es mas que una cadena inmensa y no interrumpida de causas unidas unas con otras que obran segun las leyes necesarias é inmutables, que no pueden ser ni alteradas ni suspendidas, sin que las esencias y las propiedades de todas las cosas se cambien y aun se pierdan enteramente. Todo el sistema del mundo nos presenta perpetuamente una progresion de movimientos recibidos y comunicados de uno en otro por unos seres capaces de obrar unos sobre otros; este es el motivo por que todo cuerpo se mueve con el movimiento que recibe de otro cuerpo; los im-

pulsos ocultos de nuestra alma son debidos á algunas causas ocultas, pero existentes en nuestro interior. Si creemos que se mueve por sí misma, es porque no vemos los resortes que la conmueven, ó porque suponemos estos moviles incapaces de producir los efectos que admiramos: ¿pero acaso podremos concebir con mas facilidad como una chispa, llegando á unirse con la polvora, es capaz de producir los terribles efectos que vemos? La margen de nuestros errores es la idea que nos hemos formado de que el cuerpo no es mas que una materia bruta é inerta, en igual que este cuerpo es una máquina sensible, que necesariamente tiene su conocimiento en el instante en que recibe una impresion, y que conoce perfectamente el sentido de la palabra *yo* por la memoria de las impresiones que ha recibido sucesivamente; memoria que considerada como fija, resucitando una impresion recibida anteriormente, ó deteniéndola, ó haciendo que dure una impresion que recibimos, etc, nos dá todo el mecanismo necesario del razonamiento.

Una idea, que no es mas que una modificacion imperceptible de nuestro cerebro, pone en accion el órgano de la palabra, ó se deja ver en los movimientos que excita en nuestra lengua; esta, por su parte, dá nacimiento á las ideas, los pensamientos y las pasiones en los

seres que poseen unos órganos susceptibles de recibir unos movimientos análogos, en consecuencia de los cuales, las volúntades de la mayor parte de los hombres, hacen que sus esfuerzos combinados produzcan una revolución en un estado, y aun influyan sobre el globo entero. Alexandro decidió de la suerte del Asia; Mahomet cambió la superficie religiosa de la tierra; las causas mas imperceptibles producen muy á menudo los efectos mas terribles y mas extensos, por medio de la consecuencia necesaria de los movimientos impresos en el cerebro de los hombres.

La dificultad de poder comprehender los efectos del alma del hombre, ha sido causa que se la atribuyan las calidades que se han examinado en ella. El alma, con la ayuda de la imaginacion y del pensamiento, parece salir de nosotros mismos, llegar con la mayor facilidad hasta los objetos mas lejanos, coherer y aun unir en un momento todos los puntos del universo. Esto hizo creer que un ser capaz de ejecutar con tanta facilidad los movimientos mas rapidos debia ser superior á los demas: se dió por un hecho que el alma hacia verdaderamente el camino inmenso que era necesario para llegar á los objetos diversos que deseaba, y nadie llegó á conocer que para hacerlo en un momento no tenia que valerse

mas que de sí misma, con el socorro de las ideas consignadas en ella por medio de sus sentidos.

Efectivamente, nuestros sentidos solos son capaces de hacernos conocer los seres, ó de producir algunas ideas en nosotros: los movimientos impresos en nuestro cuerpo son los que hacen que nuestro cerebro se modifique, ó que nuestra alma piense, quiera y obre. Si, como ha dicho Aristoteles ya hace mas de dos mil años, « *nada puede penetrar en nuestro espíritu sin pasar por nuestros sentidos* » todo cuanto sale de él (1) debe de encontrar algun objeto sensible, á quien pueda atribuir sus ideas, ya sea inmediatamente, como á un hombre, un arbol, un pajaro, etc, ó ya sea en la última analisis ó decomposicion, como el

(1) Este principio tan verdadero, tan luminoso, tan importante por las consecuencias que acarrea necesariamente, ha sido explicado en toda su fuerza por lo anónimo que ha dado á la enciclopedia los artículos *Inconprehensible*, *Locke (Filosofia de)*: no se puede dar cosa mas sensata, mas filosófica, ni mas capaz de extender la esfera de las ideas de lo verdadero, que lo que este sabio anónimo dice sobre este particular en los dos artículos que acabamos de indicar, y á los que, por no multiplicar demasiado las citas, dirijo mi lector.

placer, la *dicha*, el *vicio*, ó la *virtud*, etc. Luego siempre que una palabra ó su idea no producen ningun objeto sensible al cual se puedan atribuir esta palabra ó esta idea, no tienen ningun sentido; y seria necesario el desterrar la idea de su imaginacion y la palabra de su lengua, pues que ni una ni otra quieren decir náda. Este principio no es mas que la inversa del axioma de Aristoteles; y pues que la directa es clara y evidente, la inversa debe serlo tambien.

Lo que es incomprehensible es, como el sabio Loke, y todos los demas filósofos que á pesar de los teologos han seguido el sistema de Aristoteles, despues de haber reconocido la absurdidad del sistema de las ideas innatas, han podido contentarse con esto, sin sacar las consecuencias inmediatas y necesarias que de allí resultan? ¿Como no han tenido valor para combatir con un principio tan evidente todas las ilusiones que han poseido y rigen el entendimiento humano? ¿como no han visto que este principio demolia los cimientos sobre que está fundada una teología que no presenta nunca al hombre mas que unas ideas inaccesibles á su entendimiento, y de las cuales por consiguiente no puede formarse ninguna opinion buena ó mala? Pero desgraciadamente la preocupacion sobre todo cuando es sagrada, no-

cubre enteramente los ojos y nos impide el ver las aplicaciones mas simples y los principios mas evidentes : En materia de religion, los hombres mas sabios son regularmente unos niños, incapaces de presentir ni de sacar ninguna consecuencia de sus mismos principios.

Locke, y todos que han adoptado su hermoso sistema, ó por mejor decir el axioma de Aristoteles, hubieran debido inferir que todos los maravillosos seres de quien habla la teologia no son mas que unas meras ilusiones ; que el entendimiento, ó la substancia sin extension é inmaterial, no es mas que una falta total de ideas ; y enfin hubieran debido conocer que esta inteligencia desconocida á quien han dado el timon del mundo, y de que nuestros sentidos no pueden concebir ni la existencia ni las calidades, es unicamente un ser imaginario.

Los moralistas por la misma razon debieron inferir que lo que llaman *sentimiento moral*, *instinto moral*, é *ideas innatas* de virtud, anteriores á toda experiencia, ó á los efectos buenos ó malos que resultan de ellas, no son mas que unas nociones ilusorias, que, como muchas otras, no tienen otro garante ni otra base mas que la de la teología. (1) Antes de

(1) Esta es la base teologica ó imaginaria sobre la cual

juzgar debemos sentir, y antes de comparar debemos ser capaces de distinguir el bien del mal.

Para desengañarnos completamente acerca de las ideas *innatas*, ó de las modificaciones impresas en nuestra alma en el momento de su nacimiento, no necesitamos mas que buscar su origen, y conoceremos que cuando las que nos son familiares, y que se han como indentificado con nosotros, provienen de algunos de nuestros sentidos, se han gravado con la mayor dificultad en nuestro cerebro, no han podido nunca ser precisas, y que han variado continuamente; conoceremos que estas imaginadas ideas, hereditarias para nuestra alma, son los efectos de la educacion, del ejemplo,

un gran numero de filosofos han querido fundar la moral, que, como lo probaremos en el capítulo 15, no puede ser fundada mas que sobre el interes, las necesidades y el bien estar del hombre, lo que conocemos por la experiencia que la naturaleza nos ha hecho capaces de hacer. La moral es una ciencia de hechos; el fundarla sobre unas hipótesis, de que nuestros sentidos no pueden afirmar la realidad, y sobre la cual los hombres se disputaran eternamente, porque no se entenderan jamas; y el decir que las ideas de moral son innatas, ó el efecto de un instinto particular: es como si dijéramos que un hombre sabe leer sin haber aprehendido el alfabeto.

y sobre todo de la costumbre que, por unos movimientos reiterados, hace que nuestro cerebro se familiarice con los sistemas, y asocie y ponga, por decirlo así, en orden sus ideas claras ó confusas. En una palabra, tomamos por ideas innatas todas aquellas cuyo origen nos es desconocido, ó que no nos acordamos ni de la época precisa, ni de las circunstancias sucesivas en que estas ideas se han consignado en nuestra imaginación. Llegados á una cierta edad, se nos figura que hemos tenido siempre las mismas nociones; nuestra memoria, cargada de una infinidad de experiencias ó de hechos, no nos recuerda, ó por mejor decir, no puede distinguir las circunstancias particulares que han contribuido á dar á nuestro cerebro su modo de pensar, y sus opiniones actuales. Ninguno de nosotros se acuerda de la primera vez que ha oído pronunciar el nombre de Dios, de las ideas que esta palabra le dió, ni de los pensamientos que su sonido produjo en él. No obstante es muy seguro que, desde que le oímos, no hemos cesado de buscar en la naturaleza algún ser á quien poder atribuir la idea que nos hemos formado, ó que nos han sugerido de él. Las personas de mayor entendimiento, acostumbradas desde su infancia á oír hablar de Dios, consideran su idea como infusa en la naturaleza, en igual que es

visiblemente debida á la pintura, que nuestros parientes ó maestros nos han hecho de ella, y que se han modificado despues en nosotros por medio de nuestra organizacion ó de circunstancias en que nos hallamos: este es el motivo por que cada qual se forma un Dios semejante á sí mismo y modificado como mejor lo entiende. (1) Aunque nuestras ideas de moral son ciertamente mas claras y verdaderas que las de la teologia, no por eso son mas innatas que aquellas; los sentimientos morales ó los juicios que hacemos de las voluntades y acciones de los hombres, no tienen ni deben tener por fundamento mas que la experiencia, que sola es capaz de hacernos conocer aquellas que son utiles ó dañosas, virtuosas ó viciosas, honestas ó deshonestas, y dignas de estimacion ó de menosprecio. Nuestros sentimientos morales son el fruto de una experiencia, casi siempre muy larga y complicada. El tiempo nos la dá; nuestra organizacion particular y las causas que la modifican la hacen mas ó menos exácta, y nos servimos de ella con mayor ó menor facilidad segun la costumbre buena ó mala que tenemos de juzgar. La celeridad con que usamos de nuestras experiencias, ó que juzgamos de las acciones mora-

(1) Véase tomo II, capítulo 4

les de los hombres, se llama *instinto moral*.

Lo que físicamente se llama instinto no es mas que el presultado de alguna necesidad corporal, ó de alguna atraccion ó repulsion tanto en los hombres como en los animales. El niño que acaba de nacer mama por la primera vez ; le ponen en la boca el pezon del pecho, y él, por la analogía particular que existe en lá especie de fluecos de que su boca está compuesta, y la leche que destila del pecho, aprieta el pezon para poder sacar el licor propicio al sustento de su tierna edad : de todo esto resulta una experiencia para el niño ; en breve las ideas de la teta, de la leche y del placer se asocian en su cerebro, y todas las veces que vé una teta, la quiere coger por un instinto natural, y hacer de ella el uso á que fué destinada.

Lo que acabamos de decir puede muy bien servir para hacernos juzgar de los sentimientos prontos y súbitos que llaman *fuerza de la sangre*. El sentimiento de amor que los padres y las madres tienen á sus hijos, y que los hijos bien nacidos tienen á sus padres, no son innatos, sino el efecto que la experiencia, la reflexion y la costumbre tienen en los corazones sensibles. Estos buenos sentimientos no snbsisten en una gran parte de los seres de la especie humana : ¿cuantos parientes vemos

tiranizar á sus hijos, ocuparse en hacerse enemigos de ellos, y no parecer haberlos hecho mas que para que sean las victimas de sus caprichos insensatos?

Desde el primer instante de nuestro nacimiento hasta el de nuestra muerte, nunca cesamos de sentir y de ser conmovidos de un modo agradable, ó desadagable; recojemos los hechos, y acumulamos las experiencias que dan á nuestro cerebro unas ideas buenas ó malas: ninguno de nosotros tiene estas experiencias presentes en la memoria, ni se puede representar todo el hilo de ella; y no obstante, estas son las que dirigen mecánicamente, ó sin que lo sepamos, todas nuestras acciones: la palabra *instinto* no ha sido imaginada mas que para dar á entender la facilidad con que aplicamos estas experiencias, de que muy á menudo hemos olvidado la accion. Este instinto para algunos es el efecto de un poder mágico y sobrenatural, mientras que para otros es una palabra sin sentido; pero el filósofo le considera como un sentimiento muy vivo, y que consiste en la facultad de combinar con prontitud una infinidad de experiencias y de ideas muy complicadas. La necesidad es la que constituye el instinto inexplicable que echamos de ver en los animales, que hemos querido injustamente privar del alma, en igual que son

susceptibles de una infinidad de acciones que no³ prueban, que piensan, que juzgan, que gozan de una memoria como la nuestra, que son capaces de experiencia, que combinan las ideas, y que las aplican con mas ó menos facilidad para satisfacer las necesidades que su organizacion particular les dá ; enfin que tienen sus pasiones, y que son capaces de ser modificados. (1)

Todo el mundo sabe el embarazo que los animales han dado á los partidarios de la espiritualidad; el motivo es porque han temido que si se les daba una alma, se les igualaria al hombre ; y por otra parte que el rehusarsela seria autorizar sus antagonistas á rehusarsela tambien al hombre. Los teologos no han podido nunca salir de estas dificultades. Descartes ha creído componerlo todo con decir que los animales no tienen alma, y que no son mas que unas meras mecánicas. La absurdidad de este principio es facil de conocer: cualquiera que considere la naturaleza sin

(1) No puede haber mayor locura que la de querer rehusar á los animales las facultades intelectuales ; pues á casi todos consta que sienten, tienen ideas, juzgan y comparan, escogen y deliberan ; que tienen buena memoria ; que son capaces de amar y de aborrecer, y que algunas veces sus sentidos son mas finos que los nuestros.

preocupacion conocerá facilmente que la sola diferencia que hay entre el hombre y el animal es debida á su organizacion.

En algunos de los seres de nuestra especie, que parecen dotados de una sensibilidad de organos mayor que la que los demas poseen, vemos un instinto que les hace juzgar con la mayor prontitud de las dispociones mas ocultas de las personas, solo por la inspeccion de los rasgos de sus facciones. Los que llamamos fisonomistas no son mas que unos hombres de un tacto mas fino que los demas, y que han hecho experiencias que estos, ya sea por la groseria de sus órganos, ya sea por su poca atencion, ó por algun defecto en sus sentidos, son enteramente incapaces de hacer : estos ultimos no pueden creer que haya semejantes fisonomistas. No obstante hay cosa mas cierta, que el alma, á pesar de su espiritualidad, hace unas impresiones muy fuertes sobre nuestros cuerpos; como estas impresiones se renuevan continuamente, sus señales se gravan en ellos con la mayor fuerza; las pasiones habituales de los hombres se pintan en su rostro, y hacen que el hombre atento, y dotado de un tacto fino, pueda juzgar con la mayor prontitud de su modo de ser, y aun , que pueda adivinar sus acciones, sus inclinaciones y sus pasiones dominantes, etc. Aunque la ciencia de los fisono-

nistas parezca una ilusion para muchos, hay muy pocos que no saquen alguna consecuencia de una mirada tierna, de un ojo duro, de un ayre austero, falso ó disimulado, de una fisonomía franca, etc; los ojos finos y ejercitados, adquieren sin ninguna duda, la facultad de reconocer los movimientos ócultos del alma por las trazas visibles que dejan sobre los rostros que han modificado continuamente. Sobre todo nuestros ojos cambian con la mayor prontitud, segun los movimientos que se hacen en nosotros mismos; estos órganos tan delicados, se alteran visiblemente con la menor innovacion que se hace en nuestro cerebro. Los ojos serenos anuncian un alma tranquila; los ojos centelleantes indican un alma inquieta; los inflamados señalan un temperamento colerico y sanguino; los ojos movibles hacen sospechar un alma inquieta ó disimulada. Estos son los indicios de que se aprovecha el hombre sensible y ejercitado, para combinar una infinidad de efectos y experiencias adquiridas, y formar su opinion de el hombre que tiene delante de sí. Su juicio no es ni sobrenatural ni maravilloso; un hombre semejante no es diferente de los demas, sino por la finura de sus órganos, y por la rapidéz con que su cerebro hace su deber.

Lo mismo sucede con algunos seres de nues-

tra especie, en quien hallamos algunas veces una sagacidad extraordinaria, que en los ojos del vulgo es divina y milagrosa. (1) En efecto, vemos algunos hombres capaces de apreciar, de un golpe de ojo, una infinidad de circunstancias, y de adivinar algunas veces los acontecimientos mas lejanos; esta especie de talento profético no tiene nada de sobrenatural; lo unico que nos indica es la experiencia, y una organizacion muy delicada que los hace capaces de formar con facilidad las causas, y de prever los efectos menos visibles. Esta facultad se encuentra tambien en los animales que, mucho mejor que los hombres, son capaces de presentar las variaciones del ayre y las mudanzas de tiempo. Los pajaros han sido los profetas y las guías de muchas naciones que se creían muy instruidas.

La organizacion particular y ejercitada de algunos seres es la causa de las facultades maravillosas que los distinguen. El tener un instinto no significa mas que el poder juzgar

(1) Es evidente que los hombres mas prácticos en la medicina han sido dotados de un tacto muy fino, igual al de los fisonomistas, por cuyo medio juzgan con prontitud de las enfermedades, y hacen facilmente sus pronósticos.

con prontitud, y sin tener necesidad de hacer ningun razonamiento. Nuestras ideas del vicio y la virtud no son de ningun modo innatas, solo sí, adquiridas como todas las demas; y los juicios que nos formamos se fundan sobre las experiencias verdaderas ó falsas, que dependen de nuestra conformacion, ó de las costumbres que nos han modificado. El hombre en su niñez no tiene la menor idea de la divinidad ni de la virtud; el que le instruye en sus primeros años es el que forma sus ideas; el uso que hace de ellas es mas ó menos pronto segun su organizacion natural, y sus disposiciones mas ó menos ejercitadas. La naturaleza nos dá las piernas; pero nuestra niñera nos enseña á hacer el uso para que fueron hechas; su agilidad depende de su conformacion natural, y de la manera con que las hemos ejercitado.

Lo que llamamos el buen gusto en las artes no es debido igualmente mas que á la fineza de nuestros órganos, ejercitados por la costumbre de ver, de comparar y de juzgar ciertos objetos, de que resulta en algunos hombres la facultad de juzgar con prontitud del todo y de las partes. A fuerza de ver, de sentir, y de acumular las experiencias que los objetos nos dan; á fuerza de reïterar esta experiencias, llegamos á adquirir el po-

der y la costumbre de juzgarlos con celeridad. Pero estas experiencias no son tampoco innatas; antes de nacer no hemos podido hacer ninguna, pues que es imposible, el juzgar, el pensar, ni el tener ideas sin haber antes empezado á sentir; y es evidente que no podemos ni amar ni aborrecer, ni aprobar ni condenar, á menos que hayamos antes sido conmovidos agradable ó desagradablemente. Esto es no obstante lo que tienen que suponer los que quieren admitir las nociones innatas, y las opiniones que dicen habernos sido dadas por la naturaleza. Para que nuestro entendimiento piense ó se ocupe de un objeto, es preciso que conozca antes sus calidades; para que tenga algun conocimiento de estas, es preciso que alguno de nuestros sentidos las hayan conocido; los objetos de que no conocemos las calidades, son nulos, ó no existen para nosotros.

Se me dirá tal vez que el consentimiento universal que los hombres han dado á ciertas proposiciones, como la de que *el todo es mas grande que su parte*, y como las demostraciones geométricas, parecen suponer en ellos ciertas nociones primitivas. A esto podemos responder que estas nociones son siempre adquiridas, y el fruto de una experiencia mas ó menos pronta. Para convencer-

nos que el todo es mas grande que una parte, es preciso que hayamos antes comparado esta parte con el todo. El hombre al nacer no puede saber que dos y dos son cuatro; pero no tarda mucho en saberlo. Para juzgar, es absolutamente necesario el haber comparado.

Es evidente que los que han supuesto las ideas innatas, ó hereditarias de nuestro ser, han confundido la organizacion del hombre ó sus disposiciones naturales con la costumbre que le modifica, y con la mayor ó menor aptitud que tiene para hacer experiencias y para servirse de ellas en sus juicios. El que tiene un gusto particular para la pintura ha nacido sin duda con unos ojos mas finos que los de los demas; pero si no los ha ejercitado, á pesar de su fineza, no podrá juzgar con bastante prontitud. Las disposiciones que llamamos *naturales* son aun mucho menos innatas; el hombre de veinte años no es el mismo que al tiempo de su nacimiento; las causas físicas que obran continuamente sobre él, influyen necesariamente sobre su organizacion, y hacen que sus disposiciones naturales no sean en un tiempo las mismas que eran en otro (1). Cuantas veces vemos los mucha-

(1) Es evidente (dice La Motte le Vayer) que nunca pensamos dos minutos del mismo modo, y siempre bay

chos presentar hasta cierto tiempo mucho talento, facilidad y aptitud, y al fin caer en la mas absoluta imbecilidad; otras veces, los que creemos en su infancia, de las disposiciones menos favorables, se desenvuelven en lo sucesivo, y nos asombran con sus calidades extraordinarias. Esto procede de que llega el tiempo en que su entendimiento pone en uso las experiencias que habia acumulado sin saberlo.

De modo que no se puede repetir demasiado, que todas las nociones y los modos de ser de los hombres son adquiridos; nuestro entendimiento no puede obrar ni ejercitarse en una cosa que no conoce, ni puede conocer bien ni mal, mas que lo que ha sentido. Las ideas que no suponen fuera de nosotros ningun objeto material por modelo, ó por motor, y que se llaman *ideas abstractas*, no son mas que el modo con que nuestro órgano interior vé sus propias modificaciones, escogiendo entre ellas sin ningun miramiento la que mas le conviene. Las palabras de que nos servimos para explicar estas ideas, como *bondad*, *hermo-*

alguna diferencia, ya sean viejos ó jóvenes, ambrientos ó satisfechos, de noche ó de dia, enfadados ó alegres; la menor circunstancia nos hace mudar enteramente de modo de pensar. Véase *el Banquete esceptico*, tomo 17.

ura, *orden*, *inteligencia*, *virtud*, etc. no tienen en sí ningun sentido, á menos que no las atribuyamos á los objetos que nuestros sentidos reconocen capaces de estas calidades, ó á lo menos, á algun modo de ser ó de obrar que nos es conocido. Efectivamente, la palabra *hermosura* no me puede presentar el menor sentido, á menos que no la atribuya á algun objeto que me haya parecido tal, y á quien atribuí esta calidad. La palabra *inteligencia* no querra tampoco decir nada, á menos que no la atribuya á algun modo de ser ó de obrar determinado. ¿ Como he de saber lo que quiere decir *orden*, á menos que no haya una progresion de acciones y movimientos á que atribuirle? ¿ puede la palabra *virtud* tener algun sentido, si no la aplico á alguna disposicion en el hombre, contraria á la que produce unos efectos contrarios? Las palabras *dolor* y *placer*, no presentan á mi entendimiento, sobre todo cuando mis órganos no *gozan* ni *sufren*, mas que los modos de ser que me han alectado, de que mi cerebro á guardado la memoria ó la impresion, y que la experiencia me ha demostrado como útiles ó dañosos; pero ni mis sentidos ni mi memoria me son de ningun socorro para las palabras *espiritualidad*, *inmaterialidad*, *divinidad* etc.; ni el uno ni el otro me dan el menor

medio para formarme alguna idea de estas calidades ni de los objetos á quien son aplicables: todo cuanto sale de la materia entra en un vacío horroroso que no puede tener calidades ni buenas ni malas.

Todos los errores y disputas de los hombres provienen de que han renunciado á la experiencia, al testimonio de sus sentidos, y dejado guiar por unas nociones que creyeron infusas ó innatas, en igual que no eran mas que las consecuencias de una imaginacion turbada, con las preocupaciones que recibieron en su infancia, á las cuales se familiarizaron con la costumbre, y que la *autoridad* les ha obligado á conservar. Todas las lenguas estan llenas de palabras abstractas, de las que tenemos de las ideas mas vagas y confusas, y que si vamos á examinar, hallaremos que no hay nada en la naturaleza que se las parezca ó á quien se puedan atribuir. Cuando uno se dá el trabajo de analizar las cosas, no puede, despues de haberlo hecho, volver del asombro en que le ha puesto el poco sentido y la idea falsa como indeterminada de las palabras que llenan continuamente la boca de los hombres. Sin cesar estan hablando del *entendimiento*, del *alma* y de sus *facultades*, de la *divinidad* y de sus atributos, del *espacio*, de la *duracion*, de la *inmensidad*, *infinidad*, *perfeccion*,

virtud, razon, sentimiento, instinto y gusto etc., y todo esto, sin saber lo que quieren decir; á pesar de que las palabras no fueron inventadas mas que para ser las imagenes de las cosas, y pintar con la ayuda de nuestros sentidos los objetos conocidos, para que el entendimiento pueda juzgarlos, apreciarlos, y meditarlos.

El pensar en unos objetos que no han conmovido nunca nuestros sentidos, es como si pensáramos en unas palabras vagas, ó como si soñáramos en sonos, y buscásemos en nuestra imaginacion algunos objetos á quien poder atribuirlos. El querer dar algunas calidades á estos objetos no es mas que llegar al último punto de extravagancia. La palabra *dios* fue destinada á darme la idea de un objeto que no puede obrar sobre ninguno de mis órganos, y de que por consiguiente no puedo afirmar ni la existencia ni las calidades: mi imaginacion, siempre activa, llegará, á fuerza de delirar, á formar un todo cuyas partes seran siempre sacadas ó dimanadas de los objetos que vemos. La consecuencia es que siempre se pinta Dios bajo la figura de un anciano venerable, de un poderoso monarca, é de un hombre irritado etc., lo que nos prueba que el mismo hombre y algunas de sus calidades han servido de modelo para formar este todo. Pero

todo esto me sirve de poco ó nada, cuando se me dice que este dios es un espíritu puro, sin cuerpo, sin extension, que no está contenido en el espacio, y que está fuera de la naturaleza que mueve, porque en todos estos casos mi entendimiento se embrolla y no sabe á que atenerse. Este es el origen de las nociones disformes que los hombres se han formado sobre la divinidad: á puro querer darla las calidades mas incompatibles, y los atributos mas contradictorios; han hecho que se pierda para siempre. (1) Para personificarla, no tienen mas que atribuirle algunas calidades morales y conocidas, y para hacerla una mera ilusion ó un ser imaginario, basta con que se la den los atributos negativos de la teología, pues estos son suficientes para destruir completamente todas las ideas que nos podíamos haber formado de ella; y á puro analizar la volveran en nada. Lo que nos demuestra que las ciencias llamadas *teología*, *psicología* y *metafisica*, no tienen mas que el nombre de ciencias. La moral y la política, infestadas con ellas, son para nosotros los enigmas mas inexplicables, y que á penas podremos resumir á fuerza de estudiar la naturaleza.

(1) Véase tomo II, cap. 4.

Todo hombre tiene una absoluta necesidad de la verdad, que no consiste mas que en el conocimiento de lo que puede contribuir á su bien estar; este conocimiento se adquiere con la experiencia, y como no hay razon sin ella, es claro que si no la seguimos, andaremos siempre á ojos cerrados. Pero, me preguntarán, ¿como se ha de adquirir la experiencia de unos objetos ideales que nuestros sentidos no pueden ni conocer ni examinar? ¿como asegurarnos de la existencia y de las calidades de seres que no podemos tocar ni por consiguiente conocer? ¿como hemos de saber si estos seres nos son favorables ó contrarios, y si los debemos amar ó aborrecer? A esto responderé que, á pesar de todas estas dificultades, nuestra suerte no depende mas que de ellos en este mundo; en cuanto al otro, como no tenemos la menor idea de él, nos es imposible el saber lo que es bueno ó malo para él; pero lo cierto es que toda moral depende de ella. Lo que nos demuestra claramente que si mezclamos con la moral ó la ciencia principal de las relaciones ciertas é invariables que subsisten entre los seres de la especie humana, las nociones vagas é ilusorias de la teología; ó si fundamos esta moral en unos seres imaginarios que no existen mas que en nuestro cerebro, quedará perpetuamente una ciencia

una ciencia incierta, arbitraria, y que quedará enteramente abandonada á los caprichos de la imaginacion, sin que su principal base tenga la menor solidez.

Todo ser, esencialmente diferente en cuanto á su organizacion natural, sus modificaciones, sus costumbres y sus opiniones, debe necesariamente pensar de un modo enteramente opuesto. El temperamento, como ya hemos dicho, es el que decide de las calidades mentales del hombre; pero este temperamento es muy diferente y de una naturaleza muy distinta en cada ser, luego su imaginacion no puede ser la misma, ni puede, por consiguiente, presentarles las mismas ilusiones. El hombre es un *todo* compuesto, cuyas partes tienen todas una correspondencia íntima entre sí; luego si los ojos del uno son diferentes de los del otro, es claro que su modo de ver será distinto. Todos los individuos de esta especie tienen en grande las mismas ideas de las substancias que obran con vivacidad sobre sus órganos, y se hallan bastante de acuerdo sobre algunas calidades que ven sobre poco mas ó menos del mismo modo; digo sobre poco mas ó menos, porque ni la *inteligencia*, la *nocion*, ni la *convencion* de ninguna proposicion, por simple, por evidente, y clara que se la suponga, puede ser la misma

en dos seres diferentes. Efectivamente, como un hombre no puede tener dos cuerpos, es evidente que el uno no puede tener la misma idea de la unidad que el otro, porque ningun efecto identico puede resultar de dos causas distintas. De modo que el que los hombres no esten acordes en sus ideas, sus modos de pensar, sus juicios, sus pasiones, sus deseos, sus gustos y su consentimiento, no proviene de que sientan ó vean los objetos del mismo modo precisamente, sino de que los vean así, sobre poco mas ó menos, á pesar de que su lengua no tiene bastante flexibilidad para explicar la diferencia casi imperceptible que hay entre su modo de ver y de sentir. Cada cual, por decirlo así, tiene una lengua particular que no pertenece mas que á él, y que no puede comunicar á nadie. Si esto es así, ¿ que unanimidad puede haber entre ellos cuando se ponen á hablar de unos objetos que no conocen mas que de imaginacion? ¿ puede esta ser la misma en unos que en otros? No; luego ¿ como han de poderse entender cuando atribuyen á estos objetos unas calidades que no son debidas mas que al modo con que el cerebro ha sido afectado? El exigir que un hombre piense como otro, es como si exigieramos que este fuese organizado del mismo modo, que haya sido modificado como él en cada ins-

tante de su existencia, que tenga el mismo temperamento, y que haya recibido los mismos alimentos y la misma educacion ; en una palabra, seria exigir que ambos fuesen uno mismo. ¿Entonces porque no exigiriamos que tuviesen las mismas facciones? acaso les seria esto mas dificil que el que tuviesen las mismas opiniones. ¿No son estas la consecuencia necesaria de su naturaleza y de las circunstancias particulares que han influido sobre él, sobre su modo de pensar, y el modo con que ha obrado desde su infancia? Si el hombre no es mas que un todo compuesto, no deberiamos pensar que, si una sola de sus facciones es diferente de las nuestras, su cerebro no puede ser modificado, ni asociar las mismas ideas, ni imaginar ó sonar como nosotros? La diferencia que hay entre los temperamentos de los hombres es el origen natural y necesario de la diversidad de sus pasiones, de sus gustos, de sus ideas, de su dicha, y de sus opiniones de toda especie. De modo que por esta misma diversidad, siempre que se pongan á disputar sobre unos objetos que no conocen, pero en quien ponen la mayor importancia, tendrán que seguir con sus disputas fatales sin que jamas puedan ponerse acordes, ni tampoco jamas entenderse cuando se trate de una alma espiritual, ni de un Dios material distinto de

la naturaleza ; lo mismo que si cesasen de hablar el mismo idioma, no les sería posible el formarse las mismas ideas de las mismas palabras. ¿ Que medios podemos tener para saber cual es el que piensa con mas acierto, cuya imaginacion es mas posada, y cuyos conocimientos son mas seguros, cuando se trata de unos objetos que no pueden ser examinados por la experiencia ni por nuestros sentidos, que no tienen original conocido, y que son superiores á la razon misma ? Cada hombre, cada legislador, cada especulador y cada pueblo, se ha formado una idea distinta de estas cosas ; no sin que cada cual creyese que sus locuras eran las mejores y las que debian ser preferidas á todas las demas, que porque no concurrían con las suyas denominaban falsas y ridículas, sin que ninguno se pudiese imaginar que las suyas pòdian parecer otro tanto á los demas. Cada cual defiende su opinion, porque se interesa en su modo de estar, y cree que su felicidad depende del amor que puede tener para con sus preocupaciones, porque no las ha adoptado mas que por haberlas creído útiles para sí. Si se le obliga á proponer á un hombre ya hecho, el cambiar de religion, creará que el que se lo propone está loco, y lejos de seguir sus consejos por buenos que sean, le tratará con indigna-

cion y desprecio, y le propondrá el aceptar y seguir sus propias opiniones: despues de haberse disputado agriamente, se llegarán uno y otro á tratar de absurdos y obstinados; y en fin, el menos loco será el que queda el primero. Pero, si como sucede (siempre que se supone la materia importante, ó que se quiere defender la causa de su amor propio), la cabeza de los dos adversarios se llega á calentar con la disputa: á Dios toda moderacion. Las pasiones se encienden, la disputa se anima, y los disputantes se aborrecen, y desde entonces no pierden la menor ocasion de dañarse, por defender unas opiniones igualmente erroneas. Vemos al bramino despreciar y aborrecer al mahometano que le desdeña y le oprime; vemos á los cristianos perseguir y quemar el Judío del cual han recibido su religion, ligarse y suspender las disputas sangrientas que subsisten siempre entre ellos, para combatir y oprimir á los débiles.

¿ Quien puede dudar que, si la imaginacion de los hombres fuese la misma, las ilusiones en todos ellos lo serian tambien, y que entonces no habria necesidad de disputarse: mucho menos, si su entendimiento no se ocupase mas que de los seres capaces de ser conocidos, cuya existencia fuese evidente y capaz de descubrir sus verdaderas calidades á todos

aquellos que las buscasen por medio de experiencias seguras y reiteradas. Los físicos no admiten ninguna disputa, sino cuando sus principios no son bastante evidentes, y cuando la experiencia llega poco á poco á descubrir la verdad, las disputas se acaban. Los géómetras no tienen nunca ninguna sobre los principios de su ciencia, á menos que las suposiciones no sean erróneas, ó los problemas demasiado complicados. El que los teólogos tengan tantas dificultades entre sí, no proviene mas que de que sus principios no dimanen de unas causas conocidas y examinadas, sino de las preocupaciones en que estan imbuidos por la educacion que han recibido, la escuela que han frecuentado, y los libros que han leído; porque raciocinan continuamente, no sobre objetos reales ó de una existencia evidente, sino sobre unos seres imaginarios de que nunca han conocido la realidad; porque no se fijan sobre unos hechos constantes ó unas experiencias averiguadas, sino sobre unas suposiciones que no tienen la menor idea de razon. Como han encontrado estas ideas establecidas de antemano, y que pocos ó ninguno se atreven á refutarlas, han llegado á persuadirse que son verdades incontestables, que se deben recibir á ojos cerrados; y como las suponen de

la mayor importancia, se irritan contra el atrevimiento de aquellos que tienen la temeridad de dudar y mucho mas de exáminarlas.

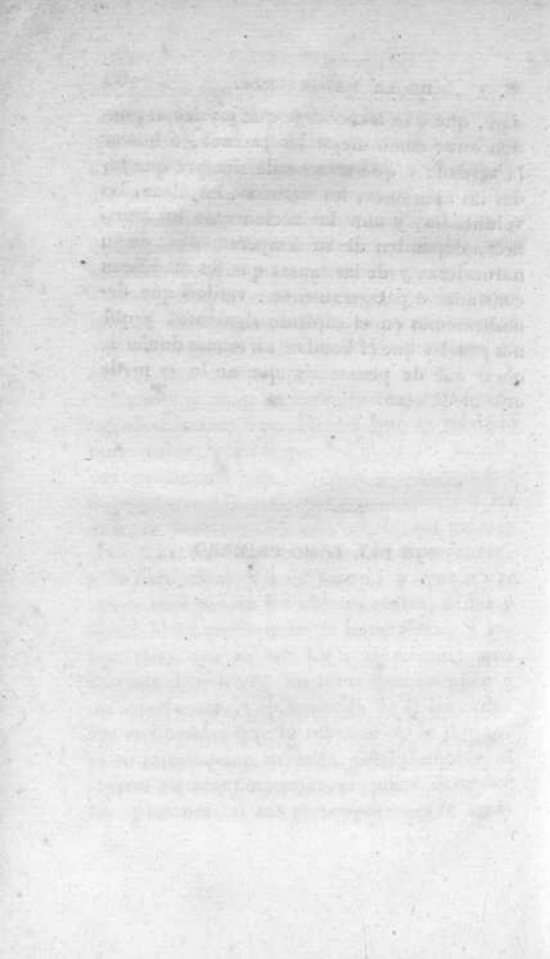
Si no hubiese habido tanta preocupacion, quanto tiempo ha que se hubiera conocido que los objetos de que han dimanado las mas horribles y sangrientas disputas, no son mas que unas meras ilusiones, que nos hemos baticido por unas palabras sin sentido; y si la verdad no hubiese podido llegar hasta este grado, á lo menos se hubiera aprehendido á dudar, y se hubiera renunciado á este tono imperioso y dogmático, que quiere que todos los hombres tengan el mismo modo de pensar. La reflexion mas simple sobra para hacer ver la necesidad de la diferencia que hay en las opiniones é imaginaciones de los hombres, que dependen absolutamente de su conformacion natural diversamente modificada, y que influye sobre sus pensamientos, sus voluntades y sus acciones. Enfin, por poco que los seres que se dicen sensatos consultasen la moral y la razon, conocerian sin dificultad que han sido hechos para pensar diferentemente, sin que por eso deban cesar de vivir en paz, de amarse, y de socorrerse mutuamente, sean cual fuesen sus opiniones, sobre unos seres incapaces de ser conocidos, ni vistos del mismo modo. Todo deberia hacerles ver la sin

razon tiránica, la injusta violencia, y la nutil crueldad de aquellos hombres sanguinarios que persiguen cruelmente á sus semejantes solo porque no tienen el mismo modo de pensar; y finalmente todo debería hacer que los hombres se diesen á la dulzura, á la indulgencia y la tolerancia; virtudes que ciertamente son mas necesarias para la sociedad, que las especulaciones maravillosas que la dividen, y aun la inducen algunas veces á degollar los imaginados enemigos de sus opiniones reverendas.

Ya vemos cuan importante es para la moral el exáminar unas ideas á que se ha dado tanto valor, y á las que los mortales sacrifican continuamente la dicha y tranquilidad de naciones enteras, solo por obedecer á las órdenes fantásticas y crueles de sus guias y gefes. Que vuelva el hombre á la experiencia, á la naturaleza y á la razon, y que no se ocupe mas que de los objetos reales, útiles y agradables; que estudie la naturaleza, y sobre todo que se estudie á sí mismo; que aprenda á conocer los lazos que le unen á sus semejantes, y que sacuda de sí las cadenas envilecidas que le retienen en la ilusion. Si su imaginacion necesita absolutamente el crearse algunas fantasmas, si quiere defender sus opiniones, si sus preocupaciones le agra-

dan , que á lo menos deje que los demas puedan errar como mejor les parezca, ó buscar la verdad ; y que se acuerde siempre que todas las opiniones, los sistemas, las ideas, las voluntades, y aun las acciones de los hombres, dependen de su temperamento, de su naturaleza, y de las causas que les modifican constante ó pasageramente : verdad que demostraremos en el capítulo siguiente, y que nos prueba que el hombre no es mas dueño de obrar que de pensar, y que no lo es ni de uno ni de otro.

FIN DEL TOMO PRIMERO.



INDICE

DE LOS CAPÍTULOS CONTENIDOS EN EL
TOMO PRIMERO.

PARTE PRIMERA.

	Pag.
AVISO DEL EDITOR.	v
PREFACIO DEL AUTOR.	xi
NOTA DEL NUEVO EDITOR.	xix
CAP. I. <i>De la Naturaleza.</i>	1
CAP. II. <i>Del movimiento y de su origen.</i>	18
CAP. III. <i>De la materia, de sus combinaciones y movimientos diferentes, ó del metodo de la naturaleza.</i>	45
CAP. IV. <i>De las leyes del movimiento, comunes á todos los seres de la naturaleza. De la atraccion y repulsion. De la fuerza de inercia. De la necesidad.</i>	58
CAP. V. <i>Del orden y del desorden. De la inteligencia y de la casualidad.</i>	78
CAP. VI. <i>Del hombre, de la distincion que hay entre hombre fisico y hombre moral. De su origen.</i>	100

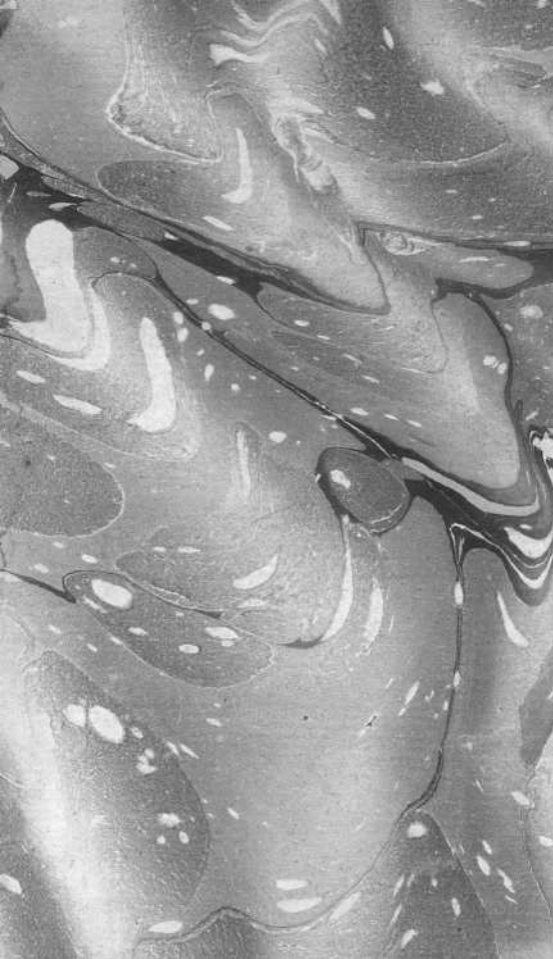
	Pag.
CAP. VII. <i>Del alma, y del sistema de la espiritualidad.</i>	12
CAP. VIII. <i>De las facultades intelectuales, derivadas todas de la facultad de sentir.</i>	1
CAP. IX. <i>De la diversidad de las facultades intelectuales. Estas, como todas las demas calidades morales, dependen de causas fisicas. Principios naturales de la sociabilidad, de moral y de politica.</i>	16
CAP. X. <i>Nuestras ideas no provienen de nuestra alma. No puede haber ideas innatas.</i>	

FIN DEL INDICE DEL TOMO PRIMERO.



7. 24





Biblioteca Pública de Soria



71665580 DR 10111 (V.1)

Biblioteca Pública de Soria



1

THOMAS OTT



SISTEMA
DEE A
NATUVALE



MDCCCXXXIII

DR
10111

MDCCCXXXIII